

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA
GONZALO PICÓN FEBRES

EL SARGENTO FELIPE

PRÓLOGO DE MARIANO PICÓN SALAS



60

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

EL SARGENTO FELIPE

Por

GONZALO PICÓN-FEBRES

NACIÓ en Mérida el 10 de septiembre de 1860. Hijo del Dr. Gabriel Picón-Febres y de Doña María del Rosario Febres-Cordero.

Vino a Curazao en 1875. En esta ciudad estudió el Bachillerato e ingresó en la Universidad Central donde cursó la carrera de Ciencias Políticas. Pero obtuvo el grado de Doctor en la Universidad de Los Andes.

Paralela a su intensa actividad literaria —de que da cumplido testimonio su rica bibliografía—, Gonzalo Picón-Febres tuvo una actuación descollante en la Administración Pública. Desempeñó, entre otros muchos, los siguientes cargos: Cónsul de Venezuela en Saint Nazaire (Francia), Canciller de la Misión Venezolana en las Repúblicas de Centro América, Ministro Relator de la Corte Superior del Gran Estado Los Andes, Director de Política —varias veces— del Ministerio de Relaciones Interiores, Senador y Vicepresidente de la Cámara del Senado, Director Nacional de Correos y Telégrafos, Ministro de Relaciones Interiores y Cónsul General de Venezuela en Nueva York. Fué además Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Los Andes y de Historia Universal y de Venezuela en el Colegio Nacional de Mérida.

Murió en Curazao, el 6 de junio de 1918. Está enterrado en el Cementerio de San Mateo, de aquella isla, adyacente a la Iglesia de Santa Ana.

BIBLIOGRAFÍA: *Páginas Sueltas*, Semblanzas y estudios literarios. Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1889. *Revoltillo*. Discursos, viajes, crítica literaria. Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, Curazao,

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

EL SARGENTO FELIPE

2863.44
F5982
A 2

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

60

GONZALO PICON - FEBRES

EL SARGENTO FELIPE

OBSEQUIO DE LA DIRECCION
DE CULTURA Y BELLAS ARTES
DEL MINISTERIO DE EDUCA-
CION NACIONAL

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES
CARACAS 1938

ES PROPIEDAD

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el 21 de enero de 1916
en la Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires

EL SARGENTO FELIPE

MEMORIA DE GONZALO PICÓN-FEBRES

RETRATO PROVINCIAL

Entre los más misteriosos vecinos de Mérida, cuando yo era muchacho, muy aficionado a oír historias pasadas y anécdotas de las gentes, contábase mi lejano deudo don Gonzalo Picón Febres, a quien sólo vi a distancia reverencial, sin acercarme ni hablarle, en dos contadas ocasiones. Una fué cuando pronunció con elocuentísimo garbo el discurso de orden en una velada de la Universidad de los Andes; otra, al salir ya muy cansado y vencido, en las antevísperas de su muerte, de la clínica del Dr. Diego Carbonell. Y los muchachos del colegio que merodeaban en la plaza y a quienes había llegado la fama del novelista, lo señalaron como los florentinos debían señalar a Dante. Por tantos engaripolados y desafiantes personajes de aquellos años, en que hubo en Mérida una especie de guerrilla local entre el Presidente del Estado y el Jefe Civil del Distrito, quienes casi se agredieron a tiros en el billar de don Leopoldo Gelsi; por tantos se-

ñores de revólver y buen caballo pasitrotero que azotaban imperiosamente las calles de nuestra apacible ciudad, bien valía la pena detenerse en aquel hombre enfermo, modestamente vestido, ese día, de liqui-liqui blanco, negro sombrero borsalino y anteojos oscuros que era una de las mayores glorias regionales. Representaba las letras, el desinterés de la Cultura, en una sociedad que además de padecer a los régulos gomecistas, no tenía otras preocupaciones que la formulacia misa dominical, los terro-ríficos sermones del Padre José Clemente Mejía describiendo por milésima vez las penas del infier-no, y el negocio de frutos menores, mulas de silla, bueyes y burros para el trabajo del campo, en los ruidosos mercados del día lunes. Esa Mérida de mi infancia olía a la vez a naranjas de la Otra-Banda, a muy tropicales guanábanas y caimitos de las ve-gas de Ejido, a pasto verde de los potreros aldeanos y a incienso místico del que se elevaba continua-mente en las diez iglesias de la pequeña ciudad.

Y la leyenda de Picón Febres en una sociedad como aquella —era en 1918—, la misma sociedad que había pintado en "Fidelia" veinticinco años antes, se configuraba de muy varios episodios y circunstancias. Primero, que después de haber lle-vado una juventud brillante (viajó por Europa, fué Ministro de Relaciones Interiores; Cónsul Ge-neral en Nueva York), hubiera renunciado en el otoño de su vida a toda ostentosa figuración y vuel-to a la provincia a encerrarse en la añosa casa que

habitaban sus hermanas viudas y solteras. Ahora, no tenía trato con nadie; no se le veía en matrimonios y velatorios, no iba a felicitar al Presidente del Estado cada 19 de diciembre, aniversario de la "Rehabilitación" y pasaba todo el día en su escritorio, llenando cuartillas. Porque todo eso era desusado para el vivir provincial, los mismos muchachos del Colegio fuimos más de una vez a espiarlo, cerca de su casa. Era un primero y tácito homenaje a la Literatura que para nosotros parecía más gloriosa e inaccesible que las canos picachos de la sierra de Mérida. Pero las grandes ventanas, acorazadas de altas y muy tejidas celosías, no permitían sorprenderlo en su gabinete de Doctor Fausto. Apenas, cuando entraba el repartidor de pan o una de esas vendedoras de "granjerías" que recorren las aceras de Mérida, se abría la romanilla del anteportón dejando ver —como en todas las casas andinas— el claustrol corredor de pilares enjalbegados, las matas de geranios y hortensias, y la pila del patio por donde rueda un agua soñolienta. Otros decían —lo recuerda el poeta Humberto Tejera en su novela "Las águilas blancas" —que ciertas noches, corroído de misantropía, Picón Febres vagaba como un fantasma por las más enmontadas callejuelas, se bebía unas copas para liberarse de su angustia y terminaba apostrofando, en casi blasfemo monólogo, el convencionalismo y el tedio de la existencia provinciana. Algo que se frustró en su vida —y que debemos explicar— fué

acaso la causa de tan melancólico estado de espíritu. Contaban, también, en la ciudad, que cuando el centenario de la Independencia en 1911, Picón Febres fué llamado a Caracas para que pronunciara uno de los discursos oficiales de las ceremonias. La oratoria (de acuerdo con los cánones del siglo XIX), conjugando su excelente voz con su orgullosa apostura y la dinámica de los ademanes, era uno de sus acendrados ritos. Concluían y sonaban las frases de sus discursos con cadencia de endecasílabos. Era muy significativo que al formular la lista de oradores del Centenario, Gómez se acordase de Picón Febres, quien vivía casi a mil kilómetros de distancia de la capital y diez días de jornada, por las penosas rutas de entonces. Una distinción semejante casi implicaba que el sumo Dictador le ofreciese, después, un alto cargo público. Pero el orador no supo halagarlo a la medida que quería el gran mayoral de Venezuela; al final del discurso Gómez le extendió una mano discolorada, y Picón Febres entendió que era preciso preparar las maletas de regreso. Fué a hundirse entonces —como quien ya cortó todos los puentes— en el recato de la provincia.

Merida tampoco debió acogerle con muy abierta hospitalidad. En tan ortodoxo y devoto ambiente —la fe merideña se parecía a la más acérrima e inexorable de la Contrarreforma española— se censuraron siempre a Picón Febres unas páginas de su novela "Ya es hora" que la Curia encontró muy

poco piadosas. En aquellos días, más que el prudente y elegante Obispo Monseñor Silva, era enérgico director de las conciencias locales el agresivo Deán de la Catedral, Presbítero José Clemente Mejía. Cualquier pecadillo venial de los escrupulosos vecinos merecía, para el sacerdote, sempiterna condenación. De creerle al Deán, incansable y casi cotidiano sermoneador en todas las ceremonias de Catedral, el diablo andaba suelto en Mérida, sembrando las más azufradas tentaciones. Como un Savonarola autóctono condenaba el baile, las fiestas de carnaval, y hasta la lectura de versos y novelas. Alguna quema y expurgo de libros, casa de un viejo Doctor que dejó al morir su biblioteca a la Universidad, fué animada por el rabioso celo del Canónigo. Y había dirigido, muchos años atrás, un periodiquito cuyo nombre era todo un desafiante programa de resurrección medieval. Se llamaba "El Cruzado", y armado de la más colérica catapultas de la fe, aprestábase a lanzarse contra todos los endriagos y diabólicas engañifas de la civilización. Aunque había en Mérida algunos corrillos liberales y desenfadados como el que un grupo de irónicos mozos —estudiantes universitarios, poetas y escritores— mantenían cada tarde en las alegres graderías de la Plaza de San Agustín, ni sus gromas y retruécanos (cierto burlesco poema de costumbres y tipos merideños que circuló en manuscrito anónimo), hubieran disminuído la influencia del Deán en las almas pusilánimes. Picón Febres disfrutaba

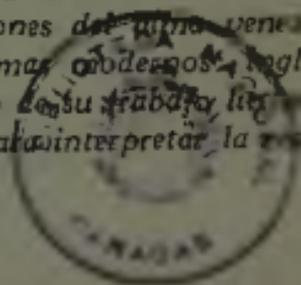
gratuita e injustamente de una fama de medio hereje, y sus libros no se podían poner en todas las manos como las de su risueño y apacible contemporáneo, don Tulio Febres Cordero. El escritor solitario iba, pues, a romperse la cabeza contra un ambiente que casi le era gélido y hostil. Hablaban del novelista las almas demasiado devotas, envolviendo su reticencia en una montañesa "garúa" de murmuración.

Es una de las tantas paradojas de Mérida. Como centro universitario albergó siempre gentes de toda la República que allí leyeron y discutieron libros y partieron a audaces empresas de Cultura; la belleza del paisaje y el sosiego meditador engendraba poetas y finos espíritus contemplativos, pero la organización demasiado oligárquica de la sociedad hacía que las gentes trataran de esconder su talento como un morboso secreto. Y acaso los merideños hemos querido más a Mérida porque siempre sufrimos el recelo de su anticuado estilo de vida. Mas, en esta amargura otoñal de Picón Febres, hay otro misterio de índole literaria, que provoca esclarecer.

EL ESCRITOR A DESTIEMPO

Nacido en Mérida en 1860 y muerto en la isla de Curazao en 1918, el autor de "El sargento Felipe" ya tenía treinta y cinco años cuando se inicia en Venezuela el movimiento modernista, signo de-

terminante de la Literatura venezolana entre 1895 y 1902. Es decir que su prosa y preocupaciones espirituales serán muy diversas a las de los más eminentes escritores del Modernismo, como Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco-Fombona, Pedro Emilio Coll. Estos insisten en su francesismo y cosmopolitismo, mientras que Picón Febres se conserva raizalmente español del siglo XIX. Tampoco puede identificarse con las viejas generaciones —románticas, académicas o neoclásicas— que todavía vivían, como las de Eduardo Blanco, Julio Calcaño, Felipe Tejera. De ellas también le separaba la concepción melodramática de la vida que fue característica de nuestro Romanticismo de tierra caliente, o por el contrario el acartonamiento purista, lo que don Amenodoro Urdaneta llamaba "el idealismo en el arte", en que cayeron otros escritores por liberarse del frenesí. Entre los románticos, los académicos y los modernistas hubo una generación intermedia —a la que pertenece más cronológica que espiritualmente Picón Febres—: la de los positivistas como Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul o Luis López-Méndez cuyo problema no fue tanto el cambio en los estilos o las formas artísticas, como el aporte de un nuevo repertorio de ideas sociológicas o científicas, para orientar de otro modo las comunes preocupaciones del *alma venezolana*. Ellos estudiaron idiomas *modernos*, inglés, francés y alemán, e hicieron *de su trabajo literario* un instrumento polémico para *interpretar la realidad*.



dad histórica y social del país. Agregan al Liberalismo, constante de la muy perfilada tradición laica del intelecto venezolano, algunos elementos científicos que de acuerdo con las ilusiones de la época harían de la Historia o la Política un mundo regido por leyes, combinaciones y determinaciones análogas a las que rigen la Ciencia natural. Picón Febres escribirá sus primeros libros en los días en que aparecen obras tan significativas para el pensamiento venezolano como "Julían", "Pasiones", "Mosaico de política y literatura", "El hombre y la historia". Pero sólo la cronología fija una contigüidad entre él y los positivistas. En aquella generación de la década del 80 es el literato puro; el que no quiere llevar a otras órbitas, fuera de la ficción, la oratoria y la crítica literaria, su mensaje verbal. Aun en el campo novelesco limita sus cambios a aquellos que, bajo la influencia francesa, ya castellanizaba doña Emilia Pardo Bazán en sus novelas y libros de polémica como "La cuestión palpitante". Todas las formas del siglo XIX hispano que ya comenzaban a desmoronarse hacia 1890: la oratoria a lo Castelar, el realismo a lo Pereda, el limitado naturalismo que doña Emilia Pardo Bazán recogió en sus expediciones a la literatura francesa, configuran aún el temperamento y la obra de Picón Febres. Y ciertas influencias hispano-americanas, tan varias y distintas como la del Montalvo de "Los siete tratados" y "Las catilinarias"—de quien a veces toma el párrafo caudaloso y

el adjetivo añejo— y la del Isaacs de "María", verdadero padre de la novela regionalista en todo el Continente.

Esto hace del autor de "Fidelia" y de "El sargento Felipe" un hombre de frontera, suete de escritor a destiempo, que continuamente rompe lanzas contra los hombres de la vieja generación, pero que tampoco se siente a gusto en la que le sigue. Si se indigna contra los viejos escritores, pontífices de Academia, como don Julio Calcaño a quien parece endilgar el terrible panfleto "A un escritor senil", no alcanza tampoco a medir con toda ecuanimidad la importancia del Modernismo. Si ha elogiado alguna vez a Díaz Rodríguez y Blanco-Fombona, no deja de ponerles reparos. Y sus prejuicios contra los modernistas, se expresan, a veces, en destemplados juicios sobre Rubén Darío. En muchos poemas de éste, encuentra "palabrería tonta, frivolidad mundana, apariencia engañadora, en formas literarias de comercio, y de comercio buhonero" (Apuntaciones críticas, pág. 76). Otra vez, por la poesía "Los buhritos", llama a Leopoldo Lugones "antropófago del arte" y en extensa epístola a Manuel Ugarte desfoga su disentiimiento de los poetas y escritores de la escuela. O bien alabando una obra de R. López Baralt, lanza una homilía contra el estilo de la época:

"Es probable que alguien ría por ahí —después que lea este libro — de las afirmaciones que acabo de exponer, porque la literatura que encierran las páginas que siguen, quizás, y sin quizás, no está de moda. Se usa en lo presente por

algunos, que no por todos los que escriben, cierta literatura quintaesenciada que habla mucho y dice poco, que exagera los afectos, que traduce las pasiones en forma inderosmit, que no pinta la realidad como es sino extraña y selamida, que abusa de la hipérbole a fin de que resulte más brillante el efectismo, que amontona las palabras y las cláusulas de color subido para vestir y engañar pocas ideas" (Apuntaciones críticas, pág. 207).

Quizás este choque con la nueva escuela que triunfaba a pesar de su sarcasmo, y el sentimiento de que, por la preponderancia de aquélla, el país no reconocía cuanto hizo por el crédito de nuestras letras, acendrarón la soledad misantrópica de los últimos años de Picón Febres. Otros de sus coetáneos, como Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, supieron armonizarse y convivir con las generaciones siguientes. En un medio literario tan pequeño como era el nuestro, "La literatura venezolana en el siglo XIX" de Picón Febres, se destaca por su tuda franqueza crítica. Censura con libre desenfado a sus contemporáneos. No era, precisamente, hombre manso y calculador. A veces grita, zahiere y se siente acosado y perseguido. El batallador que no pudo seguir cumpliendo cargos y funciones brillantes, lo sublima en belicosas páginas de crítica y de historia personal. Era su rebeldía y alzamiento, desde el tintero. La voz en el desierto de muchos letrados preteridos como él, en la languidez espiritual de los días de Juan Vicente Gómez.

PICÓN FEBRES Y LA NOVELA REALISTA-
REGIONALISTA

Ningún crítico se ha detenido bien en una de las extrañas anomalías de la Literatura hispanoamericana, y muy concretamente de la venezolana, en el siglo XIX. Es el cerrado muro de "tabús" sociales, morales y políticos que comprimen la obra del escritor. Aunque leyeran con provecho a los autores franceses, canon estético de la época, la imitación o ejemplo que tomaron de ellos, iba hasta el límite en que tropezaban con las inexpugnables convenciones de la sociedad criolla. Curiosamente el Romanticismo coincide en Venezuela con los días más brutales y violentos de guerra civil: se actuaba y hablaba con furor en el campamento que era el país durante las luchas de la Federación, pero los poetas románticos nos ofrecían, por contraste, un mundo irreal de ángeles y pasiones puras. Sólo los periodistas políticos —como Juan Vicente González— eran capaces de interpretar la ira de la época. Si la Literatura fuese siempre un documento social, la imagen de Venezuela entonces, a través de la poesía, sería un angélico país de trovadores enamorados y de fidelísimas mujeres que les aguardan en un imaginario castillo. Los costumbristas reaccionaron en su arte menor y a veces de modo tosco contra semejante vaguedad, y preparan así el camino al realismo novelesco que se advierte al

final de la década de 1880. Empieza a liquidarse una Literatura de álbum y flores disecadas, de leve céfiro y de suspiros. Las cosas venezolanas pedían ya que se las definiera por sus nombres.

Digo "realismo" y no "naturalismo", porque a pesar de la influencia de Zola, tan palpable en aquellos días, el escritor criollo nunca dispone de la desenfadada libertad de los "naturalistas" franceses. Se mantiene en una zona intermedia en que si aplica el minucioso método zolesco a la descripción de algunos ambientes, teme todo lo que contraría la moral común. En las letras hispano-americanas una novela como "María" de Jorge Isaacs había llevado a su clímax los últimos vapores seráficos del Romanticismo, pero al mismo tiempo, y frente a la idealización de los personajes, fijó la realidad paisajística y costumbrista con cuidadoso esmero. Si María y Efraím eran demasiado angélicos para peregrinar en la tierra, los frutos, los árboles, los animales de aquel encantado valle del Cauca parecían demasiado vivientes. Y un poco de ese compromiso bastardo entre el realismo del ambiente y la idealización de los seres empezó a surgir en la novela criollista. En "Peonia" de Romeragarcía, publicada en 1890, observamos el abierto contraste entre la rudeza ambiental, la violencia de los personajes secundarios y el carácter idealizado de los principales protagonistas. Obra híbrida en que se conjugan desigualmente lo novelesco, lo periodístico, lo sociológico.

Hombre de más acendrada Cultura, Picón Febres ofrece en "Fidelia" (1893) la primera novela bien compuesta del realismo venezolano. Ya sé que en un trabajo reciente el Padre Barnola exige tal primacía para "Zárate" de Eduardo Blanco, pero como novelista el glorioso autor de "Venezuela heroica" no supo armonizar bien lo verosímil y lo melodramático. El enredo folletinesco —residuo de sus lecturas románticas— complica con arbitraria prolijidad la marcha de aquella novela. Pues el valor y también las limitaciones del realismo literario estriban en que la acción novelesca transcurra en una zona normal y común para que los lectores reconozcan la verosimilitud de la novela. Pocos libros de entonces cumplen semejante requisito como "Fidelia". He aquí una obra absolutamente costánea de las costumbres y psicología provincial venezolana en los días del 90. Es curioso que pensando acaso en la "Germinie Lacerteux" de Goncourt, la protagonista de "Fidelia" es una criada doméstica; la primera que entra con su vestido y sus amores humildes en el ornamentado campo de la ficción venezolana. Claro que la influencia —si la hubo— de "Germinie Lacerteux" se queda en la similitud y mediocridad de oficios, porque la fórmula novelesca de Picón Febres no alcanza la audacia analítica de los franceses. El interés de la novela no radica en su materia extraordinaria y sus lances agitados como en "Zárate", sino que presenta, más bien, un cumplido reportaje del pequeño mundo de

rutina y ordinarias pasiones de una pequeña ciudad provincial venezolana a fines del siglo XIX. Goza el autor en el inventario minucioso de ciertos ambientes populares, como en la detallada descripción de la pulpería criolla que abarca casi todo el capítulo noveno.

La trama no puede ser más común: los amores y rapto de Fidelia, criada en la beatífica casa del Padre Torrijos, por el Doctor Sánchez Azuero, joven y ambicioso Don Juan de la política provinciana, para quien tener una amante más es signo de altiva hombría como el revólver que desenfunda en las querellas locales o los gallos de pelea que exhibe en las ferias. Y la crónica transcurre entre los enredos políticos de la provincia en vísperas de elecciones, que habrán de terminar en típica "revolucioncita" con la muerte del combativo Sánchez Azuero y la desolación de Fidelia, Dido de una ciudad incendiada. La división entre "la gente de arriba" y la "gente de abajo" condiciona, asimismo, la política vernácula y fija el marco en que se mueven los caracteres.

En "Fidelia", libro hoy injustamente olvidado (apenas existe la rarísima edición de Curacao, Librería de A. Bethencourt e hijos, 1893), forma Picón Febres su geografía literaria, la suma de peculiaridades de ambiente que después veremos repetir en "Ya es hora" y "El sargento Felipe". Singular gusto por los modismos, refranes y deformaciones del lenguaje vernáculo que le inspirarán

en la madurez aquella amable investigación de su "Libro raro", ya exhibe en esta primera novela. Y sería la más atractiva y lograda del escritor merideño, si por otros motivos no la hubiera opacado y quitado audiencia la más popular de sus creaciones novelescas. "El sargento Felipe".

EL SARGENTO FELIPE

"El Sargento Felipe" fué la más difundida de todas sus obras de ficción. Desde 1897 se publicaron en "El Cojo Ilustrado" algunos capítulos de la novela con los excelentes grabados con que la ilustró el lápiz ya agónico, vencido de la enfermedad, de Arturo Michelena. Y este encuentro del pintor y del escritor iluminando aquellas páginas criollas parecía un homenaje desgarrado de la inteligencia venezolana al pobre pueblo nuestro, víctima de toda injusticia, en el personaje arquetípico que es "El Sargento Felipe". Después de nuestras asoladoras guerras civiles, con las alpargatas rotas, la sucia camisa de liencillo, el escapulario de la Virgen que no los socorrió y el "cacho" para beber agua, de vuelta de la humillante recluta, muchos Sargentos Felipes, ya sin hogar ni familia, recorrían todos los caminos de Venezuela. Los hombres de los paramos vagaban por la llanura; los del llano temblaban de frío en las sierras.

Forma parte el libro de aquel ciclo de obras de

crítica y proceso de la dictadura guzmancista, tema que surge con cívico brío en las letras venezolanas después que la República se libera del agobiador paternalismo del gran caudillo. Si una personalidad como la de Guzmán Blanco puso un poco de orden y previsión material en el caos del país después de la Federación, si creó algún progreso de edificios, muelles, caminos y escuelas y mayor refinamiento en las costumbres; si quiso "civilizarlos" como Pedro el Grande a los rusos, ahogó también todo germen de libertad política; asumió sobre las leyes y las instituciones la representación más abusiva del Estado. Al caer su dictadura, Venezuela estaba como un hijo menor que quiere librarse de la más opresora tutela. Aquella generación de la década del 80 tenía que empezar a pensar por sí misma, pues durante más de veinte años Guzmán Blanco y sus aúlicos absorbieron todas las iniciativas venezolanas. Y el sólo papel consentido a los intelectuales fué glosar con música panegirica y adjetivos detonantes las ideas y caprichos del "Ilustre". El vivo contraste entre las leyes escritas, que se gloriaban de ser muy liberales, y la realidad despótica, fué tema de estudio para los escritores de la época como Luis López-Méndez, Nicomedes Zuloaga, José Gil Fortoul. Una obra política como "Personalismo y legalismo" de Muñoz-Tébar constituyó la denuncia e inventario candente de esta paradoja institucional de la vida venezolana. Los doctores de los Congresos hacían muy bonitas leyes, pero los régulos ar-

mados del Guzmancismo las deformaron o interpretaron a su guisa.

Aunque no es sociólogo —como sus otros compañeros de generación—, Picón Febres hace de su libro la epopeya doliente de la recluta. Muchos años de verboso Liberalismo no habían abolido para entonces tan envilecedora forma de esclavitud humana. Dedicó la novela "al honrado y laborioso pueblo de Venezuela, verdadera víctima de nuestras guerras civiles". Y narra con técnica que podríamos llamar "lineal" la historia de Felipe, el buen labrador, lanzado de su conuco por la ferocidad de la conscripción. Para que los señores de la guerra conquistaran o se jugaran el poder en la aventura de los alzamientos, los campesinos eran atraillados como bestias y empujados a combatir en suelos lejanos por los caudillos que desconocían. Los campos quedaban sin brazos; las tierras se enmontan o endurecen como rastros, las muchachas del conuco pasan a ser las siervas o amantes del latifundista, mientras el conuquero cumple su tiempo de forzado servicio. Tornará Felipe a sus campos de Maraure a contemplar la heredad hecha escombros, la mujer muerta, la hija en el serrallo del gamonal. Se tira al barranco como esas bestias demasiado enfermas que no soportan más sus llagas y magulladuras. Y en el terrible ciclo de la vida rural, así como llegan los aguaceros, la sequía, las bandadas de ávidos pericos, otros Felipes volverán a dejar su tierra y sus hijos, cuando en cualquiera región de Venezuela un caudi-

llo imperioso dispare los primeros fusilazos de otra guerra civil. Sencilla historia arquetípica que para ser contada no requería mucha imaginación, porque era la de la tribu labriega durante los largos años de discordia y furor. Pero como en "La cabaña del tío Tom" en las letras norteamericanas, el mérito del libro no estribaba tanto en la fuerza de su invención como en su capacidad de denuncia. (Se ha dicho que estas novelas, a diferencia de las europeas, producto de países más estratificados y seguros, suelen sacrificar la fantasía al alegato político o al testimonio histórico. Y dentro de tal corriente, "El sargento Felipe" parece enseñar a los historiadores cómo vivía y cómo sufría el campesino venezolano hace sesenta años).

La técnica lineal de estos libros, que deben terminar en catástrofe o desenlace patético, contraponen un primer estado de seguridad o dicha de los protagonistas con la violencia o el horror que deben sufrir después. Y semejante antítesis es palpable en "El Sargento Felipe". La paz en que vive la familia en los capítulos iniciales de la novela es bruscamente sustituida por la presencia imprevisible de la adversidad. El destino de los seres se condiciona por la tormenta que viene de fuera. Como dice el refrán mexicano "el remolino los alevantó". Sus almas son impotentes ante la presión de las cosas. Y también el carácter bondadoso, quizás pintado de una manera demasiado esquemática, de los tipos rurales como Felipe, Gertrudis, Encarnación, contrasta con la

perversa sensualidad del rico propietario don Jacinto o con la palabra chismosa e intrigante del Padre Raldíziz, cura del imaginario pueblo de Ma-raure. El usual tópicos de la "pureza" de las gentes del campo y la corrupción de las de la ciudad, del "menosprecio de corte" y "alabanza de aldea" fuerza un poco los ambientes y el alma de los personajes para destacar la tesis.

Mucho ha cambiado la novela venezolana en las casi seis décadas que ya nos separan de "El sargento Felipe". Más allá de la pintura objetiva de las cosas, se logró —desde el Modernismo— mayor atmósfera poética; un párrafo más corto, conciso, impresionista reemplaza a la prosa un tanto oratoria del siglo XIX; al simple testimonio o denuncia de una realidad social, se agregó —como en "Doña Bárbara"— el símbolo que trasciende del retrato físico o del inventario y enumeración, tan gratos a nuestros primeros realistas. A los colores uniformes que se proyectan sobre los personajes en aquellas novelas y al juego elemental de contrastes entre los buenos y los malos, la doncella pura y el Don Juan lujurioso, se opuso mayor veracidad psicológica, se degradaron o fundieron los colores para reflejar el misterioso claroscuro de la vida. En nuestra prosa relatista ya el hombre venezolano —aunque se llame "Juan el vequero"— parece más complejo que en los días de Picón Febres y Romerogarcía. El estilo de la novela —en Gallegos, en Teresa de la Parra, en Uslar Pietri, en Díaz Sánchez— se ha

diferenciado bien del periodismo y la oratoria que aun penetraba en nuestros novelistas de 1890. Pero estos cambios progresivos en el arte del relato no le quitan a un hombre como Gonzalo Picón Febres su puesto de adelantado de la novelística venezolana; la gran novedad que en contraste con el romanticismo y melodramatismo de los escritores precedentes tuvieron obras tan honradas como "Fidelia", "Ya es hora" y "El sargento Felipe". De estos cambios, enmiendas y nuevos estilos de mirar que trae cada generación se hace precisamente la historia literaria. Y ahora que nuevas formas económicas y corrientes culturales modificaron el cauce de nuestra vida histórica podemos leer aquellos libros como indispensable testimonio e iluminación de una época.

Y Mérida, donde padeció tantos años de soledad y preterición mi lejano paciente, ya ha sabido honrarle como a uno de sus hijos más ilustres. Una arbolada avenida que mira a los gélidos picachos de la Sierra, bajo cuya sombra benévola van a pasear y leer los estudiantes, y un retrato en la Universidad que le presenta con aquel imperioso garbo de orador que lucía en sus mejores momentos, recuerdan el nombre de Gonzalo Picón Febres. Aunque él nunca lo dijo —porque disfrazaba de inventadas toponimias la localización de sus novelas— el paisaje rural de los alrededores de Mérida con sus cafetos, guamos y pomarrosos; con la pulcritud de sus blanqueadas casitas cam-

pesinas donde nunca faltan flores y mesa de "puntal" para el huésped; con la sabrosa habla arcaica de sus labriegos, tan corteses, vive siempre en sus libros. Fué con Tulio Febres Cordero uno de los primeros escritores que incorporó nuestro peculiar mundo montañés a la geografía imaginativa de la literatura venezolana. Viajo a una comarca perdida y reminiscente que se aproxima a la de mi infancia, releyendo sus novelas. Y por el fuerte aire regional de sus tipos, me imagino que conocí en ferias, mercados y fiestas de iglesia a gentes que se parecían a Fidelia, al Doctor Sánchez Azuero, a Felipe, a Don Jacinto, a Gertrudis, Encarnación, Mayita, el Doctor Morlós o el General Osorio; figuras que a tanta distancia nos explican la sensibilidad y caracterología del país en la época de nuestros padres y abuelos.

MARIANO PICÓN-SALAS

Caracas: noviembre de 1955.

*Al honrado y laborioso pueblo de
Venezuela —verdadera víctima de
nuestras guerras civiles— dedica este
libro.*

GONZALO PICÓN FEBRES.

I

En cuanto el alba comenzaba a deshojar sus frescas rosas en las puertas del Oriente, Felipe se incorporaba en la troje de maporas que le servía de lecho, rezaba con fervor sus oraciones de costumbre, se levantaba con gran prisa, se amarraba el cuchillo de monte en la cintura, se encasquetaba el gran sombrero de cogollo, y no sin llamar antes a Gertrudis su mujer y a su hija Encarnación, se salía al patiecito de la casa, en cuyo pintoresco alrededor desplegaba el platanal los pabellones verdeoscuros de sus hojas, blanqueaban los naranjos con su gran florecimiento de azahares, cacareaban las gallinas siguiéndole las huellas al gallo rubicundo, bramaban fuertemente los becerros por la ausencia de las vacas, y corría con ronco estruendo la quebrada por debajo de las enormes hojas del fibroso malangá. En cuanto lo veían apuntar en el marco de la puerta, los perros corrían a encontrarle, y dando saltos de alegría verdadera, y poniéndole las patas en el pecho, y agitando la cola vertiginosamente, le llenaban de caricias. Felipe se los quitaba

de encima con una manotada, con un formidable puntapié o con una interjección harto sonora, y se dirigía resueltamente a la quebrada. Ponía el sombrero en una piedra, se hincaba sobre el césped de la orilla, se lavaba la cara hasta ponérsela encendida con la frialdad del agua, y metía la cabeza con delicia bajo el chorro cristalino. Aquella operación duraba cerca de diez minutos, al cabo de los cuales se volvía a la casita seguido de los perros retozones, y se enjuagaba el rostro con un pedazo de liencillo que guindaba de una cuerda en el angosto corredor, desempeñando allí el alto encargo de toalla.

Luego tomaba por el sendero abierto entre matas de guinea lustrosas como seda, y salía hasta el tranquero, cuyos palos, alisados por el frecuente manoseo y humedecidos por el sereno de la friolenta madrugada, recorría poco a poco. Arrojando raudales de vapores por las narices húmedas, lleno el pelaje de cadillos y lustrosas garrapatas, brillantes los ojazos de cariño maternal, con la cabeza soberbiamente erguida, mirando a todos lados con el ansia de descubrir los becerrillos y henchida de leche la sonrosada ubre, las tres vacas entraban allí mismo al pasitrote. Detrás de ellas regresaba Felipe, y al mirarlas tan gallardas, tan bonitas, tan redondas de gordura, el corazón se le ensanchaba de satisfacción dulcísima, las palabras cariñosas se le escapaban de la boca, y charloteando sonreído con las espléndidas matronas, las amarraba de las patas traseras contra un palo, las palmeaba en las

ancas con estrépito, y soltaba incontinenti uno a uno a los nerviosos becerrillos, que se pegaban de las ubres con tal fuerza y decisión, que en breve los chorros de la leche se les salían provocativos por los lados del hocico. A poco Felipe les enajenaba el gran deleite, y tomando la enormísima totuma, e inclinando la rodilla en tierra, comenzaba el repiqueteo delicioso del ordeño, a tiempo que la boca se le aguaba de placer. Cruzándose caían los dos chorros en la vasija formidable, y la espuma iba creciendo, blanca como la nieve intacta, reflejando en sus burbujas los esplendores de la vívida mañana, incitando el apetito del amarrado recental y dejándose trocar en gorda nata por el frío. Cuando ya la totuma se llenaba, la cogía Encarnación y la vaciaba en el gran cuenco donde debía cuajarse para convertirse en queso fresco y esponjoso, queso a propósito sin duda para regalar el gusto más exigente y descontentadizo.

Para entonces ya salía por la chimenea-ennegrecida la columna de humo indicadora del fuego del hogar. El cual ardía, devorando con sus lenguas de oro la chamiza retostada por el sol y cantando con su chisporroteo el himno del trabajo, a tiempo que Gertrudis molía sobre la piedra las arepas, que la múcara silbaba sobre las topias del fogón, que el gato dormía arrellanado en el blando cojín de la ceni-za, y que Encarnación iba y venía de la cocina al corredor, lavando escrupulosamente y acomodando en los rodetes de junco las jicaras redondas para ser-

vir el desayuno. Mientras que estaba listo éste, Felipe se iba al cobertizo donde dormía el pollino moro, y le echaba una brazada de guinea; daba una vuelta por la ancha corraliza donde gruñían los marranos, y les picaba el malangá; se acercaba al frondosísimo naranjo donde rumiaba el toro negro, y le daba su ración de ricos vástagos de plátano. Volvía entonces al corredor de la casita, y se sentaba muy contento en el banco de madera, con los pies empapados del rocío, dulcísimo de genio, salpicada la frente de sudor. Un sol espléndido inflamaba las cumbres de los montes; un aire puro y oloroso a pimpollos nuevecitos garruleaba entre los árboles; una alegría vibrante y expansiva inundaba los espacios; una égloga sonora resonaba en lo profundo de las selvas, en la música del valle, en el arpa de cuerdas cristalinas del cequión. Aquello era la fiesta del follaje, el entusiasmo de la gran naturaleza, el espontáneo júbilo del pájaro y la fronda, del céfiro y el agua, del color y de la luz.

Gertrudis salía hasta la puerta de la cocina y llamaba a su esposo al desayuno. El laborioso campesino se acomodaba en un rincón sobre una troje, y su mujer le ponía por delante la gran jícara de café arrellanada en su rodete, el plato azul donde blanqueaba el requesón, una cazuela colmadita de sabroso revoltillo, y una redonda arepa que se dejaba comer sola por lo gustosa y blanda. Felipe devoraba el desayuno con apetito extraordinario, y salía muy orondo a recorrer la sementeras del

conuco. Se componía éste de seis cuadras de terreno compradas poco a poco a fuerza de economía y perseverancia, regadas por el cequíon que bajaba de la cumbre, y sembradas todas ellas de café, sin que faltara por allí uno que otro barbecho donde el maíz recién plantado ostentaba los penachos de sus hojas. Con amor como de padre, Felipe componía los cercados con esmero, reparaba las cercas de retorcidos palitroques, desyerbaba los surcos donde el monte crecía con lujuria, dejaba limpiecitas las callejuelas del café, colocaba un espantajo en los barbechos del maíz y las verduras para asustar a los pericos, sembraba las matas de continuo y recogía los frutos. A las doce regresaba con su azadón al hombro, con los calzones arrollados, chorreando de sudor y silbando de alegría como el pájaro en la selva. El corazón no le cabía dentro del pecho.

Después del almuerzo se sentaba a la puerta de la casa en el banco de madera, y se ponía a desgranar las mazorcas del maíz, a fabricar alpargatas de coquiiza, a tejer sombreros finos de cogollo, o a torcer gordos mecates. Todo ello cuando aún no había llegado la cosecha de café, que le embargaba todo el tiempo, porque en cogerlo de las matas, descerezarlo en el cilindro, secarlo y conducirlo en el pollino a la hacienda de don Jacinto Sandoval para beneficiarlo, se le iba todo el día. Afortunadamente, Gertrudis y Encarnación le ayudaban lo indecible en sus faenas, eran trabajadoras incansables, sabían aprovechar el tiempo con positivos resultados, y gastaban en ves-

tirse lo menos que podían. Eran ellas las que hacían de comer, las que cosían y aplanchaban, las que recolectaban buena parte del café, y las que se ocupaban en otros menesteres necesarios cuando las horas alcanzaban para desempeñarlos.

Al anochecer comían, y luego se sentaban a la puerta de la casa. Felipe cogía el cinco, y rasgueándolo con suma habilidad, arrancaba de las cuerdas sabrosos galerones. Los perros vigilaban entre tanto, gruñían los marranos en la repuesta corraleja, el toro rumiaba lentamente debajo del naranjo, el pollino se hartaba de malajo allá en el cobertizo, zumbaba la quebrada con monótono rumor entre las márgenes de rocas, los grillos chirriaban en contorno su penetrante cavatina, y Encarnación y Gertrudis, sentadas en el pretil del corredor, fumaban con deleite su tabaco. Como a las siete y media se recogían a la salita, en cuya tapia fronteriza se destacaba el altar abigarrado como él solo, presidido por San Isidro el labrador: delante de él se arrodillaban, y en seguida rezaban el rosario con fervoroso culto, encabezado por Felipe. A las ocho se acostaban.

Vestidos con la ropa dominguera, los días de fiesta se dirigían al cercano pueblecito de Maraure, asiento de la mejor y más bonita iglesia parroquial que en aquella región se alza, porque, además de ser muy nueva, tiene cúpula en el presbiterio, lujoso altar de mármol, dos torrezuelas de mampostería, frontón churrigueresco de lo mismo y púlpito de

madera tallada con primor. En Maraure oían misa, visitaban a algunos conocidos, compraban en las pulperías lo que necesitaban durante la semana, y con la tarde, cuando ya el sol se ponía, regresaban al conuco, pero no sin echarse Felipe en la garganta alguno que otro *golpe* de aguardiente. Los días de mercado, Felipe iba al pueblo de seguro, con el cargado pollino por delante, para vender los frutos que con prodigalidad maravillosa le ofrecían las sementeras. A horcajadas sobre el burro, cantando de alegría y punto menos que borracho, volvía con la noche convertido en una pascua, y en manos de Gertrudis depositaba desde luego el estupendo pañuelo de madrás, en cuyas puntas venían amarrados los dineros de la venta. Gertrudis lo cogía con ojos ávidos, no sin dar gracias a Dios desde lo íntimo del alma, y en seguida lo guardaba en lo más honrado del arcón, un inmenso baúl de madera bien curada —hasta de tres varas de largo y con tamañas cerraduras— donde la previsiva esposa depositaba sin remedio todo lo que en la casa tenía algún valor.

Ello es lo cierto que Felipe era feliz, porque además de que a nadie le debía ni un centavo, las escrituras de sus compras no tenían por donde echarles zancadillas, su mujer le quería mucho y le ayudaba en todo, Encarnación se volvía loca por satisfacerle en las cosas más menudas, el vecindario le estimaba por su rara hombría de bien, las se-

menteras le tendían como para guardar de sus productos un si es no es todos los años, y cada día que pasaba era más grande su esperanza de poder aumentar la propiedad que a fuerza de trabajo había logrado conseguir en el transcurso de los años. Ensanchar con otras cuadras el conuco, hacer de teja la cocina, casar muy bien casada a Encarnación, obtener algunos otros animales de servicio, porque el borrico y el novillo no le alcanzaban para nada, y comprar una mula de silla baratona, era el ensueño que en su alma latía a todas horas con refulgente brillantez. Si la fortuna le soplaba, si Dios no le mandaba algún trastorno, si el café le seguía dando como en los años anteriores y si en muchos no había guerra en el país, el Cristo de *La Pascua* y San Isidro el labrador permitirían que él realizara sus deseos.

Cuando salía a recorrer las sementeras; cuando echaba a caminar por entre las frondosas arboledas del café; cuando se paraba largo rato a contemplar la prodigiosa lozania con que el maíz iba creciendo en los barbechos; cuando los racimos de plátanos solían arrancarle por lo hermosos una exclamación de júbilo, y percibía muy orondo la maciza redondez de los marranos, y se hacía cargo de lo que le producían en quesos ya muy solicitados los abundantes ordeños de las vacas, no podía menos que sentirse satisfecho, darle gracias a Dios por sus prodigias mercedes, y estimularse para perseverar en las faenas de su pequeña propiedad.

II

Felipe solía ir a la ruidosa pulpería que se encontraba, a un tiro de fusil y en línea recta del conuco, a la vera del camino real. Era propiedad la pulpería de don Jacinto Sandoval; la asistía un mocetón de su confianza, y estaba situada en uno de los extremos de la hacienda de aquel rico propietario. La casa era de teja, con amplio corredor hacia el camino, pintada de azul y enjalbegada. Por su excelente situación, porque tenía de todo cuanto podía necesitarse en materia de bucólica, y además por las grandes simpatías de que gozaba don Jacinto, aquél venía a ser el sitio de jarana y de solaz de todos los campesinos de los alrededores; y allí se reunían con frecuencia, sobre todo los domingos por la noche, a conversar de los asuntos que podían interesarles. Que si la cosecha de café prometía halagadores rendimientos, a juzgar por la carga de las matas; que si no hubiera sido por ellos, que le habían metido el hombro como para que no quedara duda, el puente del cercano río estaría aún por colocarse, porque el gobierno no

llegaba a preocuparse de las necesidades públicas, sino de atiborrarse los bolsillos, atropellar a todo el mundo y hacer lo que ordenara el de Caracas, aunque fuera un desatino; que si al jefe de parroquia no le removían pronto, era preciso derribarle a puntapiés y garrotazos, desde el momento en que, además de no servir para desempeñar el puesto, se las tomaba de anisado y armaba cada bronca que se venía el cielo abajo; que si al señor cura de Maraure, o sea el padre Telésforo Raldíz, no había que tenerle mucha fe, desde luego que solía, en fuerza de su grande admiración por la hermosura, hasta bailar, en las épocas de feria y de alegría, con las muchachas de espléndido palmito; que si el mismo don Jacinto Sandoval (y esto lo murmuraban *sotto voce*) cojeaba igualmente de ese pie, con la circunstancia agravante de que gozaba de grandes simpatías entre las chicas del lugar porque era desprendido, enamorado y zalamero; de todo eso se conversaba allí con ruido, en tanto que el pulpero, por lo mucho que vendía en razón de la afluencia de la gente, no cabía en sí de gozo, silbaba como un pájaro y repicaba las chancletas en el suelo.

Otras veces se tocaba el guitarrillo y se cantaban coplas, alternando en el diálogo de ellas dos o tres de los más finos cantadores. Felipe se cogía la guitarra para él, por aclamación universal, y cruzándose de piernas sobre el mostrador, y poniéndose en tono con un trago, y arrollándose la

manga de la derecha mano para que no fuese a estorbarle, se soltaba a desgranar cada sabroso *golpe* que unas veces daba ganas de llorar, y otras de entusiasmarse hasta dejar *vacidas* las botellas del armario. Felipe era maestro en eso de espontanearse con el cinco popular. Para los diferentes modos del rasgueo, para la suma habilidad con que movía los dedos en los trastes, para el conocimiento pleno de los tonos mayores con sus correspondientes relativos en distintas posiciones, para la forma especial con que hacía quejar las cuerdas cuando el són era muy triste o apenas melancólico, para todo tenía una fineza de artista consumado, y eran pocos los que por todo aquello se le podían igualar. Y después que se *tragueaba*, y se iba entusiasmado gradualmente, y se adueñaba de él la inspiración a causa de la influencia que en su ánimo ejercían los que cantaban . . . ¡qué prestigio el que cobraba entre sus manos el magnífico instrumento! Es lo cierto que la gente se arracimaba en las dos puertas, que los que estaban dentro comenzaban a beber hasta embriagarse, que la alegría se apoderaba por completo de los ánimos, y que al fin, a causa del menudear del aguardiente y de la susceptibilidad que da aún a los más blandos de carácter, se armaba la de Dios es Cristo por la más leve pequeñez. Empezaba la bronca por palabras descompuestas, y terminaba a puñetazo limpio, cuando no a cuchilladas.

Hasta el propio don Jacinto, con ser lo que él

era y darse la importancia que se daba, concurría de vez en cuando a las ruidosas tertulias de la pulperia, y se democratizaba unos asomos, con gran contentamiento, por supuesto, de los alegres campesinos. Sin hacerles ningún asco, empinaba las copas que se atrevían a brindarle, metía la cuchara por lo fino en sus conversaciones, repicaba uno que otro blando *golpe* en la guitarra, soltaba el vozarrón para alternar con los copleros, y después de correrla en toda forma, iba a acostarse casi ebrio. No está de más decir que tal conducta le captaba numerosas simpatías, y que por ella los campesinos le ponían sobre las niñas de los ojos.

Era don Jacinto un hombre como de treinta y cinco años de edad, soltero, de estatura antes alta que mediana, buen mozo como pocos, fortísimo de músculos y muy blanco de color. Tenía negros los bigotes, negro el pelo ensortijado y negras las córneas de los ojos. Sus palabras poseían una dulzura que encantaba, y su carácter expansivo una manera especial para insinuar en el ánimo de todos. Pertenece a una de las familias más distinguidas de la ciudad cercana, y aunque su inteligencia no era muy despierta y carecía en absoluto de cultivo, pesaba en la sociedad por sus posibles monetarios, por la finca que poseía y por el buen nombre de que gozaba en todas partes. Fuera del dinero que tenía distribuido en la ciudad ganándole interés, y del ganado que en número crecido pastaba en sus potreros, y de los positivos rendimientos

que al trapiche le sacaba moliendo todo el año, la hacienda le producía en café ochocientos quintales por cosecha. Jamás había salido del terruño, a pesar de que podía verificarlo sin perjuicio de sus bienes, porque la ausencia del trabajo le hacía padecer, le llenaba de tristeza, le ponía de mal humor; y por lo que hace a la política de la localidad, la odiaba cordialmente, porque no veía en ella sino una lucha encarnizada de aspiraciones sórdidas, una exhibición perenne de adulaciones vergonzosas y un desfogue horripilante de las pasiones más raseras. A don Jacinto no le entraba en la cabeza que los hombres que se llamaban honorables con una voz muy campanuda, se arrastraran como cerdos a los pies de un mandatario fantasmón, que a lo mejor del tiempo resultaba un vagabundo redomado, y se escupiesen a la cara las injurias más atroces, por un sueldo de cincuenta pesos.

—Eso da asco, mis amigos —solía decirles él a los que tal hacían sin pena alguna—. Que intri-guen y se insulten por un sueldo los canallas, los que tienen perdida la vergüenza, los que no quieren trabajar sino vivir del presupuesto, convenido, porque su condición es ésa; pero que ustedes, que la echan de Catones, y se llaman honorables, y tienen de qué vivir holgadamente, y por lo mismo están en capacidad de hacer de la política algo serio y elevado, se metan a vagabundos por el solo placer de embadurnarse, y autoricen las mayores indecencias, y se presten a desempeñar papeles sucios, e

injurien y se dejen injuriar inicualemente por conseguir un puesto público, es una inmoralidad de a folio . . . Para ustedes todo el mundo es un trastajo; pero ustedes nunca advierten las porquerías que hacen, los desafueros que autorizan en nombre de la pasión política, ni las adulaciones vergonzosas en que incurren con la mayor frescura.

La mayor parte del año la pasaba don Jacinto allí en la hacienda, en donde no tenía más distracción que caminar por los alrededores enamorando a las muchachas. En tal sentido era hombre sobremanera afortunado.

Una noche la pulpería estaba llena y la conversación giraba alrededor de la política. Cada cual iba diciendo lo que cargaba en el agaje, refiriéndose a lo que había escuchado en la ciudad, y asegurando que la guerra era cierta, si Dios no se metía a remediarla.

—Y la verdad es que los godos —arrimó uno con mucho golpeteo— como que no han de estarse quietos . . . Yo no me canso de aguaitarlos, pa ver si los apaño en alguna picardía; y o mucho me equivoco, o algo cargan por dentro del estómago . . . Y lo que es pelearlos, hay que pelearlos de verdad, porque si nó se nos enciman que da miedo.

—Pues eso serás tú —arguyó otro en seguida— que te gusta meterte en esas vagamunderías, en que los que salen ganando son los letraos y los jefes . . . Pal infeliz soldado, papelón, baqueta y plomo . . . Yo, por lo que soy, maldito si me avengo a mal-

poner el cuero pa que cualquier badulaque se aproveche.

—Y ¿qué haces si te cogen?

—Si pudieren, porque primero me les pierdo de vista en un zanjón.

—Lo que saca uno con andar de farolero —dijo pausadamente otro que acababa de paladear con grosería cuatro dedos de anísado— es que lo saquen de viaje de un balazo, pa que en después la mujer y los hijitos no tengan qué comer.

—Compadre, cada cual con el gusto que nació . . . Y como yo no cargo rabo a quien pueda hacerle falta, pues entiéndase conmigo . . . Pa los hombres como yo se hizo la guerra, porque a mí me sabe más una emboscá que el amor a los quince

alca.

—¡Uyuyuy!

—¿Que no es verdá?

—¡Es que roncas que da risa!

—Porque yo soy como los páramos: ronco porque puedo.

La carcajada que estalló, al escucharse aquella gran fanfarronada, fué general y escandalosa.

—Según eso —interrumpió Felipe poniéndose muy serio— ¿es cierto lo que cargan por ahí desde el domingo?

—¡Como que si es verdá . . . ! Y de las que no dejan duda —aseguró el pulpero, descargando sobre el mostrador un formidable puñetazo—. Lo que debes tener como sabido es que Salazar anda

ya alzao en Carabobo, y que si no lo apagan pronto, entualito se prende la follisca en toda la República.

—Y decir que Matiitas —baladroneó el primero que había hablado— no es ningún palo de maraca . . . Con quien tenemos que entendernos es con la culebra que le picó a San Pablo.

—Pues malo, mis amigos, malo —volvió a decir Felipe suspirando—. A río revuelto, ganancia de caimanes. Los que la llevamos perdida somos los que tenemos algo que perder. En un momento se derraman por los campos las patrullas, y adiós, animalitos de mi alma. De sólo pensarlo se me engruñía el corazón.

—¡Ojalá fueran nomás los animales! —vociferó entonces el pulpero—. Es que se llevan hasta los trapos limpios que uno compra pa vestirse los domingos. Y eso sí que apesadumbra, compañero: trabajar uno todo el año, doblando el espinazo a sol y agua, pa que cuatro bandoleros lo dejen en la inopia en un momento.

—Y ¿dices tú —le preguntó otro al pulpero— que Salazar anda ya alzao en Carabobo?

—Por lo menos eso afirman en Maraure.

—Pues, mis amigos, yo no creo en la noticia —contestó.

—¿Por qué? —le interrogó el que la echaba de entusiasta liberal desde el principio.

—Porque Salazar no es godo; porque los godos se acabaron en Apure, y porque tendrán que hacer

milagros por lo mismo pa que vuelvan a levantar cabeza . . . Y lo que son milagros, sólo Dios y el Santo Cristo de *La Pascua*.

—Eso lo dices tú —argumentó el pulpero— porque cada quien no hace sino arrimar la braza a su sardina . . . Pero escucha, pa que después converses con razón: es que cuentan por ahí que Salazar se ha pasao pa los godos, y que ellos, pa salvarse del General Guzmán, lo han reconocido como jefe.

—Y ¿tú crees que Salazar es capaz de gritar *vivan los godos*?

—Lo que yo creo —afirmó entonces Felipe, para ratificar lo que antes había dicho— es que si vuelve a comenzar la guerra, nos llevan los demonios camino de las pailas del infierno.

—No hay que afligirse, amigo —murmuróle en este punto el liberal, dándole golpecitos en la espalda con el grueso chaparro que traía—. Detrás de un cerro está un llano, y lo que nos parece una gran calamidá, casi siempre resulta lo mejor.

—Compadre —le replicó Felipe con mucho golpeteo en las palabras— si será lo que usted dice, y yo no se lo argumento porque no soy adivino; pero experiencia tengo que me sobra, y ella me ha enseñao en lo que paran estas cosas de la guerra. Y ¿sabe usted, mi amigo, en lo que paran? En llenarse el país de Generales mucho más de lo que por desgracia está, Generales del cuartajo que todo se lo roban, que a todo el mundo insultan, que

por todo se insolentan cuando cargan el machete en la cintura, y que a pesar de ser tan animales como yo, que lo soy pa que se vea, llegan pronto a presidente, y hacen lo que les da la gana, y los letraos les adulan que da asco; y mientras que nosotros nos pasamos la vida trabajando pa ganar una miseria, ellos se hacen ricos en sólo cuatro días, y echan pierna a según como si fueran endeviduos prencipales, y son capaces de atropellar hasta al mesmo *sursum corda* . . . ¿Que qué? Pues mire, amigo, y desimule: Generalotes de esos hay que no saben escrebir, y han llegao a diputaos . . . Conque dígame ahora si yo tendré razón pa que el alma se me ponga con la guerra como un páramo de fría.

Con semejante parrafada, que resultó verdad como una casa toda ella, el liberal repuso:

—Razón que le sobra tiene usted, y yo soy el primero en percatarla; pero, mi amigo, lo que hace carrera en esta tierra es el machete, y el ningún asco pa ciertas picardías que yo sé . . . Andese usted con miedos, y ya verá como lo llaman el viejito . . . Compadre, ya sé yo que los Generales sobran; pero es lo que usted dice: usted se cansa de trabajar, y no pelecha; mientras que ellos en un momento se hacen ricos y se lo llevan todo pa su casa.

Una sombra de tristeza cayó sobre los ánimos de súbito, y nadie volvió a hablar. Los campesinos vaciaron el último trago en la garganta, se fueron despidiendo unos de otros, y se alejaron en distintas direcciones.

Taciturno como muy pocas veces en su vida, con el alma hecha pedazos y embargado por una sensación indefinible, Felipe comenzó a caminar muy lentamente la vuelta de su casa. La noche estaba hermosamente clara, una de esas noches en que el cielo parece como barrido por la mano de genios invisibles, en que el azul se muestra como un pabellón de terciopelo, en que las montañas tienen la solemne majestad de lo grandioso, en que la luna inunda con su raudal de oro vivo la tierra y los espacios infinitos, y en que los astros centellean como deslumbradoras piochas de brillantes. Soplaban fresco el céfiro, los árboles dialogaban entre sí no sé qué cosas misteriosas, el estruendo de las quebradas se escuchaba más sonoro, y los perros de las cercanías salían a ladrar a los cercados del camino. A lo lejos se percibía el deajo triste de algún cinco, y tal que otro arriero, silbando con agudeza penetrante y restallando el mandador tras el arria de mulas perezosas, avanzaba poco a poco por el camino real.

Pensando en los horrores de la guerra, Felipe embocó la vereda de su casa, pasó el puente de dos vigas levantado sobre el río, subió el repecho que conducía hasta el tranquero, y cuando ya se disponía a descorrer los palos, vió alejarse a toda prisa hacia la izquierda, saliendo del cercado del conuco, un hulto blanco muy parecido en la silueta a don Jacinto. En breve tiempo el hulto se perdió tras la arboleda, y Felipe se quedó como embargado

por no sé qué sensación inexplicable. Su alma acabó de ennegrecerse con aquella visión rápida; una sospecha súbita se apoderó de él, y penetró en su casa de estampía, desazonado, tembloroso. Llegó a la sala, y Gertrudis dormía sobre un banco. Llamóla a gritos, y la pobre mujer despertó como azorada, restregándose los ojos, sin darse cuenta de que era Felipe el que le hablaba.

—¿Desde cuándo estás ahí? —le dijo éste con violencia.

—A lo sumo habré dormido media hora... Felipe, me sentía muy cansada con el trajín del día, y tuve que acostarme.

—Bueno, y Encarnación ¿por dónde anda?

—Allí en el corredor debe de estar —volvió a decir Gertrudis, levantándose asustada.

—Es que no está —bramó Felipe, con furor.

Entonces la muchacha, entrando a la sala de improviso, sudorosa y acezando, preguntó:

—¿Qué quería?

Felipe se la quedó mirando con penetrantes ojos, y sacudiéndola con fuerza por los brazos, la interrogó fuera de sí:

—¿Por dónde andabas?

—Por la cocina —contestó la muchacha con firmeza.

—Y ¿cómo no estabas con tu madre?

—Es que fui a sentarme allá, junto al fogón ardiendo, por el más calor que hace, y me quedé dormida.

—Pero, mujer, si vienes acezando.

—¡Ya lo creo! Porque al sentirle a usted, me desperté de golpe y salí de barajuste.

Encarnación contestaba con tal seguridad, que Felipe se fué serenando poco a poco. Sin embargo, la sospecha no le dejaba estarse quieto, y el bulto blanco que había visto se acentuaba en su imaginación impresionada con los rasgos inequívocos de don Jacinto Sandoval.

Rezó el rosario y se acostó, pero no pudo dormir. La excitación del aguardiente, las noticias circulantes de la guerra, la aparición del bulto, el temor de que su hija hubiese cometido un disparate, le voltejaban en la imaginación calenturienta sin darse punto alguno de reposo. Pero lo que más le hacía sufrir y cavilar era la guerra, porque podía perder con ella en pocos días todo el dulce bienestar de que gozaba. Se figuraba que habían de reclutarle al enseriarse la nueva zalagarda, y el corazón se le apretaba de miedo y de tristeza.

¿A quién le dejaría encomendada su familia?
¿No podían suceder muchas cosas en su ausencia?
¿No iba a perderse la cosecha si él faltaba? Un presentimiento horrible le estaba haciendo daño, y por más que se volteaba de un lado para otro, no lograba conciliar el sueño.

III

Que tenía razón Felipe para pensar lo malo respecto de su hija, era indudable, porque cuando aquella noche don Jacinto le vió entrar en la ruidosa pulpería, salió de su escondite con cautela para que nadie fuera a conocerle, echó camino abajo, torció a la derecha para tomar el del conuco de Felipe, pasó el puente a la carrera, subió por el repecho a todo escape, llegó al cercado ahogándose, y disparó un silbido agudo.

Los perros comenzaron a ladrar desesperadamente, con las mejores intenciones de lanzarse en actitud guerrera hacia el camino: pero de pronto exahalaron un gruñido doloroso, como si alguien les hubiese alumbrado un garrotazo. Luego se oyó entre las matas un rumor imperceptible, y Encarnación apareció debajo de un arbusto de café.

Era la hija de Felipe una muchacha de ricas redondeces, de cara fresca y viva como un botón de rosa, con dos ojazos negros que centelleaban como soles, y con una zandunga en todo el cuerpo que cargaba a don Jacinto como loco. Sus facciones no

eran finas, pero formaban un conjunto que agradaba desde el primer momento: la expresión de su semblante tenía siempre una irradiación de alegría satisfecha; su boca sonreía para mostrar, al través de los labios encarnados, dos hileras de dientes limpiecitos y colocados con primor, y la hermosura de sus formas atraía con la resuelta gentileza de sus líneas. Su limpieza en el vestido y en el cuerpo era pulquérrima, y nunca andaba con los cabellos destejidos, sino peinados con esmero y trenzados en espléndida crineja que se le iba por la espalda como una culebra de azabache. De los redondos brazos, de la nuca oscurecida por el vello, de la esbeltísima garganta, del relevado seno se le escapaba un olor suave como de flores nuevas, un ambiente de vida que embriagaba, un destello virginal que deslumbraba los sentidos.

Cuando don Jacinto la vió aparecer, salvó en dos brinco el cercado y trató de estrecharla entre sus brazos con cariño; pero ella se escurrió con ligereza, y le dejó plantado.

—¿Por qué te escapas? —dijo él con ansiedad.

—Porque no quiero sufrir más de lo que sufro.

—No tengas miedo, que a Felipe lo deje en la pulpería.

—Pero ya no dilata, don Jacinto, y si me encuentra con usted, es capaz de matarme de la furia . . . Antes hago mucho con salir, y todavía usted no está contento.

—Y entonces ¿a qué vine?

—A darme la alegría de mirarlo.

—Pero no será mucha, cuando te muestras tan arisca.

Encarnación guardó silencio, agachó la cabeza tristemente, exhaló un gran suspiro, y arrancando una hoja del arbusto de café, se puso a volverla picadillo con los dientes. Al cabo replicó con tembloroso acento:

—Si usted supiera lo que me está pasando, no me diría eso. Mire, yo no descanso hasta que usted no viene por la noche; paso el día en un desespero que me da ganas de llorar, y no hablo nada porque no me sale hablar ni esto.

—¿Piensas mucho en mí?

—Pienso y repienso como usted no se figura; y cuando me acuesto, sueño con usted; y cuando estoy lavando en la quebrada, y cuando plancho allí en el corredor, y cuando salgo a la cogida del maíz, y cuando me siento a hilar, no se me quita usted del corazón.

—Y dime, ¿es que me quieres de verdad?

—Pues si no lo quisiera, ¡qué plantada!, me importaría muy poco que usted viniera o no viniera por aquí.

—Sin embargo, tú quieres a Matías mucho más.

Encarnación levantó la cabeza con asombro, porque aquello no pasaba de ser un disparate, y replicó:

—¿A Matías? . . . Pobrecito, que lo que me da es lástima con él . . . Es mi sombra, me sigue a to-

das partes muriéndose por mí, me enrabia con las cosas que me dice, se desespera y llora, sin que yo pueda quererle, porque yo le quiero a usted.

Dicho lo cual, don Jacinto se acercó al cercado, encaramóse a él sin hacer bulla ninguna, y mirando a todos lados con fijeza escrutadora, volvió a bajar con mucho tiento para acercarse de nuevo a Encarnación.

—¿No viene todavía? —le preguntó ella con afán.

—Ni la sombra —dijo él, bien por lo bajo—. Acércate, pues, y ya verás cómo tenemos tiempo de conversar muy largo.

—Es que el miedo no me deja.

—Pues así estaremos siempre, Encarnación, y yo nunca creeré que tú me quieres, sino que todo lo que hablas es mentira.

—Por desagradecido será que dice eso, pero no porque yo le dé motivo.

—Como en nada me complaces, yo tengo razón para mostrarme quejoso de tu conducta incomprendible.

—Porque usted se figura lo que no es ni la sombra tan siquiera de lo que a una le sucede en lo muy hondo del pecho. Lo que me sobra es el cariño; pero ya ve que no se puede todo lo que se quiere, por más que el alma sufra.

—Si tú quisieras que habláramos muy largo habrías ido a casa desde cuándo.

—Pero usted no tiene en cuenta que a mí no me dejan salir sola.

Poco a poco don Jacinto se fué acercando a Encarnación, y le cogió una mano al fin, sin que ella opusiera resistencia.

—Dime, ¿quieres que vuelva a conversar contigo mañana por la noche? —tartamudeó en seguida.

—No, porque no puedo salir.

—Y entonces, ¿cuándo?

—Don Jacinto, yo no sé —contestó la muchacha con tristeza.

—Pero dame siquiera una esperanza.

—Y ¿qué quiere que le diga? . . . Cuando se pueda, y se acabó.

De pronto sintieron acercarse los pasos de Felipe, a la vez que el rumor que producía la fatiga de su respiración.

En cuanto pasó por frente a ellos, don Jacinto se lanzó hacia el cercado, fuese precipitadamente por la orilla del sendero, y en breve se ocultó tras la arboleda iluminada por la luna.

Muriéndose de miedo, con el espanto pintado en las facciones y con las manos frías, Encarnación se arremangó la falda para correr mejor, y se escapó hacia la casa a toda prisa.

De detrás de una gran piedra que había en el cafetal se vió surgir entonces una figura trágica, un hombre en cuyo rostro macilento se observan los estragos del despecho, de la ira, del dolor. Su

cuerpo temblaba todavía, sus ojos centelleaban, su palidez era cetrina, sus manos se crispaban con nerviosa crispatura. Revolvió la mirada en torno suyo, y dos lágrimas corrieron de sus ojos, dos lágrimas que debieron de abrasarle las mejillas, porque con el revés de la mano tostada por el sol se las enjugó al instante. Quedóse inmóvil luego, y de su pecho se escapó hondo suspiro. En seguida se alejó.

Era Matías.

IV

La hija mayor de uno de los vecinos de Felipe se casaba aquella tarde. Por consiguiente, se habían hecho muchos preparativos con un mes de antelación. La casita, de corredor sobre el camino real, encajada entre dos cercados de piedra guarnecidos de espinosas madreselvas, con puerta de golpe coronada por su tejadillo y con no pocos árboles frutales en el patio, parecía una plata por lo limpia, por lo barrida con gran solicitud, por lo recién blanqueada. De la sala se echaron para los dos cuartuchos interiores los tres baúles de madera, el formidable arcón, las petacas y canastos que guindaban de las tapias, los hierros de trabajo, las enjalmas de los burros y las tusas de maíz en un rincón apilonadas. El pavimento, hecho de tierra a fuerza de pisón y de agua fresca, se rellenó en los enormes agujeros que tenía, y quedó a pedir de pies, uniforme como mesa de billar, brillante por el paso reiterado de milagrosa escoba, y de primer orden para el baile que traía con la cabeza ardiendo a los alegres mozos de los alrededores. A los viejos retablos del altar

se les quitaron las telarañas de cerca de dos lustros, se les sacudió el polvo, se les pusieron en los desteñidos marcos flores recién cortadas en el patio, abundantísimo de ellas; y el pie de amigo se vistió con albo paño de muselina lisa, engalanándole después con macetas de hojilla relucientes. Arrimadas a las tapias se colocaron sillas, banquetas, sillones muy entrados en edad, dos bancos pesadísimos de carpintería y cinco o seis cajones vacíos de tabacos, todo ello con el fin de que la concurrencia tuviera en qué sentarse. Por lo que se refiere al corredor de la salita, se le despojó también de cuantos colganderos mostraba en las paredes, que es como decir totumas, jícaras, bateas, frascos henchidos de remedios, mecates, racimos de cambures, ropa de uso recién almidonada y machetes enormes de rozar, y se le puso el suelo, en lo que guarda relación con la limpieza, como la palma de la mano. Y por lo que hace al corredor de la cocina, se desempuercó asimismo, y en la troje de maporas, que era de dos tramos o anaqueles, se acomodaron las botellas de ron y de anisados, las cajitas de hojalata llenas de cigarrillos, los canastos de pan aliñado con manteca, las bandejas de dulces y sabrosos bizcochuelos.

Felipe y don Jacinto Sandoval eran los padrinos de las nupcias, las cuales debían verificarse en el hermoso templo de Maraure, lugar éste de grandes trapicheos y arterias, cabecera muy ilustre de Distrito, asiento de la mejor iglesia que había por todo aquello, y tierra predestinada para producir mara-

villas que sorprenden y universos enteros que dan pasmo", porque de allí es de donde salen los fanfarrones más temidos, los plátanos hartones más hermosos, las ambiciones políticas más descabelladas y los hombres más egregios en la difícil ciencia de acondicionar los gallos de pelea. Falda de muselina lisa, corpiño de imité con mucho encaje, velo no muy amplio de lo que llaman punto las mujeres, corona de azahares muy frondosa —blanco todo ello como leche acabada de ordeñar— y por añadidura larguísima pendientes, y hasta cuatro cadenas de enormes cuentas de oro, y un regimiento de sortijas en cada gruesa mano, era lo que ponía a la novia como un asombro de bonita. El futuro consorte vestía saco negro de alpaca, enteramente disgustado por la parte del cogote, hasta el punto de existir un abismo entre los dos, con el cuello de la camisa; pantalones, también negros, de casimir del más barato, y chaleco de terciopelo que, por lo fino de la tela, se dejaba adivinar que era *emprestado*. Encaramándosele hasta la propia nuez casi le ahogaba la corbata, también en riña permanente con el cuello; los botines, que resultaban truenos hasta por la abundancia de fierro de los clavos, le hacían caminar como por sobre encendidas ascuas; y el sombrero, aquel panza de burro formidable, se le atrancaba de firme en las orejas.

Como a las cinco de la tarde se pusieron en marcha camino de Maraure, apartado de allí como una legua, hasta cuarenta campesinos de ambos sexos.

Todos vestidos de gala, y el regocijo inundaba los semblantes, porque ya se sabía que, en regresando a la casita, comenzarían los tragos y el baile ruidoso y el rumor de la alegría. Dos bandolas, un violín, un violoncelo y dos guitarras compondrían la suave orquesta, regalo especial de don Jacinto para la chica que iba a desposarse; eran las parejas de lo más escogido que pudiera desearse en la materia, no ya sólo como finas bailadoras, sino también como suaves y expansivas en el trato; y en cuanto a los licores, se conocía de sobra que el padre de la novia, aun costándole un sentido, había tomado a empeño que la concurrencia quedase de ellos completamente satisfecha. Aquel ron, por el color, parecía un brandy; el anisado se dejaría beber solo, según estaba de fragante y cristalino; y los rosolios . . . ¡ave María Purísima! Ello es lo cierto que al suspirado baile vendrían hasta jóvenes decentes de la cercana capital, como Fidel Mendoza, José Manuel Arrubla y Miguelito Entrena, porque a don Jacinto se le habían dado atribuciones para que invitara a algunos de sus íntimos amigos, y que las parejas, por conocerlos ya, no cabían en sí de gozo. A Encarnación, la hija de Felipe, más que a ninguna otra se le adivinaba el júbilo que le andaba haciendo cosquillas por la sangre; y a juzgar por lo mucho que miraba a don Jacinto, y por lo que don Jacinto la miraba con redomada pillería, se daba en la flor de suponer, con algo más que sobrado fundamento, que entre los dos exis-

tía alguna cosa de esas que no pueden ocultarse. Por supuesto que Encarnación andaba hecha un primor, con sus finos alpargates de cotonia y suela, por cuyos bordes sonreía la limpiísima blancura de los pies; con su enagua de muselina a florecillas encarnadas, que le caía graciosamente en apretado farfalá; con su camisa bordada, por cuyas cortas mangas florecían los gordos brazos llenos de sangre virgen; con su pañuelo azul de seda, prendido con alfiler de oro para velar el casto seno; con la ancha y negra trenza de su cabello rizo, que le caía hasta la cintura, ardiendo en el arranque de la nuca con las rosadas llamas de dos espléndidos capullos de claveles. Y además —por natural coquetería— ¡qué arrogancia la suya, y qué trapío, y qué decires tan graciosos!

Buena pieza después de haber salido, llegaron a Maraure, por cuya calle principal, que es la empedrada y con aceras de ladrillo, desfilaron hasta de cuatro en fondo, excepción hecha de don Jacinto, que luego se presentó en su renombrada mula, castaña de veinte morocotas que no necesitaba espuelas, alta, buena moza, piernas largas y delgadas, peloncita que daba gusto verla, cascos de fierro a maravilla enchapinados, bríos que no había más que chuparla para que el mundo le pareciese estrecho, pasitrotera insigne, una oveja por lo mansa, una seda por las bridas, un terciopelo por los pasos, propia para insultar en una esquina al Presidente del Estado y arrancar de barajuste, sin el menor

asomo de mañas ni resabios, y que si en cuanto subidora se sorbía en un tris-trás las cuestras más abruptas y pendientes, en cuanto bajadora no tenía rival alguna que le tosiera en la comarca. Llegar la comitiva al pueblo en que el padre Telésforo Raldíz gobernaba discrecionalmente por detrás de bastidores, y llenarse de gente las esquinas, las ventanas y las puertas, fué todo uno y cosa de un momento. De la novia se contaba cierto enredo ya lejano con don Jacinto Sandoval, motivo por el cual parecía un desatino que él apadrinase aquellas bodas, y todos los marauenses deseaban cerciorarse de si el novio tenía o no aquella tarde rostro de hombre generoso y bienaventurado. Naturalmente, al enterarse del pergeño que traía, de la gresca que en su cogote armaban los cuellos del saco y la camisa, de la corbata impenitente y de los truenos, se carcajaban con inaudita grosería detrás de alguna esquina, o allí en la misma calle, pero metiéndose el puño por la boca a fin de que la risa no levantase estruendo. La ceremonia religiosa duró veinte minutos, al cabo de los cuales se pusieron en marcha con el cura, que era aficionado a todo género de juergas y botellas, y que en habiéndose sorbido cualquier trago, se ponía muy expansivo, demasiado chacharero y no nada escrupuloso. Remangarse la sotana, sacar buena pareja y lanzarse dulcemente al torbellino de la danza como cualquier muchacho en la flor de los abriles, no tenía nada de extraño en el cura de Maraure. Por espontanearse así, el

obispo diocesano había llegado a suspenderle cuatro veces; pero al *buen padre* Raldíríz se le daban de aquello dos pepinos, y reincidía cuando menos se pensaba. A la salida de Maraure, uno de los acompañantes echó la mano a la botella que traía preparada para el caso, y se dió a repartir el primer *golpe*, empezando por los novios. Todos bebieron, y el señor cura también. El ruido y la alegría comenzaron. Los músicos desenvainaron los encordados instrumentos de las bolsas de bayeta colorada, y la comitiva rompió a caminar al són picante y ardoroso de un merengue. Tan sólo a don Jacinto, que se reía frecuentemente con la novia, se le antojó de pronto que todo aquello era ridículo, y pretextando cualquier necesidad, se adelantó en su mula en compañía del buen padre Raldíríz, caballero el sacerdote en arrogante pisador.

Arribaron a la casita, que estaba hecha un oro a fuerza de brillante, bien cerrada ya la noche; y el baile dió principio como a las ocho y media, porque primero se comió, y se bebió, y se charló. Cuando ya se andaba en él, los amigos de don Jacinto, o sean Pepe Arrubla, Fidel Mendoza y Miguelito Entrena, llegaron un si es no es *tragueados*, haciendo mucha bulla y saludando a las parejas con una confianza que se iba más allá de los linderos que la discreción exige, hasta el extremo de administrarles ciertas flores que parecían hipérboles y sonaban como a burla. En cuanto Felipe, que era hombre asaz celoso con su hija, se dió cuenta de semejante

avilantez, hizo un respingo de disgusto que dió miedo, y acercándose a Encarnación, le dijo:

—Lo que eres tú, cuidao con bailar me con ninguno de estos *blancos*, porque soy muy capaz de romperte una costilla.

—Y ¿eso ahora? —se atrevió a replicar ella, temerosa de que tampoco la dejase bailar con don Jacinto.

—Pues que no quiero —le contestó Felipe de una manera que no dejaba qué desear en lo iracunda y terminante.

—Pero ¿qué tiene?

—Tiene mucho, porque estos vagamundos no vienen sino a pasar el rato y a reírse de nosotros.

—¿No bailo entonces?

—Pues no bailas.

—Y ¿si viene a sacarme don Jacinto?

—Mucho menos, porque él es peor que todos respetive a florear a las mujeres.

Encarnación se enfurruñó, se puso seria y por poco gime y llora. Era el paso más triste que podía acontecerle, después de haberse hecho más castillos de ilusiones que fragantes florécillas constelaban la verdura de los campos. Y decir que Felipe no era hombre que se ablandaba fácilmente, y tratándose de cosas de esa especie, mucho menos. Cuando imponía su voluntad, fuerte y dura y como bronce, no quedaba otro recurso que armarse de paciencia y barajar. Fosco se puso aquella noche, y se sentó en el corredor en un banco de madera, con el objeto de

observar a los muchachos y de formar la bronca en cuanto dieran en la flor de espontanearse con demasiada grosería. Que no alzarán mucho el gallo, porque lo que era él, de sólo una trompada se llevaba de camino a tres o cuatro. De complaciente y generoso tenía mucho, hasta el extremo de parecerse a un buey por el genio y mansedumbre; pero al tratarse de la honra de su casa, o de que alguien le creyera un papamoscas, se ponía de mal humor y hasta se inhumanizaba.

Estar en la sala y no bailar, teniendo ganas, era un tormento horrible, por lo cual Encarnación, triste, rabiosa y contrariada, fué a meterse en la cocina. Si lo hubiera sabido, pues no viene, sino que se queda en casa durmiendo como un tronco. Don Jacinto veló el claro en que Felipe se distrajo conversando con dos o tres palurdos, y la buscó chitica-llando e impaciente.

—Pero ¿qué haces ahí, muchacha? —Le dijo al verla sentada en un rincón de la cocina.

—Pasando una rabia, don Jacinto.

—Para tí traje la música, y se está perdiendo en balde.

—Ésa es la rabia mía; pero entienda que la culpa no la tengo yo.

—¿Por qué no sales?

—Porque no puedo bailar.

—Y ¿eso?

—Que él no quiere.

—¿Ni conmigo?

—¡Qué plantada! Pues con usted es con quien menos.

—¡Malhaya sea! —clamó entonces don Jacinto en agria forma, enseriándose con la contrariedad y dándoles tormento a los bigotes—. Pero mira, siquiera vé a la sala, que allá podremos conversar con disímulo.

—Deje que me pase esta soberbia.

—¿Te espero entonces?

—Sí.

A los músicos, que se habían acomodado debajo del altar, les daban a cada rato de beber, a fin de que tocaran por lo fino. Y que eran de los buenos, de los mejores, de los más sobresalientes que tenía la capital, se estaba oyendo en lo que hacían con las pajuelas, con las suavísimas varillas, con las repicadoras manos. Aquellas bandolas encendían la sangre con sus ardientes *pizzicatos*; aquel violín aumentaba el entusiasmo con sus picantes *síncopas* y *tersas fiorituras*; aquellas guitarras milagrosas, que se desmenuzaban en magníficos rasgueos sobre los graves y sonoros contratiempos del violón, hacían estallar a las parejas en hurras y aclamaciones torrentosas. A pesar de los truenos, el novio escobillaba como un títere; por encima de su hombro, la novia miraba a don Jacinto y se reía: los amigos de éste andaban en sus glorias, chicleando a las parejas, espontaneándose con el mayor placer y pasados de la raya en lo bebidos; las parejas les reían las gracias y se dejaban galantear de ellos en medio

de los sabrosos valeses; el zapateo retumbaba; los mirones daban gritos de entusiasmo; hasta las luces parpadeaban de alegría, y aguardiente y juventud, estrechados en dulcísimo consorcio, llenaban la salita de hurras estupendos, de palabras cariñosas, de carcajadas formidables, a tiempo que por la puerta entraba, en ráfagas de aromas y frescura, la esencia eternamente renovada de la naturaleza.

Al terminar un valse, volvió a la salita Encarnación. Verla Miguelito Entrena, y dirigirse curiosamente a don Jacinto, fué obra de segundos.

—Oye, Jacinto, ven acá . . . ¿Quién es esa muchacha que acaba de sentarse en aquel banco?

—Encarnación Bobadilla, la hija de Felipe, a quien conoces tú.

—Pero ¡qué buena, chico!

—Lo que es eso, no hay quien no lo charle por aquí.

—¿No baila?

—Creo que no; pero haz la diligencia por si quiere.

Disparado como fácil venablo salió el mozo, y se instaló en una banqueta junto a la muchacha, a tiempo que entre ésta y don Jacinto se cruzaba una mirada inteligente.

—Escucha, linda —le dijo a Encarnación el deschabetao Entrena, con cierta familiaridad que daba ganas de reír—. Quiero bailar contigo ahora.

—Pero no puedo —contestó Encarnación con sequedad.

—¿Por qué, mi hijita?

—Porque no me deja *él*.

—¿*Él*?

—Sí, señor, *él*.

—Y quién es *él*, mi vida?

—Pues *él* —contestó la muchacha bruscamen-
te—. ¡Pero mire, amigo, no se propase tanto en las
palabras cariñosas, porque de golpe me entran ganas
de soltarle a usted los perros!

—Es que si no me dices, nos quedamos en la
misma.

—Ya lo creo, porque usted viene a hacerse el que
no sabe.

El mozo reventó la carcajada, porque el paso
no era para menos, y regresó a donde estaba don
Jacinto, diciéndole en medio de la risa que se le
salía a torrentes:

—Chico, la cosa más original del mundo.

—A ver, ¿no quiso?

—¡Qué iba a querer! Ni con una gente así pue-
de entenderse nadie.

—Pero ¿qué hubo?

—Nada, sino que me soltó descuadernado . . .
Que no baila, porque no la deja *él* . . . Pero, de-
monios, ¿quién es *él*? . . . Y como le pregunté
quién era *él* . . . se puso brava.

Don Jacinto rompió a reír también a carcajadas,
mas no sin parar mientes en la aguda sutileza con
que al mozo, que había ido en són de burla, zaran-
deara Encarnación.

—¿No te parece atroz? —díjole Entrena.

—Atroz no, sino sublime.

—Bueno, pues antes de que reviente de la curiosidad que tengo, hazme el favor de decirme quién es él . . . Porque si no lo sabes tú, que conoces las rarezas y mañas de esta gente . . .

—Chico, él es Felipe.

—Acabáramos, compadre.

—Pues ahora habla con él, y ve si consiente en que baile contigo Encarnación.

—¿En dónde está?

—Ahí en el patio.

—Y ¿si me muerde?

—Encarnación te cura.

Buscó Entrena a Felipe acto continuo, y le dijo a quema-ropa:

—He ido a sacar a Encarnación para bailar con ella, y se ha negado por derecho . . . Dice que usted se lo ha prohibido.

—Cada quien en su casa y Dios en la de todos —le contestó Felipe en seco.

—Es que yo vengo a ver si usted se dulcifica, y me deja bailar con la muchacha.

—No, señor.

—Entonces ¿ni conmigo?

—No, señor, ni con usted.

—Pero ¿por qué, compadre?

—Porque no quiero que Encarnación baile con nadie, y mucho menos con muchachos como usted.

Y lo dijo tan en serio, que Miguelito Entrena

no insistió. Además de lo cual, en el semblante de aquellos campesinos observaba cierta expresión de hostilidad contra él y contra sus alegres compañeros, que maldita la gracia que le hacía. Don Jacinto le cogió por una mano, y llevándole hacia fuera de la casa, le advirtió:

—Con esta gente es necesario saberse manejar, porque de cualquier cosa se agarran para formar un pleito en cuanto les disgusta algo. En tonillo picante no hay que hablarles, porque les sabe a burla; y como beben demasiado, y el aguardiente les produce un efecto desastroso, son capaces hasta de matar a quien le cogen tirria . . . Conmigo se atreverían poco, porque yo he logrado imponérmeles a fuerza de tratarlos con cariño, y además, me necesitan; pero lo que es a ustedes, que no vienen por aquí sino de cuando en cuando, y por añadidura a embromarles la paciencia, a ustedes les tienen ojeras.

—Bueno, y ¿qué?

—Hombre, que sería más conveniente un poquito de discreción con las muchachas, porque estos palurdos se pasan de celosos, y cuando arman una bronca, no hay quien los ataje . . . Hace rato que les observo cierto remolineo siniestro, y no tenemos necesidad ninguna de salir de aquí apaleados.

—Afortunadamente, yo traje mi revólver.

—Pero no basta, chico.

—¿Que no basta?

—Como lo estás oyendo, porque sobre que ellos

son muchos y nosotros cuatro apenas, no hay ninguno que no tenga su puñal o su revólver escondido entre camisa y pantalones . . . Además, ponte en el caso de un escándalo, y de que tengas que matar a alguno, y de la averiguación del hecho, y del sumario respectivo, y de qué sé yo cuántas barbaridades más, y dime si no es mucho mejor tener prudencia.

A pesar de los tragos que le anublaban la cabeza, muy puestas en razón encontró Entrena las reflexiones de aquel buen vividor y acaudalado propietario, y se separó de él para pasar la palabra a sus amigos, sobre todo a Pepe Arrubla, a quien los nervios le daban por pelear con las mujeres en cuanto el aguardiente le desequilibraba el juicio.

Seguramente andaba el novio con los pies como carne de gallina, a consecuencia de los truenos, porque a la sazón se desprendía de la saia con el rostro descompuesto, quejándose horriblemente y caminando a duras penas como sobre algodones. Acababa de conferenciar menuda y largamente con su esposa acerca de la conveniencia de que él se quitara los zapatos, porque además de que le venían sobremanera estrechos, los clavos le habían barrinado los talones hasta sacarle sangre. Antes había hecho lo indecible, en el camino de las heroicas resistencias, con soportarlos hasta entonces sin proferir una queja, y a mayor abundamiento, escobillando cada valse que retemblaba el suelo como al paso de dos piezas de artillería rayada. Por supuesto

que a la esposa, que sabía a qué atenerse en la materia, se le antojó en grado sumo inverosímil que el cuero de los talones de su esposo pudiera ser barrenado ni aun por clavos de encañar; pero como todo es posible en este mundo, determinó callarse en lo que a dicho respecto se refiere. La discusión del asunto fué larga y obstinada, porque la novia encontraba muy mal hecho que aquel mártir de la civilización, después de arrojar lejos de sí los poderosos borceguies, volviera a la sala con los enormes pies desnudos, para continuar bailando en semejante guisa pero es el caso que el dolorido novio, ora fuese por invencibles celos, ora por demasiado amor, no quería dejarla sola. Convinieron al fin en que él se quitara los zapatos, pero con la condición de que se quedara en el cuarto mientras el baile terminaba, porque si volvía a la sala con los adobes descubiertos, aquellos señores de la capital serían capaces de reírse a pierna suelta.

—Pues lo que es eso —vociferó él en este punto—, eso tampoco no, porque si alguno se carcajea de mí, que se santigüe . . . Te juro que le meto una fruta de plomo en la barriga como saber que hay Dios, o le pego una paliza que no le queda hueso con salú, ni carne sana donde untarle los aceites de la Extremaunción.

—Pero, mi hijito, mejor es no pelear con nadie.

Aquel eficaz diminutivo le cayó al enamorado novio como licor suavísimo del cielo, y ablandándose, le dijo a su mujer:

—Bueno, no hablemos más sobre de ello. Pal cuartico me voy y allá me quedo, pero con esta condición: que no bailes con naiden, porque del repujón que doy, hasta se cae la casa.

Convino la muchacha en obedecer sus órdenes, a pesar de los anhelos que se traslucían de bailar con don Jacinto, y terminó la conferencia en paz. El novio se levantó en seguida, se dirigió al cuartucho, arrancándose con saña los zapatos, comenzó a menear los dedos con la mayor delicia, y a proporción que en los pies se iba echando una botella de aguardiente con el fin de refrescarlos, se los soplabá con la boca estrepitosamente e inflando los carrillos. Por dondequiera tenía vejigas, peladuras, troneras y canales.

Matías, que desde el principio andaba cabizbajo y taciturno, porque a cada momento sorprendía las miradas de inteligencia entre Encarnación y don Jacinto, llamó a Felipe a un lado, y le manifestó el deseo que tenía de bailar, aunque sólo fuera un valse, con aquélla. Felipe entró a la sala, y le ordenó a su hija que bailara con Matías: pero la muchacha, que estaba hecha un basilisco por la prohibición de enantes, y que por contera le esquivaba a su primo sin rodeos (porque Matías era su primo, como se verá después), se negó redondamente. ¡Hombre, no faltaría más!

—Es que yo quiero que bailes —le campaneó Felipe en el oído—, y tú debes obedecerme sin chistar.

—Pero ahora no quiero bailar yo —repuso Encarnación verde de ira—, y con ese pajuato mucho menos.

—Mira, mujer, no me respondas mal, porque aquí mismo soy capaz de arrastrarte por el pelo.

—Pues pégume si quiere, pero con Matías no bailo.

Por no cometer un disparate, Felipe se salió a la carrera, y díjole a Matías que Encarnación no podía complacerle porque le estaba doliendo la cabeza.

—Mire, tío —indicó el mozo con acento entrecortado—, no me engañe. Mejor es que me diga la verdad. Lo que hay es que Encarnación no quiere.

—Pero es que a mí me duele decirte la verdad.

—Y ¿por qué, tío, cuando yo sé del mal que he de morir?

—Porque tú sabes demasiado que mi querer te ayuda en tus pensares.

—Nada hago yo con eso, en siendo ella dura como un tronco.

—Es que a fuerza de candela, hasta el fierro se ablanda en esta vida.

El muchacho guardó largo silencio en este punto, y mirando a Felipe con agradecimiento, suspiró y se sonrió con amargura.

—Matías, por Dios, no te pongas así, que me das lástima.

—Tío Felipe, lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor.

Y con los ojos húmedos, el pobre mozo se sentó en el sardinel del patio.

Felipe siguió hablando acerca de la guerra con los que le rodeaban cuando Matías le llamó. Para aquellos campesinos la guerra era la calamidad suprema, la mayor de las desgracias conocidas, el más tremendo de todos los azotes.

—Pues si Dios no se hace cargo de lo que se nos viene encima —afirmó uno, arrimándose de espaldas a la tapia—, tendremos que pasar muchos trabajos . . . Por Planadillas abajo dizque ya andan patrullas, y ahorita se derraman por aquí . . . No nos queda otro camino que encomendarnos a la Virgen y al Cristo de *La Pascua*.

—Según eso —preguntó Felipe entonces— ¿siguen siendo bien ciertas las noticias? . . . Porque hasta hace ocho días no pasaban de rumores.

—Hombre —arrimó otro con gran seguridad—, lo que yo sé, porque lo escuché decir allá en la capital a endeviduos de conciencia, es que pal quince de este mes saldrá de por aquí, pa donde llaman Carabobo, un ejército de setecientos hombres por lo menos.

—Pues, mis amigos, a buscar dónde esconderse —aconsejó Felipe, sin poder ocultar el desaliento que le caía en el ánimo—. Hasta miedo me da de estar aquí, porque de golpe nos cogen descuidaos.

El silencio se hizo en torno suyo. En la imaginación de todos, de improviso oscurecida, quedó flotando el espectro de la Guerra, sombrío y pavo-

roso como una visión del tremendo Apocalipsis. Por dondequiera divisaban la ruina y el estrago, la miseria y el desorden, la soldadesca ebria de iniquidades y el caudillaje desenfrenado en triunfo.

Sería la hora de las tres de la mañana. La luna estaba espléndida, reinando a maravilla en un cielo totalmente despejado y guarnecido de luceros. Fragancia de pimpollos, esencia de resinas, olor de flores nuevas, venían de la selva, del cafetal, del huerto. Comenzaban los gallos a menudear su canto, precursor de la rosada y fresca aurora. Soplaban mucha brisa, y los árboles sonaban con estrépito. En la salita continuaban la danza y la alegría; las luces empezaban a apagarse consumidas por las horas; del ron y el anisado no quedaba ni una gota en las botellas; los mirones revelaban aburrimiento y sueño, porque habían bebido mucho y se caían de borrachos, y Felipe quería irse.

Don Jacinto se acercó más de una vez a Encarnación, con el objeto de conversar con ella; pero no pudo conseguirlo, porque Felipe se arrimaba a la sala cada rato, vigilante y receloso como un turco. Los músicos tocaban que era una gloria oírlos, porque el aguardiente posee la virtud maravillosa de inspirar a los artistas. La novia, completamente fiel a su promesa, no quiso bailar con nadie; pero al fin se vió en el caso de pararse contra su voluntad, porque Fidel Mendoza, que no tenía cuentas con ninguna prohibición ni autoridad legítima, le echó la mano por un brazo, la sacó a rempujones del bu-

taque en donde estaba, y no hubo más remedio que complacerle, no obstante el miedo que ya se la comía, para evitar que se pusiese bravo. El novio lo supo acto continuo, y pálido de rabia, con la camisa por fuera, remangado hasta los hombros, vomitando cada insolencia que obligaba a las mujeres a taparse los oídos, con las patatas descubiertas y armado de un garrote como un leño, entró a la sala de improviso. Las parejas se miraron con terror. En advirtiendo aquello los campesinos que estaban en el patio, se armaron a su vez y se agolparon a la puerta en ademán siniestro. Lo que allí iba a suceder comprendiólo en el acto don Jacinto, y se escurrió con ligereza al corredor. De la mirada, toda odio, que le arrojara en aquel trance, Matías hubiese querido derretirle. La novia comenzó a temblar; Mendoza se detuvo; ella se le zafó del brazo, y corrió hacia el cuartito con las demás mujeres, en medio de la mayor consternación. Pepe Arrubla se armó de una silleta y se paró detrás del novio, con el propósito de quebrársela en el cráneo y de abrírsele en canal; y Miguelito Entrena, atrinchándose de firme detrás de uno de los bancos de carpintería, desenvainó el revólver, y gritó con arrogancia suma:

—Al primero que se menée, lo quemo.

Blandiendo su cuchillo, Matías le contestó con sorna:

—Amigo, no se alborote, que al que se muere aventao, no le queda arruga.

El novio se le enfrentó a Mendoza, y le soltó esto a la cara:

—¿Quién le ha dao a usté permiso pa bailar con mi mujé?

Sin volverle las espaldas, Fidel Mendoza se metió en un rincón, y del bolsillo del chaleco sacó una pistola niquelada de dos tiros.

—¡Diga, levitúo del cuartajo —bramó el novio en voz tonante y belicosa—, que lo que es a mí no me da miedo su rigolve!

Con lo cual Pepe Arrubla enarboló la silla para despatarrarle, en cuanto viese que le caía a Mendoza a garrotazos.

Y sabe Dios lo que en aquella sala hubiera acontecido en sólo unos momentos de refriega salvaje y rencorosa, a no ser porque don Jacinto, de súbito inspirado en tan supremo instante, acercóse a la puerta fingiendo la mayor tribulación, y exclamó con acento desgarrado:

—¡Mis amigos, a correr, porque por el camino viene una patrulla!

Oír aquello, sobrecogerse de pavor y salir todos a escape hacia lo más espeso de la selva que linda con el río, fue obra de segundos.

Don Jacinto aprovechó tan preciosa coyuntura, y pasando la palabra a sus amigos, montaron a caballo y salieron de la casa a la carrera.

Cuando ya se alejaron buena pieza, don Jacinto se paró y les dijo:

—Por milagro la contamos . . . Si no doy aquel

grito tan a tiempo, de la paliza que nos meten nos revientan.

—Pero lo que es el novio —repuso Pepe Arrubla chacoteando— ¡ay, compadrel lo que es el novio, habría dejado los sesos en el suelo antes de irse al otro barrio, porque del silletazo que le alumbro en la cabeza, se la hubiera vuelto astillas.

Tres ruidosas carcajadas estallaron, y los alegres mozos, arrimando de nuevo las espuelas a los ijares de las bestias, se fueron a dormir.

La casa de don Jacinto estaba cerca, y en ella se instalaron a roncar hasta la una de la tarde del ya cercano día.

Matías Salazar, que resalta en nuestra historia con cierto relieve como de personaje legendario, no ya sólo por su arrogancia, su viveza y su notable intrepidez, sino también por el triste fin que tuvo como insurrecto peligroso, había invadido a Venezuela y alzándose en Cojedes, proclamando la integridad de los principios liberales, el respeto profundo a las instituciones, el orden administrativo y económico, la pulcritud más absoluta en el manejo de los caudales públicos. Traía la fama de su valor heroico, de su audacia temeraria, de sus ruidosas empresas militares, y Guzmán Blanco se aprestó a combatirle hasta vencerle. El partido liberal se agrupó con verdadera decisión en derredor del dictador venezolano, y se desbordó por todas partes como ola arrolladora para luchar con el temible guerrillero. La República entera se puso en movimiento; de nuevo comenzó la organización de tropas, y las patrullas se derramaron por los campos en busca de reclutas.

Los pobres campesinos abandonaron sus hogares para ir a ocultarse en los zanjones, en las cuevas, en

las repuestas cumbres. Antes de que rayara el día se escapaban de las casas, y volvían con la noche para dormir en ellas. Sus mujeres, sus hijas, sus hermanas, les llevaban la comida en canastillos de mimbre que ocultaban debajo del grueso pañolón.

Mientras tanto, las escoltas recorrían las veredas, los atajos, los repechos que conducían a las casitas, y al encontrarlas solitarias, abandonadas de sus dueños, se robaban lo que mejor les parecía, en medio de groseras carcajadas. Muchas veces no encontraban sino chiquillos desnudos sentados a la puerta, y obligándolos a decir en dónde estaban los animales de servicio, de éstos no dejaban ni siquiera uno en los corrales. Otras veces se emboscaban detrás de algún cercado; observaban con atención la ruta que tomaban las mujeres, y agazapados se iban tras de ellas, hasta descubrir los escondrijos en donde se ocultaban los infelices campesinos. Las mujeres suplicaban de mil modos que no se los llevaran; pero las súplicas, los ruegos, las lágrimas de aquellas desgraciadas eran recibidas con chacotas y contestadas con palabras descompuestas, con reticencias sucias, con interjecciones cínicas y brutales tratamientos.

A Felipe le cogieron con la mayor facilidad, pues como no podía dejar solo el conuco por la noche, ni expuestas a su hija y su mujer a toda suerte de peligros, le sorprendieron un día antes de irse al escondite. La escolta se presentó muy de mañana, y le intimó la orden terminante de mar-

char. Apenas tuvo tiempo de terciarse la cobija, de echarse en el bolsillo unas pesetas y de coger los alpargates.

Llorando sin consuelo, sollozando que daba pena oírlo y mirando a Felipe con angustia, Gertrudis se acercó al oficial, y se atrevió a decirle:

—Mire, señor, por la Virgen del Carmelo, no se lleve a Felipe, que la cosecha va a perderse, porque aquí nos quedamos muy solitas.

—¿La cosecha? . . . Por Dios, señora, que no estamos ahora pa esa clase de dibujos . . . Deje usted que se pierda, y el que venga atrás que arree.

—Es que aquí no hay más que él, y de golpe nos pasa alguna mano.

—Y ¿qué quiere usted que hagamos? . . . Yo soy meramente un subalterno, y tengo que cumplir lo que me mandan.

—Pero mire, señor, por compasión, ablándese usted a ese servicio y háganos esa caridá.

Por única respuesta, el oficial dió la orden de marchar, y en breve la patrulla se ocultó detrás de la arboleda del camino.

Oprimido el corazón, llena el alma de una tristeza horrible y conteniendo los sollozos, Felipe se volvió desde el tranquero con los ojos nublados por las lágrimas.

—No lllore, amigo —le dijo con sorna el oficial—, que pa eso son los hombres.

Felipe no quiso contestar.

—Acuérdese, compadre, de que primero está la Patria.

El campesino levantó la cabeza con soberbia, y mirando al oficial de hito en hito, preguntó:

—¿La Patria?

—Sí, señor.

—Pues sálgale a otro, compañero, porque lo que soy yo, ya tengo ajumados los colmillos.

Soldados y oficial arrancaron a reír con mucha sorna, como cumplía en semejante coyuntura.

Aquella misma tarde, Gertrudis y Encarnación se personaron en casa de don Jacinto Sandoval, con el fin de suplicarle que hiciera algo por Felipe.

—Y ¿cuándo le han cogido? —preguntó don Jacinto con sorpresa.

—Esta mañana, y apenas tuvo tiempo el pobrecito de echarle mano a la cobija . . . Y si usted lo hubiera visto tan afligido que se fué.

—Pues yo, Gertrudis, haré lo más que pueda por salvarlo; pero eso sí, no te aseguro nada cierto en mis gestiones, porque las cosas se han puesto demasiado peliagudas . . . Si se consigue que lo suelten, bueno; pero si todos mis esfuerzos son inútiles, hay que tener paciencia hasta que esto termine.

—Y ¿si lo matan por allá?

—Y ¿por qué han de matarle? . . . No pienses en eso, y confía en Dios.

Don Jacinto salió hasta los patios del café, y gritó con voz aguda, ahuecando las dos manos en torno de la boca:

—¡Patriciooó!

—¡Señor! —contestó el mozo desde la caballeriza.

—Ensíllame la mula y búscame las botas en seguida.

Y volviéndose a Gertrudis y a Encarnación, les dijo:

—Ahora mismo voy a hacer la diligencia, y esta noche les diré el resultado que se obtenga . . . Espérenme en la casa, porque los tiempos no están para dejarla sola.

—Dios se lo pague, don Jacinto, y que la Virgen del Carmelo y el Santo Cristo de *La Pascua* me lo cuiden.

El hacendado encabalgó en la mula, le arrimó por los ijares las espuelas y salió al pasitrote, no sin cruzarse antes, entre él y Encarnación, una mirada inteligente.

.....

Como a las ocho de la noche regresó, pero trayendo consigo malas nuevas. Que el ejército se estaba organizando a toda prisa; que saldría de un momento a otro, constante de setecientas plazas; que el propio don Jacinto había hablado con personas influyentes para ver si lograba que soltasen a Felipe; pero que todos sus esfuerzos se habían estrellado contra la más rotunda negativa.

—No hay, pues, sino resignarse a lo que ven-

ga —agregó luego—. Eso sí, arréglenle a Felipe en una capotera lo que haya de necesitar, y dispónganse a llevársela el día de la salida.

—Y ¿cree usted que volverá? —le preguntó Gertrudis en medio de la mayor tribulación.

—Sí, mujer, y no te desesperes antes de haber motivo . . . Hasta puede suceder que el ejército de aquí no tenga necesidad de combatir, y en ese caso no hay peligro.

Con lo cual don Jacinto se levantó para marcharse, y Encarnación salió hasta el corredor a conducirlo.

—¿Podré venir ahora a conversar contigo? —le preguntó él por lo bajo.

Encarnación no contestó.

—Porque ahora, que no hay inconveniente, es cuando yo voy a saber si tú me quieres, o si todo lo que me dices es mentira.

Y se alejó a trocha larga, dejando a Encarnación bajo la influencia de una sensación extraña, compuesta de tristeza y alegría.

VI

Tres días después de los sucesos que se acaban de narrar, los caminos públicos se veían llenos de mujeres de los campos. Subían de las verdes hondonadas, bajaban de las cumbres, llegaban presurosas de los valles. Cada cual conducía una maleta llena de ropa limpia, un par de alpargates nuevecitos, un jarro de hojalata, una cobija y un pequeño canasto con avío. Eran las madres, las esposas, las hijas, las hermanas de los reclutas que se iban. Venían a despedirse, quizás hasta la muerte, y a traerles lo que podían necesitar durante el viaje.

En la plaza principal, frente al cuartel, estaban alineados los infelices campesinos, silenciosos, larga la cara de tristeza, con la mirada fija en los grupos de mujeres, temiendo a la vara de los cabos y apoyados en los fusiles con desgana. Los soldados veteranos se reían de todos ellos y les hacían chacota; la gente amontonada en las esquinas los contemplaba con piedad; los oficiales de las cuartas los trataban a empellones.

—¡Pobrecitos! —era la exclamación que lanzaba todo el mundo.

Llorando sin consuelo, enjugándose las lágrimas con el grueso pañolón, tapándose los encarnados ojos con el ala del sombrero, mostrando en el afligido rostro los estragos de la más honda pesadumbre, pronunciando el nombre de Dios a cada paso, e invocando con fervor el amparo de la Virgen para los hombres que se iban camino de la guerra, las pobres campesinas, sorprendidas de repente en medio de la paz de sus hogares por el sombrío espectro de la fatalidad, movíanse de un extremo al otro de la plaza sin darse punto alguno de reposo. Querían agotar todos los medios que les sugería el cariño, todas las influencias de que podían valerse, todas las plegarias de su corazón cristiano, para obtener de cualquier modo que aquellos desgraciados no se fueran; pero por más que hacían, no lograban conseguir sino respuestas indecentes, sarcasmos crueles que insultaban su dolor, palabras descompuestas que no iban sino a aumentar el sufrimiento de su alma.

De nada habían servido sus preces al Altísimo, sus plegarias a la Virgen del Carmelo, ni sus promesas al Cristo de *La Pascua*, que para ellas solía ser tan bueno y milagroso: siempre se iban los infelices hombres, quién sabe a pasar cuántos trabajos, en tierras desconocidas y apartadas, lejos del calor de su familia, sin sentir el rescoldo del fogón que chisporroteando ardía bajo el alero de la pajiza

choza, sin tener a quien convertir los ojos en un caso de riesgo o grave apuro, y sin oír el tañido vespertino que el badajo daba al bronce del cercano campanario de *La Pascua*, cuya extraña vibración suena en el alma como una voz del cielo. Mas no por eso dejarían ellas de ir allá, a *La Mano Omnipotente*, para pedir al milagroso Santo Cristo que aquellos reclutas no murieran en la áspera campaña, que les sirviese en ella de amparo y protección, y que volviesen al fin a sus hogares sin herida ni enfermedad alguna. Entonces cumplirían las promesas que iban a ofrecerle, y por lo pronto, llevarían a la capilla sendas velas para encenderlas delante del altar.

Por fin llegó el momento de que dejaran acercar a las mujeres, y aquello daba lástima. Los cabos se encargaron de ir pasando a cada cual de los reclutas las maletas, las cobijas, los alpargates, los canastos del avío, los jarros de hojalata, y las pobres mujerucas se retiraban de la línea con el dolor pintado en las facciones, chorreándoles el llanto de los ojos y protestando por lo bajo contra *aquellos desalmados*.

—¡Adiós, hijito! —decía una, con la garganta henchida de sollozos—. Que la Virgen de la Soledad te cuide, y no vayas a olvidarte de tu madre en esas tierras de tan lejos.

—¡Aquí quedo rogando a Dios por tí! —murmuraba otra a su esposo, enjugándose los ojos con el pañuelo de madrás—. Yo atenderé allá mientras

tú vuelves, y haré lo más que pueda pa que no se pierda nada.

—¡La Santísima Trenidá lo favorezca de todos los peligros! —gritaba otra mujer a su padre, observándolo con lástima y tristeza—. Y mire, escriba de cuantas partes le sea fácil, mandándole la carta a don Jacinto pa que no vaya a perderse.

Felipe estaba con las manos apoyadas en la boca del fusil, cuando se presentaron Gertrudis y su hija Encarnación. De manos del cabo recibió la capotera, y después de acomodársela en la robusta espalda, por sobre la cobija, le dijo a su mujer:

—Si te ves muy apurada en la cosecha, que ya viene, busca a Matías pa que te ayude y las acompañe por la noche. Y en caso de que el bochinche se prenda muy duro por aquí, entrégale los realitos del arcón a don Jacinto, pa que él me haga el servicio de ponerlos en seguro . . . Y ahora véte, antes de que este badulaque de oficial sea capaz de atropellarte.

Felipe estiró su fuerte mano encallecida en el trabajo, y estrechó afectuosamente las de Gertrudis y su hija.

—¡Adiós, Felipe —murmuró la primera con acento conmovido, y se retiró hacia las tapias del cuartel bañada en lágrimas.

Entonces Encarnación se arrodilló sobre las piedras, juntó las manos en actitud de cariño y de respeto por su padre, y dijo, quitándose el sombrero:

—Écheme la bendición.

—Dios te bendiga, hija, y pórtate muy bien, que la honradez es lo que vale en este mundo.

Media hora después, el ejército salía de la ciudad al són de los tambores y cornetas, desplegadas al viento sus banderas amarillas, y despidiendo de cada reluciente bayoneta un manojo de fulgores encendidos por el sol.

¿A dónde iba?

VII

Pocos sufrimientos pueden compararse al de la ausencia del terruño, del calor de la familia, del dulcísimo rescoldo del hogar. El corazón lo mira todo desde lejos con un cariño exagerado, y los afectos crecen en razón de la distancia. Los árboles que dan sombra a nuestra casa, la quebrada que la hinche de rumores, la cinta de camino que a ella nos conduce amarilleando en medio del verdor de la sabana, la columna de humo que la envuelve en sus azules redondeces, la montaña a cuya falda se levanta como un nido caliente y oloroso a efectos puros, los perros que la guardan con su fidelidad, todo ello se aviva en nuestra imaginación hasta el extremo de contemplarlo bajo el influjo del ensueño con los blandos contornos de lo real. Se miran entonces los objetos por su lado hermoso apenas, abrillantados por los besos de la luz y hechizados por el recuerdo de la felicidad; y las miserias de la vida, los sufrimientos que ella da, los dolores con que nos punza el alma, se quedan sepultados en la

sombra cuando estamos padeciendo el incurable mal de la nostalgia.

De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, Felipe andaba como lelo. Todo lo que veía lo relacionaba al punto con su casa, y el corazón se le apretaba, y el espíritu se le afligía, y las lágrimas corrían silenciosas de sus ojos. A la caída del crepúsculo, en esa hora sublimemente hermosa en que el alma se llena de recuerdos, cuando en los tambores y cornetas sonaba la oración en la puerta del cuartel, su imaginación volaba hasta el blando rincón de sus afectos, y los fusiles, las tapias ennegrecidas por el humo, los soldados harapientos, las esteras donde dormían los heridos, todo se transformaba ante sus ojos en el pedazo de tierra en cuya contemplación su alma se extasiaba.

Había veces que le tocaba hacer centinela por la noche, y entonces la cabeza se le llenaba de pensamientos negros. Veía el conuco abandonado, a Encarnación perdida, a Gertrudis llorando amargamente su desgracia, y se ponía a sollozar como un chiquillo, pero metiéndose el puño por la boca para que el cabo no advirtiera su debilidad. La hora que le tocaba turno le parecía muy larga, los ruidos de la medianoche se desgranaban desmesuradamente, y los chirridos del cátabo en la sombra, el tintineo de los sables contra el suelo, la masa negra de alguna patrulla rondadora y los *quién vive* de los otros centinelas, le llenaban de un terror inexplicable. Cuando venía el relevo, lo recibía como una consolación

dulcísima, y procuraba que el sueño le rindiera para sentir algún alivio en su dolor.

Su silencio llamaba la atención de los jefes y oficiales; su conducta no daba qué decir, y cumplía sus deberes con la mayor fidelidad. Si le ponían a dormir al aire libre; si no obstante estar enfermo le obligaban al servicio; si le reprendían duramente por falta de listeza en los ejercicios diarios; si exponiéndole a toda suerte de peligros le mandaban con frecuencia a desempeñar comisiones de verdadero riesgo, obedecía sin chistar. En las escaramuzas que se iban presentando, jamás le temía al plomo, sino que combatía como el más adelantado en el valor. Impasible como pocos, sin sufrir cambio ninguno en su fisonomía, y con una serenidad que causaba asombro verla, avanzaba o retrocedía en el combate según que lo ordenaban las voces de los jefes y los toques del clarín.

Un día le pegaron por un brazo, y cayó desvanecido en todo el borde de un medroso precipicio; pero se levantó en seguida, extrájose la bala con los dedos, se vendó con el pañuelo que cargaba en el bolsillo, y continuó peleando sin decir una palabra.

—¿Te han herido, Felipe? —le preguntó el oficial con interés.

—Sí, capitán; pero no es cosa.

El sufrimiento moral le hacía insensible a los trabajos y peligros de la guerra, y parecía que los tomaba como una distracción de la tristeza que

sobre su corazón gravitaba de continuo. Hacía dos meses que no sabía ni una letra de su casa, y sin poder explicarse la razón de lo que a él le sucedía en lo más íntimo del alma, siempre estaba prevenido para que no le sorprendiera ninguna mala nueva.

A fuerza de buen comportamiento logró ganarse al fin el cariño de sus jefes, y a poco se ganaron a sargento, con lo cual se le hizo más llevadero el rigor de la campaña, aunque el estado de su espíritu continuaba siendo el mismo.

Pero sus lágrimas corrían en silencio, su dolor no trascendía, su corazón padecía sin quejarse.

VIII

Matías era sobrino de Felipe, y jornaleaba en las haciendas de los alrededores para ganar la vida. Generalmente trabajaba en el conuco de su tío, pero no porque el salario fuese mucho, sino por darse el gran deleite de contemplar a Encarnación por la mañana y por la tarde, de decirle cuanto sentía por ella y de probarle que la quería con todo el corazón.

Era mozo bien plantado, de fisonomía despierta, lleno de vida como un tronco de árbol joven, y fornido que daba gusto ver las redondeces de sus formas y los bronceos de sus músculos. Tenía veintidós años, y su franca hombría de bien, sus hermosas cualidades, la bondad de sus costumbres y el cariño con que atendía a su madre, ya vieja y achacosa, le hacían gozar de general estimación entre los ricos propietarios.

Felipe le quería como si fuese hijo suyo, y desde el punto y hora en que cayó en la cuenta de que amaba a Encarnación, buscó el modo de que ella correspondiese a aquel afecto, poniendo a su sobrino

como una misma perla cada vez que de él hablaba delante de su hija. Y lo que era la muchacha, escuchaba las palabras de Felipe con los ojos muy abiertos; pero en el acto se hacía la desentendida para evitar la reincidencia.

Enamorado de ella con locura, el infeliz muchacho la seguía a todas partes, le traía de la ciudad finos regalos, le conversaba quedo, le descubría los sufrimientos de su alma; pero la arisca moza le rechazaba con amarga brusquedad, y le decía que no le hablara más de amores, porque jamás podría quererle.

Por semejante resistencia, Matías dió en la flor de sospechar que Encarnación ocultaba algún afecto en el fondo de su alma, y se propuso descubrirlo a toda costa. Si el semblante de su prima revelaba abatimiento; si su mirada vaga era el indicio cierto de una preocupación constante; si en su sonrisa había algo de amargura; si suspiraba con frecuencia y gustaba de irse sola por los campos, algo extraño sucedía en su corazón. Sin que ella lo advirtiera, sorprendía sus menores movimientos, seguía la dirección de sus miradas, la perseguía en sus paseos vespertinos por los alrededores; y aun en la misma noche, sentado en una piedra o agazapado tras de un árbol, se estaba horas enteras observándola, sin que ella sospechara que en el seno de las sombras había unos ojos penetrantes que no dejaban escapar ni un detalle tan siquiera de sus idas y venidas.

Al fin llegó la hora de la revelación, y Matías

lloró mucho, porque su amor era infinito. Encarnación no podía corresponderlo, porque quería a don Jacinto con locura. Los celos, el despecho, la amargura —una amargura profunda como el mar—, se introdujeron en su alma de improviso para formar la tempestad más espantosa. Detrás de aquella piedra escuchó todo lo que le convenía escuchar, y en seguida se alejó a tardo paso, llegó a la pulpería y bebió hasta embriagarse.

¡Lo que él le inspiraba a Encarnación era lástima tan sólo!

Cuando volvió a su casa, le prendía la cabeza como un horno, sentía en el corazón como la punta afilada de un puñal, se le saltaban de las órbitas los ojos, las manos las crispaba con fiebre, tambaleaba tristemente y su boca parecía un manantial de iniquidades.

— ¿Qué tienes, hijo? —le preguntó su anciana madre, con el asombro pintado en las facciones y haciendo un esfuerzo por alzarse del rincón donde dormía desde temprano.

Entonces Matías, mirando a todas partes con extraviados ojos, lanzó un grito formidable, cayó al suelo como un tronco derribado por el furor del huracán, y dando rienda suelta a los sollozos de su pecho, que amenazaban romperlo en mil pedazos, en el regazo de su madre lloró hasta desahogar las inmensas pesadumbres que de acíbar le llenaban la copa de la vida.

Desde aquella horrible noche se hizo taciturno, el brillo de sus ojos se apagó, bebía con frecuencia, y una expresión de melancolía suprema se le salió al semblante para empalidecerlo.

Después de la partida de Felipe, Gertrudis le buscó a fin de que viniese a acompañarla por la noche y a ayudarla en sus faenas; pero él, sin atender ninguna súplica, sin dar explicaciones, sin ablandarse a los ruegos de su tía, se negó rotundamente a complacerla.

Sin embargo, a pesar de su esquivez y su mutismo, jamás perdía de vista a Encarnación, atisbaba sus vueltas y revueltas, la seguía como una sombra por todos los caminos; y a juzgar por los fulgores siniestros de sus ojos, por las ásperas arrugas que se marcaban en su frente, por la sombría expresión de su semblante, algo terrible se estaba concibiendo en el fondo de aquel cráneo.

IX

Con el pretexto de hacerles compañía por la noche, de ayudarlas en sus necesidades, o de participarles las noticias que poco a poco iban llegando acerca de la guerra, don Jacinto empezó a ir con frecuencia a casa de Felipe. Gertrudis y Encarnación le recibían con el mayor cariño, y se sentaban a platicar a la puerta de la sala. Para embobar el tiempo y no marcharse tan temprano, algunas veces les ayudaba a desgranar maíz; otras les conversaba de los asuntos raros que había leído en los periódicos de la capital; otras cogía el cinco y lo rasgueaba suavemente, o las ponía a descifrar adivinanzas como éstas:

*Sus dientes son de rocío;
su corona de escarlata;
viste de rojo luciente
y se rie a carcajadas.*

*No es de espinas su corona;
tiene cruz y no es calvario;*

*es símbolo de un martirio
y una sonrisa del campo.*

*Terciopelo negro viste,
gasta joyas relucientes,
es hermosa cuando hay luna
y muy triste cuando llueve.*

*Es azul como los cielos,
tiene el badajo de oro,
no es de metal, y repica
como el bronce más sonoro.*

Al amor de la lumbre calentita, aquellas veladas solían prolongarse hasta las diez.

Una noche, al despedirse don Jacinto, le dijo muy pasito a Encarnación, que salió a acompañarle hasta el tranquero:

—Yo voy a casa, y vuelvo como de aquí a las doce . . . Si no me esperas, ya sé a qué atenerme desde luego, y no volveré nunca.

Y se escurrió sin decir nada.

Inmediatamente Encarnación se fué a acostar, y así que calculó que su madre dormía el primer sueño, se levantó sin hacer bulla ninguna, abrió la puerta poco a poco, salió al corredor en pinganillas, encerró en la cocina los dos petros, y esperó.

El corazón le palpitaba aceleradamente, la cabeza le ardía como un fogón y el miedo le anudaba la garganta. Dos impulsos combatían con heroísmo singular en lo más hondo de su ser: el deseo de en-

tregarse a don Jacinto en cuerpo y alma, y el temor de hacerse indigna del cariño de sus padres. Pero ¿acaso le era dado resistir a los impulsos de su alma, a los arranques de su naturaleza y a los ímpetus de su rica juventud? De sólo imaginarse que don Jacinto no quisiera volver nunca, las lágrimas saltaban a sus ojos. Más de una vez se levantó para regresar al blando lecho en que dormía, porque le daba miedo con su debilidad; pero una fuerza superior no la dejaba.

En el silencio de la noche repercutió de pronto un silbido prolongado, y Encarnación no se movió; en seguida sonó otro, y la muchacha, olvidándose de todo, corrió hacia el cercado. Al verla surgir de entre las matas, hermosa como la imagen de la felicidad y dulcemente iluminada por la luna, don Jacinto se le acercó para abrazarla como la otra vez; pero ella volvió a retirarse, abriendo una distancia entre los dos.

—Pero, chica, ¿por qué huyes? —le preguntó él con impaciencia.

Encarnación comenzó a sollozar.

—Tu manera de ser no la comprendo, y si en lugar de alegría lo que te causo es pena con venir, pues desde hoy no volveré.

—Y ¿quién le está diciendo eso? —murmuró la muchacha, mordiéndose los labios.

—Ya sé que no lo dices; pero con lo que haces basta y sobra para entender lo cierto.

—Por Dios, y ¿qué más quiere? . . . Bastante es

lo que hago con salir a estas deshoras; y si salgo, no es sino porque lo quiero a usted . . . como quizás nadie lo quiere en este mundo.

—Es que querer de esa manera, no es querer.

—Entonces, don Jacinto, mejor es que me mate.

—¿Por qué, hija?

—Porque si yo me he de estar muriendo por usted, pa que usted no se convenza de estas pesadumbres que cargo por adentro, más vale que de una vez coja un cuchillo.

Y Encarnación, con el dorso de las manos, se enjugó dos lágrimas enormes que saltaron de sus ojos. Luego agregó con acento de convicción profunda:

—¡Ojalá que usted me viera aquí, pa que le die-
ra mucha lástima conmigo! ¿Qué más hago yo
nunca sino pensar en usted a todas horas?

—Y entonces, ¿por qué huyes de mi afecto,
por qué eres tan extraña, por qué me tienes miedo?

—¡Don Jacinto, no es a usted a quien lo tengo!

—Y ¿a quién, Encarnación, a quién?

—A Dios y a mi conciencia.

Con lo cual don Jacinto se levantó súbitamente de la piedra donde se había sentado, y le dijo a la muchacha, estirándole la mano:

—Pues que ellos te cuiden y te amparen.

Ella, sin estirar la suya, le preguntó con ansiedad:

—¿Vuelve mañana?

Mas don Jacinto, volviéndole la espalda con manifiesto mal humor, le contestó desde el cercado:

—No vuelvo nunca, porque no tengo a qué volver.

Y se alejó a paso largo, con las orejas encendidas, despechado y taciturno.

Por la primera vez, en su vida de aventuras amorosas, encontraba resistencia en aquella linda aldeana; y ni sus larguezas con ella —porque la regalaba de continuo con verdadera esplendidez— ni los ofrecimientos que le hacía a cada paso, ni la delicadeza con que solía tratarla, ni el afecto que ella le tenía y del cual estaba él completamente satisfecho, lograban la victoria.

X

Las noticias se multiplicaban de una manera incalculable, y corrían por todas partes agrandándose con asombrosa rapidez, tomando formas diferentes, rebotando de las casas a las calles, de las calles a las plazas, de las plazas a los suburbios solitarios, de los suburbios a los campos. Nadie daba en la flor de analizarlas para sacar en limpio si eran ciertas: todo el mundo las tragaba con la mayor facilidad o candidez, aunque fueran despropósitos de esos que no tienen explicación posible. Bastaba que viniese calentita, provocativa, apetitosa, para que todos tomaran la noticia con deleite, la paladearan buena pieza, le agregaran algún nuevo perendengue para hacerla más sensible al deseo de los curiosos, y la soltaran como riquísimo bombón en el grupito de la primera esquina. La que salía por la mañana a cortetear por la aceras, por la noche era imposible conocerla en ninguno de los rasgos de su fisonomía. Los fabricantes de bolas menudeaban, pero de bolas estupendas: hoy era el asalto de un castillo inexpugnable, mañana

la toma a sombreroazos de un cuartel, pasado mañana la desigual contienda de doscientos contra mil, en que éstos, admirablemente armados y con un jefe de *alante*, habían puesto los pies en polvorosa. La geografía se trastrocaba con inaudita seriedad, los imposibles dejaban de ser tales, lo que era montaña se convertía en llanura, y al capitán más perezoso le hacían caminar sesenta leguas en sólo un periquete. Y la verdad es que lo cierto de lo que estaba sucediendo en el teatro de la guerra, no lo sabían sino apenas tres o cuatro, los cuales, por el hecho de saberlo, andaban tan campanantes por ahí.

Prófugas de la gran rota de Apure o recientemente alzadas, porque creían de firme —en atención a los solemnes compromisos contraídos por Salazar con los caudillos de más nombre de la oligarquía— que en apoyando con entusiasmo y decisión al denodado guerrillero, éste llevaría al Capitolio al partido conservador el día de la victoria decisiva de aquella híbrida insurrección que acaudillaba, algunas montoneras oligarcas, acompañadas de tropas colecticias, vagaban todavía por la República, pero ocultando ahora el color de su bandera, de acuerdo con la orden que habían recibido de sus jefes.

Colorado o amarillo, pero famélico y desnudo, cada rato se presentaba en el pueblo de Maraure algún piquete, y después de tomar disposiciones pavorosas el resuelto machetero que venía a su ca-

beza, y de poner gordos empréstitos a los ricos propietarios, y de amedrentar a la indefensa población como mejor le parecía, les daba carta blanca a los soldados, que en seguida se soltaban por los alrededores a cometer todo linaje de inauditos desafueros. Ríyéndose de la desgracia ajena, sin tener compasión por la miseria en que iban sumiendo los hogares, e intimidando a las pobres mujerucas que los veían entrar sobrecogidas de verdadero espanto, se adueñaban de cuanto podían y querían, y en medio de salvajes carcajadas, manifestación impúdica de la fuerza triunfal y asoladora, se alejaban en seguida camino de los pueblos por donde iban pasando como una calamidad verdaderamente horrible, para vender aquello por un puñado de pesetas. Cuando hallaban las casas solitarias, sin lumbre los fogones, cerradas las puertas con candado, se llenaban de ira tremebunda, arrimaban un fósforo encendido a la paja de las chozas, y se sentaban en el suelo a ver las llamas que se alzaban avivadas por el viento, y a escuchar el traqueteo de los techos al derrumbarse con estruendo. Aquellos hombres sin Dios ni ley alguna, acostumbrados al desorden, menguados de conciencia, pequesísimos de alma, seducidos por la pitanza que el pillaje proporciona, lanzados a la guerra por el hambre y la miseria, sin más anhelo que el robo continuado ni más bello ideal que el botín de los vencidos en la lucha, andaban el camino del delito con la satánica alegría del malvado pintada en las

facciones, con la botella de aguardiente guindada a la cintura, con la boca desbordante de insolencias y blasfemias, arruinando los hogares, mutilando la propiedad ajena, insultando con la torpe risotada del cinismo la indefensa desgracia del labriego, y atropellando todos los fueros ciudadanos en nombre del derecho de la fuerza. Pálidos como la imagen de la muerte, desgrefñados como las furias infernales, henchido el espíritu de emponzoñados odios, rebosante de infamias la conciencia, muy lejos de todo sentimiento humanitario, poblando los aires con las increpaciones de su impiedad luzbéli-ca, haraposos y hambrientos de maldades, cruzaban por los campos como fantásticas figuras, sembrando el terror por dondequiera, abandonados de Dios y maldecidos por los hombres. A su paso, semejante al de los bárbaros que sobre Roma la imperial, hondamente gangrenada y corrompida, arrojaron los bosques de Germania, temblaba el propietario por su hacienda, la iglesia parroquial por las joyas de sus vírgenes, el comerciante por sus poquísimos ahorros, el labriego por su vida y las mujeres por su honra. Detrás de ellos no quedaban sino montones de cenizas, lágrimas de amargura, campos enteros devorados por las llamas y chozas solitarias. Y cuando se les veía venir, resaltando en el horizonte como una nube negra, flotando al viento sus brillantes pabellones y reluciendo al vivo sol sus agudas bayonetas, las gentes corrían amedrentadas a esconderse en lo profundo de las cuevas, en lo

sombrío de los sótanos y en la honda esquivéz de las montañas.

Mientras tanto, Encarnación padecía lo indecible, porque además de continuos sobresaltos en que ella y su madre se veían, sin amparo ni protección alguna, don Jacinto no había vuelto. En vez de disminuirse, su cariño por él iba creciendo, y a todas horas le tenía vivo en el alma y en la imaginación. Alguna que otra vez, ella y su madre, cuando venían del pueblo, acertaban a encontrarle en el camino; pero no se detenía sino apenas un momento, y continuaba. En la frialdad de su salud, tan cariñoso antes, se adivinaba desde luego la más profunda indiferencia.

Un domingo, a eso del anochecer, lo encontraron a caballo a la salida de Maraure.

—¡Don Jacinto, dichosos los ojos que lo ven!
—exclamó Gertrudis, sin poder ocultar la complacencia que sentía.

—Gertrudis ¿cómo estás? —preguntó él, disimulando como mejor le era dado la satisfacción que experimentaba al verlas.

—¡Pa servirle, señor! —volvió a decir Gertrudis con verdadero trasporte de cariño.

—¿No has sabido de Felipe?

—Pero ni esto, aguaita . . . ¡Y si usted supiera las crujidas en que estamos con tanto ir y venir de vagamundos por aquí!

—¿Te han hecho muchos daños?

—¡Aaaáh caramba, don Jacinto, si eso es lo que

da lástima! Una mañana cargaron esos diablos con el toro; otra se llevaron las tres vacas, y por más que les rogué de cuantos modos pude, no logré que se ablandaran los indinos . . . Con el burro no han jalao, porque apercaté a meterlo en un zanjón, y allá está el pobrecito pegao contra un palo día y noche; pero temiendo estoy que en una rebuzná que pegue, de golpe me lo escuchén, y entonces sí que la acabamos de arreglar . . . Pa esto, que el café se está cayendo ya, y nosotras solitas no damos abasto pa cogerlo; y lo que es el maíz, se lo han llevado casi todo . . . Don Jacinto, yo no sé qué nos haremos cuando Felipe vuelva, porque esta federación brava de ahora nos ha dejao que ni partidos por el medio . . . Al fin y al cabo, si Dios no lo remedia, el cafesito se perderá también, y lo que nos quedará será morirnos de la pura pesadumbre.

A Gertrudis se le arrasaron de lágrimas los ojos, a tiempo que Encarnación mordía con saña las puntas del pañuelo; y don Jacinto, compadecido de tanta desventura como aquella, murmuró:

—Gertrudis, no hay cuidado, que yo estoy aquí para servirte en lo que pueda. Si acaso ves que te faltan los recursos, pues te vienes a casa sin demora, y todos los días irás por el conuco a darle vuelta, para que no se acabe de perder lo que hay allí.

—Dios se lo pague, don Jacinto, y no crea que no le cojo la palabra, porque ¿a quién más he de volver los ojos en semejante desespero? . . . Y dígame, ¿tampoco usted ha sabido nadita de Felipe?

—Lo único que sé es que el ejército de aquí había llegado a Carabobo.

—Y ¿no hay forma de que eso se acabe todavía?

—Creo que todavía no, a juzgar por las noticias que circulan.

—Pensando he estado yo lo que le hayan hecho a usted esos facinerosos sin conciencia, tan descriptianaos como son.

—¡Gertrudis, la mar negra! . . . De los potreros me llevaron cien novillos; de las pesebreras, todos los animales de trabajo; y para completar las cuentas, me han obligado a entregarles un empréstito de cinco mil pesos. . . Conque ya ves que la calamidad es para todos, y que nosotros trabajamos para que los vagabundos y los guapos, en nombre de la Patria y de cierta libertad que ellos entienden a su modo, nos roben porque les da la gana y se enriquezcan en un mes de vandalismo brutal.

—Pues que la Virgen me lo ampare, don Jacinto, y no se olvide de nosotras, que ya usted sabe que lo queremos mucho.

Encarnación se enrojeció como la grana, y don Jacinto se limitó a decir, estrechando la mano tan sólo a la primera:

—Adiós, Gertrudis. . . Hasta la vista, Encarnación.

Arrimó las espuelas a la mula, y se alejó al pasitrote. En poco estuvo que incurriese en una claudicación desatinada y vergonzosa, porque la hija de Gertrudis estaba aquella tarde, como nun-

ca, de bonita y de galana. Las enaguas, deslumbrantes de matices que servían a encandilar; la camisa, dejando ver garganta y brazos, con la tira de bordado primoroso en contorno del busto encantador; el pañuelo de seda, a horcajadas en la nuca y prendido sobre la unión del seno con alfiler de oro que se reía de brillante; los menudos alpargates, blanquísimos como copos de algodón; el jipijapa, chiquirritín, con cinta roja en torno de la copa; el pañolón de largos fluecos y paisajes de pájaros y flores, cargado con donaire; y en la ancha y larga trenza que lustrosa se le iba por la espalda, el clavel reventón hecho una aurora. Pero don Jacinto sabía contenerse en sus arranques, a fin de que sus cálculos le diesen el resultado que buscaba, y por eso se alejó aparentando la mayor indiferencia.

Ahogándose llegó Encarnación a la casita, y se sentó a la puerta sobre el banco de madera. Mientras su madre rezaba y pedía al cielo por Felipe, a tiempo que desmotaba unos copos de algodón, ella sufría en silencio y suspiraba dolorosamente. La indiferencia de don Jacinto y la frialdad de su saludo, la hacían padecer y la llenaban de una melancolía profunda. Si ella le quería con todo el corazón; si lo que más deseaba era confiarle sus dolores, su amargura, la melancolía suprema de su alma; si sus visitas le hacían falta para sentirse alegre y satisfecha; si para ella no existía otra música más bella que la de sus palabras, ni luz más

clara que la brillante de sus ojos, ni más dulce calor que el de sus manos cariñosas; si a todas horas le tenía presente en la imaginación, y ya fuese despierta, ya dormida, soñaba con la felicidad que él podía ofrecerle . . . ¿por qué era tan tenaz en la impaciencia, y no se convencía de que a ella le sobraba la razón, y sin ninguna compasión la hacía sufrir?

Al fin se levantó, porque sentía el pecho oprimido. Si lloraba delante de su madre, era lo mismo que revelarle su secreto: si se quedaba allí, taciturna y silenciosa, Gertrudis podía sospechar lo que pasaba por su ánimo. Para no rezar el rosario, fingió que le dolía la cabeza, y fué a acostarse.

Desde aquella amarga noche comenzó a entristecerse peor que antes. Andaba como lela, cada rato suspiraba, por el más leve motivo se le salían las lágrimas y con frecuencia se escapaba de la casa a vagar sola, muy sola, por los campos. Sentada sobre una roca o sobre un tronco de árbol derrumbado por los años, con los codos en los torneados muslos y las manos en la cara, se quedaba horas enteras contemplando la inmensidad azul, en cuyas ondas abejeaban los átomos de oro. Ondulándole la trenza por la espalda como una sierpe negra, brillándole los dilatados ojos, cayéndole la enagua un poco más abajo de la redonda pantorrilla, medio desnudo el seno erguido y con los pies tan limpios como la espuma del arroyo, semejaba una figura de Mistral, el candoroso poeta de Provenza.

Saltando los cercados, yendo a campo traviesa, brincando por las rocas como cabrilla montaraz, parándose de pronto a escuchar el isócrono rumor de los cequiones, deteniéndose a veces al pie de las cruces de madera que se alzan a orillas del camino sobre amontonadas piedras, mordiendo las hojas que arrancaba de las matas, o contemplando las bandadas de torcaces que salían asustadas de los ubérrimos barbechos del maíz, solía irse sola hasta la cumbre del cerro de *El corozo*. Tiene éste bastante elevación, brillante en la falda enormes rocas que parecen como de bronce bañadas por la luz, muestra una vegetación raquílica y escasa, se levanta por un lado hasta la cima como cortado a pico, se resiente de la ausencia absoluta de las aguas, contrasta por su perenne desnudez con la eterna primavera que sonrío en torno suyo, y allá sobre la cumbre, guarnecida de espinosos matorrales, anémicos y tristes, y de ingratisimos cardones que semejan brazos de repugnantes esqueletos, ostenta una gran mata de corozo, cuyas palmas se mueven sin cesar a los ósculos del viento que sopla del horizonte a bocanadas. Poetisa del verano, amante del calor, gloria del sol del mediodía, la cigarra canta en los desnudos palitroques su canción aturdidora; saliendo de los huecos amarillos del terreno, la culebra se arrastra con pereza por entre los arbustos escasos de verdor; escapadas de improviso, por la aproximación de algún labriego, de las frescas sementeras que lucen su lozanía en el valle, las pa-

lomas suben a refugiarse bajo los agrios matorrales. Allí no hay sino pobres y menudas florecitas, de esas que no dan sino tristeza, que parecen nacidas al borde de las tumbas, que las muchachas no arrancan de las entecas ramas porque no sirven para adorno del cabello, que se ven con la mayor indiferencia, que viven cercadas de abandono, y que ni las mariposas buscan para posar el vuelo en sus corolas. Los pájaros gorjean, pero abajo, en el centro de los valles, en medio de la pompa de las arboledas, orillas de las gárrulas quebradas, en las copas de los ceibos vibrantes de eglógicos murmullos, en el brillo, en el verdor, en la frescura eternamente renovada de la intacta primavera. Y lo que es el agua, sobre la cumbre solitaria no cae sino del cielo, esa que las nubes derraman a torrentes de sus urnas de alabastro en cuanto la atmósfera se hinche de vapores, y el rayo culebrea en el espacio, y rompe el ronco trueno con sus detonaciones la sagrada armonía de la naturaleza.

En cambio, desde el cerro triste y agrio se contempla un espectáculo que encanta, que sorprende por su legítima hermosura, que lleva al ánimo dulcísima alegría. Allá, en el horizonte, hace ondas el perfil de la montaña, la cual se levanta en derredor en figura de anfiteatro colosal; delante se alza una colina, cuya redondez semeja la cúpula de un templo indio; en el fondo se divisan las planicies, cubiertas de arboledas de café, salpicadas de casitaş blancas, divididas por cercados de piedra que

blanquean como nieve a las últimas caricias del crepúsculo; por las faldas de los montes derraman los torrentes los caudales de sus aguas y el candor de sus espumas; por entre sombreros bosquecillos descienden murmurando las quebradas; en los potreros se perciben, sobre la intensa esmeralda de la yerba, las figurillas que parecen de paisaje de las reses; de las casitas sube el humo en azuladas espirales; y hacia el Norte, y hacia el Sur, y en todo el medio del camino real, salpicado de gentes y pollinos, se columbran, al través de las nieblas rosadas de la tarde, Tierra-Alegre, Maraure y Planadillas, bulliciosos pueblecitos de la cercanía, como bandadas de palomas blancas posadas a la sombra de los árboles. Inflamadas por el sol, las crucejillas de hierro de los templos resplandecen a lo lejos sobre el fondo verde oscuro de los montes.

Encarnación se sentaba en las sobresalientes raíces del corozo, y se estaba, hasta cerrar la noche, contemplando el hermosísimo paisaje. Cierta especie de dulce somnolencia caía sobre su espíritu, y sólo cuando el bronce de la pequeña iglesia de Maraure repercutía en el espacio con el pausado toque de oraciones, despertaba del ensueño y se volvía a su casa, pensando siempre en don Jacinto.

Una tarde, cuando más embebida se encontraba en sus cavilaciones, vió surgir a Matías, pálido y fatigoso, por uno de los abruptos bordes de la cima de aquel cerro. No se movió siquiera, porque la brusca aparición paralizó sus facultades. Se quedó

mirando al mozo con el miedo pintado en las facciones, y esperó resignada lo que sobreviniera, pero con la enérgica intención de rechazar cualquier propósito violento. Matías avanzó con paso firme hasta pararse frente a ella, y apoyando el garrote que llevaba sobre el tronco de una mata de maguey, le dijo a la muchacha con tristeza:

—No te asustes, que no vengo a hacerte daño... Por el contrario, Encarnación: es que me duele verte sola, y quiero acompañarte... De golpe te sucede alguna mano, y yo voy detrás de ti pa defenderte.

—Pues hasta ahora —repuso la muchacha con desdén— ningún tropiezo me ha salido en el camino.

—Pero eso no quita que te salga cuando menos lo percatas.

—Porque tú sacas la cuenta por lo que estás haciendo.

—Y ¿qué es lo que hago yo?

—Andar detrás de mí por todas partes, lo cual no me gusta ni un poquito.

—Por tu bien es, Encarnación.

—Pero me choca con empeño, y no lo puedo remediar... La gente de por aquí conversa mucho, y de pronto me arma el cuento que yo no necesito.

—¡Caramba, qué desagradecida eres!

—Pues así ¿lo oyes chico? así quiero quedarme... Matías, ¡qué terquedad la tuya! Más de una

vez te he dicho que no pienses más en mí, y tú no haces caso.

—Porque no puedo, Encarnación; porque si yo pudiera, nada me costaría; porque cuando se quiere de verdá, así como yo te quiero a ti, el querer es más grande que uno mismo.

Con lo cual la muchacha se paró, haciendo un agrio mohín de desagrado. Aquellos desahogos de Matías la llenaban de impaciencia, la ponían fuera de sí, le daban rabia. El mozo comprendió que quería irse, y se atrevió a decirle:

—No te vayas todavía, que no han dao la oración.

—Es que en casa —replicó la muchacha de mal modo— debo de estar haciendo falta.

—Y ¿cómo casi siempre te coge aquí la noche, y luego bajas muy despacio, sin que te piquen impaciencias como ahora?

—Matías, ¡qué tormento!

—Pero déjame siquiera acompañarte, ya que intención buena me sobra en ofrecerte la compañía de mi afecto y la defensa de mis puños, fuertes a tu lado como los troncos de las ceibas.

Encarnación no contestó, sino que dándole la espalda bruscamente, comenzó a descender a la carrera por la falda del empinado monte.

Matías la contempló en silencio hasta que se perdió de vista, y dos lágrimas ardientes de despecho brotaron de sus ojos. Sentóse luego en las raíces del corozo, llena el alma de profundo desaliento, y se puso a cavilar.

XI

Del lado acá de Planadillas, a distancia de allí como una legua, en el sitio denominado *La Pascua*, sobre una altiplanicie enteramente abierta a los besos de la luz, altiplanicie que parece una gran plaza cubierta de verdura como suave terciopelo, levántase una ermita que se llama *La Mano Omnipotente*. Detrás, medio escondida entre naranjos y verdes limoneros, está la casa en que vive el viejecito encargado de la limpieza y guarda de la ermita. Para llegar a ésta, se recorre larga calle de jazmines de la India sembrados a cordel; en todo el centro hay una alta cruz de bronce, erigida sobre ligera peña de mampostería pintada al óleo, en torno de la cual se enredan rosadas madreselvas y azules campanillas; ceibos y apamates, situados en hileras, bordean la planicie, y delante de los fornidos troncos blanquean los cercados enteramente rectos y engalanados por la naturaleza de risueñas trepadoras; la callejuela del medio, o sea la de los jazmines, está empedrada de lajas que brillan con el sol; sobre la yerba fina en que se alfombra la gran plaza

ostentan sus capullos las flores de los trópicos; las golondrinas se posan en la torre a la caída de la tarde, y en los cercados, y en los árboles pomposos, y en los magníficos jazmines, y en la peña de la cruz, los pájaros alegres, retozando entre las frondas, perennemente cantan la gloria de la naturaleza.

La iglesuela es nuevecita, con pavimento de mármol y porche de ladrillos muy lustrosos. El tejadillo le rojea, a trechos matizado por las líneas blanquecinas de la mezcla que pega las juntas o boquillas de las tejas. En derredor del tejadillo y coronando las paredes, se alza una cornisa gótica, por cuyas gárgolas de zinc se desahoga a gruesos chorros el agua llovediza. Enjalbegada por de fuera, muestra los muros por de dentro empapelados y con brillante zócalo de pintura al óleo. Tiene dos pilas de bronce, arco toral de madera tallada con exquisito gusto, altar de mármol blanco y alfombra costosísima en el ábside. Siempre está limpia como una porcelana, brillante como un oro, perfumada como un estuche de rico terciopelo. En el vértice del presbiterio enseña una crucecita de vidrios de colores, que se inflaman con el sol y resplandecen sobre el fondo azul del cielo. En cada una de sus paredes laterales se abren dos ventanas en que florecen y sonríen las ojivas; su frontispicio es gótico, igual que el de la iglesia de Lourdes en el Calvario de Caracas; y en la aérea torrecilla, que sube alegre al cielo cual regalada estrofa, resuena una campana a cuyas voces se descubre y ora

la religiosa gente de los alrededores, pero con más respeto que cuando repercuten en el aire las de los otros templos.

Allá, en la penumbra del ábside, abre los brazos la trágica figura de Jesús Crucificado, aun no muerto, sino cuando pronuncia las siete palabras misteriosas. A entrambos lados, pendiente de dos largas varillas de metal y ensartados en cintas angostas de colores, cuelgan muchos exvotos —milhares de milagrillos de plata— que representan distintísimas figuras, y que son el testimonio vivo de la virtud maravillosa del gran mártir del Calvario. Abajo, sobre las baldosas blancas, arden constantemente, en candeleros de cobre, hasta cincuenta luces; y en la mesa del altar, cubierta con un paño de batista fimbriado de encajes como espuma, lirios y rosas y azucenas ostentan el esplendor de su hermosura y embalsaman la iglesuela con el olor de sus fragancias. Por supuesto que ella no es ahora lo que era hace veinte años. Entonces no pasaba de ruinosa capillita, destartalada y pobre; hogaño, tanto lujo y tanta pompa han venido surgiendo a fuerza de limosnas, de dádivas ofrecidas por las personas ricas, de lo que han producido, al venderse, los exvotos. Lo único que no ha cambiado allí es la milagrosa imagen.

El cura de Planadillas, que frisa ya en los setenta y cinco años de edad, dice misa en la capilla todos los domingos, y pronuncia además piadosa plática. Varón virtuosísimo y austero, enamorado

del culto esplendoroso, apóstol convencido de los milagros de la imagen, a sus esfuerzos y honradez se debe la construcción del templo y la ornamentación que luce; y si anda con la sotana remendada, y da a los pobres cuanto le cae en la mano, y come con gran frugalidad, los dineros que son de *La Mano Omnipotente*, los maneja con la mayor limpieza, invirtiendolos de fijo en aumentar el esplendor de la iglesuela. Por lo que hace al viejecito que la guarda, que la limpia y que la alumbra sin cesar hasta que el sol se oculta detrás de los pomposos broca-tes del ocaso, vive y mora en la casita que se ha dicho, cultivando una hortaliza de cuyos productos se alimenta, acompañado de una hermana que le hace de comer, labrando el cacho en obrillas primorosas que le ofrecen algunos rendimientos, y componiendo con cariño los árboles y flores que engalanar la planicie.

La gran misa que en el templo se celebra cae el día de la Cruz, y es cantada, con diácono y subdiácono, con sermón del sobredicho sacerdote, con mucho estruendo de cohetes y con música traída de la cercana capital. Ese día la iglesuela permanece abierta hasta las nueve de la noche; los campesinos, echando mucho lujo, llegan de todas partes en piadosa y alegre romería, y la campana de la torre-zuela vibra cada cuarto de hora. Los hombres traen velas, y las mujeres, en canastillos de mimbre, flores lozanas para ofrendarlas a la imagen. El orden y la compostura reinan entre los romeros; casi to-

dos comulgan para santificar el día, y si en otras festividades religiosas de Planadillas, Maraure o Tierra-Alegre se emborrachan y bailan en ruidosos chapaleos por la noche, aquel día no prueban el licor ni se dan a ninguna diversión profana, sin duda para hacerse acreedores a las gracias y mercedes del Santo Cristo de *La Pascua*.

Desde hace cincuenta años, tiempo en que se fundó la ermita, todo aquel que por frente a ella pasa, se detiene y reza una oración en la silenciosa nave, o deposita una moneda en el cepillo que abre su rendija a la derecha de la puerta, o coloca una vela en el gran azafate destinado a recibirlas, o en manos del viejecito deja un milagrillo para que sea colgado en alguna de las varillas de metal. Personas hay que se empeñan en que la cinta del exvoto cuelgue del clavo de los pies de Cristo, porque de tal manera fue ofrecida la promesa, y ya en el clavo no queda sitio para más. Con íntimo fervor, con efusión sincera, con profundísimo respeto, la gente penetra en la capilla, se santigua con el agua de las broncíneas fuentes, póstrase de hinojos, eleva las miradas hasta la dulcísima que emergen los ojos de Jesús, abre el alma dolorida a las corrientes de la gracia, y reza con verdadera devoción. Naturalmente, todo lo que se ve, lo que se oye, lo que se aspira en el regazo de aquel templo, contribuye a sazonar la blanda disposición de ánimo con que allí se entra y ora. La espléndida figura de la imagen, cuyos brazos redentores parece que se abren

para estrechar las almas; la alegría de las llamas en que los citios arden, iluminando la gloria que en guirnalda la frente de Jesús; el claroscuro de la nave calentita, henchida de rumores misteriosos; la vaga melancolía que flota en el ambiente; los aromas de que llenan las flores el recinto; la arraigadísima creencia, la fe profunda que se tiene en la virtud milagrosa de la imagen; todo sobrecoge de tal suerte al corazón, que la plegaria brota pura de los labios, limpia como raudal campestre, olorosa como virginal capullo, ardiente como el trino de la madrugadora alondra.

Cuando la tarde muere, de rosas coronada, ungienda de perfumes, llena de melancolía inefable; cuando la errante golondrina, monjita del convento de los cielos —del monasterio azul— posa el ala fatigada en la aérea torrecilla; cuando los pájaros se acogen a los nidos, y patecen los árboles fantasmas, y resplandece en el espacio el perfil de las montañas como línea de fuego irregular, cuando del seno de la naturaleza se escapa ese ruido soberano, esa indecisa melodía, esa vaga explosión de notas dulces que sobrecogen al espíritu de blanda somnolencia; cuando la campana de la iglesuela repercute en el ambiente con el pausado toque de oraciones, el caminante se detiene y ora, el labriego se descubre en medio de la verde sementera y junta las manos en actitud de súplica, el rico propietario deja al aire la cabeza y levanta la vista a lo infinito, y en torno de la madre se agrupan los amo-

rosos hijos para rezar la plegaria del crepúsculo. Contemplando dentro de sí la imagen radiosa de Jesús, del sublime Crucificado de la ermita, todos se vuelven hacia allá con satisfacción intensa, y al ver blanquear la torrezuela y resplandecer la cruz de vidros de colores sobre el fondo del espacio, sienten que sobre su alma cae, como fresca matinal, el rocío de la consolación.

Cuando el temblor siniestro estremece las entrañas de la tierra, brama con sordo estruendo y bambolea las casas; cuando la tempestad sacude sus alas de relámpagos sobre la cumbre de los montes, y el rayo se desprende del inflamado seno de las nubes para volver pedazos al roble centenario; cuando la guerra atraviesa por el campo en su corcel de fuego, hambrienta de infamias y maldades, desparramada al viento su cabellera ignífera, blandiendo enfurecida la espada segadora, asordando los espacios con los truenos de su ira, espumando odio la boca y sembrando por doquiera la riza y el desastre; cuando la negra inundación, desbordándose rabiosa de las cumbres, derrama los caudales de sus aguas para arrancar de cuajo hasta los musculosos troncos de los árboles que señorean la selva; cuando la peste vuelca sus ponzoñosas urnas sobre aquella región amada siempre de la naturaleza, y diezma los hogares, y envenena de pesar los corazones, y puebla de cadáveres las necrópolis humildes; cuando el dolor impera, y se entroniza el mal, y el pasmo se introduce en el espíritu, entonces las miradas no se apartan de la consoladora ermita,

y la nave se ve llena de gente a todas horas, y parece el altar un ascua de oro por la multiplicidad de velas que lo alumbran, y se acendra la fe en las plegarias, olorosas a ternura, que llueven a los pies de la dolorida imagen como un raudal de lirios de los campos.

En medio de las tormentas de la vida, de los caprichos de la suerte, de los dolores que causa el desengaño, aquella iglesuela es un refugio de las almas que padecen. Allí encuentran medicina para el sufrimiento, rescoldo generoso para templar el frío que la desesperanza da, resignación para mejor sobrellevar la miseria de este mundo. Allí encuentran calor que refrigera, dulce paz en que el ánimo se goza, aplacible silencio interrumpido apenas por la armonía de los pájaros cantores, por el ruido del tollaje, por la música de los arroyos. La luz que ~~entra~~ ~~cerca~~ por las ventanas ojivales; la fragancia que las flores recién cogidas vierten; el oro que ~~aberrisa~~ las luces ~~en~~ medio de su chisporroteo arrullador; la tibia atmósfera que reina a todas horas en la angosta navecilla; la aureola que resplandece en torno de la cabeza de Jesús, alivianan el espíritu, templan su sed ardiente y le hinchen de frescas ilusiones. El que desea curarse alguna cruel enfermedad, el que busca salir de recio trance, el que ambiciona satisfacer vívido anhelo, el que persigue una esperanza, el que va en pos de un ideal allí corre a arrodillarse, a encender una bujía, a dejar una limosna en el cepillo, a ofrecer una pro-

mesa a la imagen de Jesús; y como en ella tienen fe y los milagros que realiza se repiten con frecuencia, y todo el mundo se hace lenguas para ensalzar la virtud maravillosa de la trágica figura, salen de la iglesuela alegres, con el espíritu oprimido de dulcísima emoción, confiados en que el Cristo de *La Pascua* devolverá a su corazón la paz perdida, o les hará gozar del bien ansiosamente suspirado. Ello es lo cierto que, como el Crucificado otorga de continuo sus mercedes, sanando a los enfermos, cambiando la fortuna de los desheredados, satisfaciendo aspiraciones y consolando a los que sufren, los exvotos de plata llueven de todas partes, las velas se multiplican para alumbrar la imagen desde que el alba apunta, y la poética iglesuela va ganando cada día en belleza y esplendor.

Cuando Matías se quedó solo aquella tarde en la desierta cumbre de *El Corozo*, sentado en las raíces de la mata, cavilando acerca de su arrastrada suerte y lleno el corazón de pesadumbre, oyó de pronto resonar en el espacio el toque de oraciones que surgía de la torre de Maraure. Incorporándose en el acto, descubrióse la cabeza y rezó un avemaria. Las lentas campanadas se apagaron, y el silencio reinó de nuevo en la inmensa soledad. No se escuchaba sino el ruido lejano del torrente, la penetrante solfa de los escarabajos escondidos en los agrios matorrales, el murmullo de las palmas del corozo sacudidas por el viento. La tarde se dormía con lánguido abandono; tal que otro lucero reía ya

en el azul, y de las cosas no se veía sino el contorno sobre la media tinta del crepúsculo. Apoyados los codos en los muslos y las manos en la cara, Matías no pensaba sino en los hondos anhelos que sentía, en la tristeza que le embargaba el ánimo, en las amargas hieles que Encarnación le hacía tragar a fuerza de desdenes. Una nueva campanada resonó de improviso en el espacio. Sonora, cristalina, misteriosa, el aire la traía de muy lejos. Matías volvió a incorporarse, dirigió la mirada hacia *La Pascua*, quedóse contemplando largo rato el que todavía era ruinoso campanario de la ermita, y sublime y luminosa en su espíritu surgió la figura de Jesús Crucificado. Algo así como celestial rocío cayó en su corazón para llenarlo de frescura, para calmar las aflicciones de su alma y aligerar las pesadumbres que se la entenebrecían. Entonces recogió el garrote, y empezó a caminar la vuelta de su casa.

Al día siguiente por la tarde después que puso fin de la faena, dirigióse a *La Mano Omnipotente*, y arrodillándose ante el Cristo, se estuvo largo tiempo en oración. Pidióle con fervor el remedio de sus penas, la alegría de su espíritu, la conversión de su esperanza en realidad; y si al cabo le quería Encarnación, en recompensa de merced tan señalada el mozo le llevaría a Jesús un milagrillo de oro ensartado en cinta roja, y le encendería una vela durante doce días.

Cerraba ya la noche cuando volvió a su casa, confiado en la eficacia de su ruego, en la protección del Cristo, en el milagro que iba a hacerle.

XII

Una mañana Gertrudis bajó al pueblo, acompañada de un muchacho que le llevaba un gran canasto atiborrado de racimos de tomates encendidos, hermosos ramilletes de cebollas de cabeza y otras cosas semejantes. Se proponía vender aquello en el mercado, para comprar con el producto de la venta unas varas de zaraza, dos pañuelos de madrás y un retazo de bramante o de liencillo. Por no exponer el pollinillo a los deseos de tantos militares como vagaban por los campos haciendo de las suyas, lo dejó en el zanjón hartándose de yerba fresquecita, sacudiendo las orejas con estrépito y espantándose las moscas con el rabo, y prefirió pagarle a aquel muchacho para que le llevase el canasto hasta Maraure.

Encarnación se quedó de cuidadora, porque no era conveniente abandonar la casucha todo el día en aquellas circunstancias, y después que almorzó con toda la desgana que solía desde cuando la tristeza se le había introducido en el espíritu, se puso a lavar en el cequión. Sentada sobre la

yerba de la orilla, inclinando la cabeza sobre la piedra en que lavaba, encuadrado el fresco rostro en el ala de un inmenso sombrero de cogollo, constelada la frente de gotas de sudor, con los brazos desnudos que daba gloria verlos tan rollizos, y acezando de fatiga a consecuencia del sol y del trabajo que el recio menester le ocasionaba, la muchacha respiraba espléndida salud por todos los poros de su cuerpo. Por sus torneados brazos, de hoyuelos en los codos, corría la sangre pura; del seno casi descubierto, donde lucía un rosario su brillante cruz de oro, se escapaba un olor como de rosas en capullo, aun no mancilladas y nacidas en la falda de las lomas; sus labios, encendidos como adelfas, tenían la inequívoca frescura que en la mujer denuncia el estado virginal. Ninguno, al contemplarla tan hermosa, podría imaginarse que su corazón sufriera, que su pecho fuese un vaso rebosante de amargura, ni que su alma joven, vibrante como un arpa, hubiese más profunda sensación que la avasalladora alegría de vivir.

Pero ahora, como tantas otras veces, no cantaba al porracear en la piedra con la ropa, ni sonreía con el deleite que da la juventud, ni sus ojos resplandecían con ese brillo insólito que sirve a denunciar la absoluta alegría del espíritu. Sus miradas eran tristes, sobre todo cuando iban a perderse en el azul; la palidez de su semblante denunciaba el sufrimiento; dos anchas ojeras circundaban

el borde de sus párpados: de vez en cuando una lágrima se desprendía de ellos, y con no poca frecuencia la chica suspiraba, pero con esa tristísima expresión del que siente algún dolor al suspirar. En ocasiones suspendía el movimiento del oficio, e inmóvil como una bella estatua de mujer, con las manos apoyadas en la piedra, abstraída de cuanto la rodeaba como el que está bajo la influencia del ensueño, echada la cabeza para atrás y con los ojos fijos en la soberbia cúpula del monte fronterizo o en el azul espléndido del cielo, parecía que hablaba sola, porque sus labios se movían y el viento se llevaba el rumor quedo de sus palabras indecisas.

¡Alegría! ¡alegría! era lo que cantaba entonces todo en el regazo de la naturaleza: las frondas al soplo de los céfiros, las yemas de los troncos al impulso de la savia, las aves al calor del mediodía, las flores al ardoroso beso de los efluvios de la tierra. Sin embargo, Encarnación permanecía en una especie de laxitud abrumadora, y un pensamiento fijo, que nunca se apartaba de su mente, la dominaba en absoluto. ¿Qué podía ella hacer para acallar su corazón, para no entregarse nunca al hombre a quien quería, para doblegar su voluntad a la voz de la conciencia? ¿Qué podía ella hacer para no sucumbir, cuando su amor era invencible, y heroicos los impulsos de su naturaleza, e indomables sus anhelos como bridones disparados en airosísima carrera por la pampa?

De improviso despertó, como asustada, de la

abstracción en que cayera desde hacía media hora. Sintió hacia la izquierda el crujir de algunas ramas, y volteó llena de espanto, sin atinar a decir nada, encogido de miedo el corazón. Abriéndose camino por entre lo tupido del espinoso matorral, con los ojos desmesuradamente abiertos, las manos temblorosas y el semblante demudado, Matías avanzó hasta colocarse frente a ella. Su alejamiento de la casa, su aspecto melancólico, la amargura que revelaba el decaimiento de su ánimo, el hecho de no verle de mes y medio acá, los decires que corrían con relación a sus frecuentes embriagueces, amén de aquella solemnidad siniestra con que acababa de surgir de la arboleda, llenaron de terror a la muchacha; y al verse sola en el conuco, entregada a los caprichos de aquel mozo, cuya frenética pasión podía impulsarle a cometer un desafuero, palideció como una muerta y comenzó a temblar.

Matías no tardó en darse cuenta de aquello que pasaba por el ánimo de su adorada prima, tormento de su alma y origen de todos sus dolores, y echándose de espaldas contra el tronco de un naranjo, le dijo para tranquilizarla:

—Ya miro que te asustas de solamente verme . . . ¡Malhaya con mi suerte tan indina! . . . Por lo que se barrunta, de seguro que me crees un bandolero capaz de atropellarte . . . Pero escucha, no te figures nada malo, porque yo ¡por la Virgen del Carmelo te lo juro! no vengo a hacerte nada.

Y al murmurar aquello con voz sorda, el desdichado mozo se ahogaba de emoción, de una emoción profunda que sacudía todos sus miembros.

—Y ¿quién te ha dicho que me asusto? —balbuceó toda confusa Encarnación, tratando de dominar el estallido de sus nervios.

—Tú misma, con ese color blanco que tienes en la cara, con esos ojos que ya se te salen de las cuencas, con ese gran temblor que te brinca en todo el cuerpo.

—Pero puedes contar con que no es por miedo a ti, porque no hay razón pa ello. Como no te veía desde hace mucho tiempo, y como estaba descuidada cuando te sentí llegar sin esperarte, en el primer momento me asusté, porque creí que era otra gente. Y como ahora andan tantos ladrones por aquí, que arrasan con todo lo que encuentran, cuando escuché tus pasos, sin que todavía te hubiera conocido, me quedé fría de miedo.

Encarnación mentía con el mayor descaro; pero mentir era preciso en tan difícil coyuntura, para evitar que Matias se irritara y diese rienda suelta a la vehemencia de sus pasiones tanto tiempo comprimidas. El cual, sentándose de firme en una de las piedras que bordeaban la orilla del cequión, le dijo a la muchacha:

—La ocasión de estar tú sola en esta casa, la he atisbao desde hace muchos días. Esta mañana, con la fresca, vi ganar a mi tía pa Maraure, y aquí me tienes con el alma hecha pedazos, pero resuelto

de un todo a que me salves, o a que me acabes de enterrar . . . Vuelvo a decirte, pa que lo escuches bien, que no vengo a hacerte nada, sino a hablarte lo que siento con todo el corazón. Óyeme, pues, siquiera sea por caridá, y después que me respondas lo que quiero, quedas en liberta de hacer lo que te plazca, que los gustos son pa eso. Pero añádoté, si, que en tus manos está el remediar mi pesadumbre, más negra que la noche, o el acabar conmigo de una vez.

Con la cabeza gacha, rayando con la uña del pulgar los pliegues de la enagua, y sin poder deshacerse del temor que en la sangre le picaba como un millón de agujas, Encarnación le escuchaba silenciosa.

—Ya sabes —agregó el mozo luego, apoyando el brazo izquierdo en la pierna respectiva y accionando con la derecha mano—, ya sabes, porque mucho te lo he dicho de cuantos modos hay, que yo te quiero con locura, que no pienso sino en ti, que estoy dispuesto a hacer lo que me mandes, en consiguiendo tu cariño, y que si suelo emborracharme, es pa aliviarme de las penas que me borbota el corazón por tus desprecios . . . Aunque me sea feo el decirlo, yo soy un hombre honrao, trabajador como lo ves y de buenos sentimientos; y ninguno, más que yo, te haría feliz como tú te lo mereces. Mi tío, por lo bien que me conoce, se alegraría de verdá con lo que yo tanto deseo; y lo que es mi tia, ya ves lo que me quiere. El día que ellos se

mueran, que Dios no lo permita en mucho tiempo, te quedas sin amparo en este mundo, y sola no tendrás sino meras pesadumbres. Ya sé que yo no tengo pa ofrecerte sino mucho corazón, que es lo que se agradece, y voluntá pa los trabajos, que es lo que los hace llevaderos: pero en queriéndome tú de buena gana, pa reirme del mundo y de sus grandes perrerías no va a alcanzarme el tiempo ni que jile muy delgao todo el copo . . . Conque ahí tienes ya, clarito como el agua del cequión en donde lavas, lo que traía pa decirte; y como a cada quien le gusta estar en el secreto del mal que ha de morir, yo quiero que me contestes ahora mismo. Una cosa sí te pido en buena ley y por el amor de Dios, y es que no vayas a engañarme: si no me quieres, pues prefiero que me lo digas de una vez, a que me hagas tragar una mentira.

Desazonada Encarnación con el pesado discurso de su primo, que salió de un tirón sin más ni menos, después de haber estado en gestación noches enteras, seguía rayando con la uña del pulgar los numerosos pliegues de la enagua, sin levantar del pecho la cabeza.

—¿Te escuece mucho el contestarme? —le preguntó Matías entonces, contrariado por aquel fosco silencio que no le hacía ninguna gracia.

—Y ¿pa qué quieres que te diga lo que ya sabes demasiao? —le preguntó a su vez Encarnación, tratando de eludir una respuesta en toda forma.

—Mujer, pa que no me quede duda.

—Quererte yo, lo que es quererte, sí te quiero, pero tan sólo como hermano.

—Es que yo no me conformo con cariños de esa estampa.

—Matías, ya me duele la lengua de decirte que no esperes de mí otros amores.

—Y ¿no será porque tú tienes algunos enredijos con otro hombre?

—No es por eso —replicó Encarnación palideciendo—, sino porque me dolería engañarte, casándome contigo sin quererte.

—Y si no es lo que yo digo, ¿por qué te apuras tanto, y te pones de amarilla como la flor de muerto, y me ves a la cara con temor?

—Porque todo eso te lo figuras tú, que no haces sino dar palos de ciego.

—Pues ten cuidao —silabeó Matías al punto en tono de gran burla—, no sea que a mí me hayan dicho lo que tú crees muy escondido.

Para disimular el raro efecto que aquello le produjo, Encarnación soltó en seguida una ruidosa carcajada, y murmuró:

—¡Por fortuna, mi conciencia está tranquila!

—¿De veras?

—Como lo estás oyendo.

Hubo una pausa embarazosa en este punto, al término de la cual dijo Matías con alarmante seriedad:

—Mira, hablemos formalmente, y contéstame al

fin si me desprecias, pa yo saber al cabo mis dolores.

—Pues, chico, formalmente te lo digo: te quiero como a hermano, y se acabó.

—Según eso —vociferó Matías, perdiendo los aplomos y olvidándose de todas sus promesas —¿prefieres desbarrancarte como una desalmada, a vivir en la santa ley de Dios? ¿Prefieres matar a mi tío de amargura, y llenar de pesadumbre esta casa de honradez, y echarte encima las murmuraciones del vecindario entero, que no te dejará cabello sano? ¿prefieres que mañana, cuando te vean pasar, te señalen pa decir: allí va la querida de don Jacinto Sandoval, en vez de esto otro: allí va la mujer de Matías Bobadilla?

Con lo cual Encarnación se puso lívida, abrió los ojos que ya se le saltaban de las órbitas, levantó la cabeza con espanto, y exclamó:

—¡Matías, tú estás loco!

—¡Loco? Ni esto, mira.

—O andas bebido por lo menos, porque venir-me con tal falso testimonio como ése, es lo mismo que tener un frasco de aguardiente en la cabeza.

Enardecido con semejante golpe, Matías arremetió con pujanza formidable.

—¿Sabes lo que hay, Encarnación? Que yo no trago entero, porque mi casta es otra: que tú estás hoy en camino de perderte, y que si no te has perdido hasta la fecha es por la misericordia del Señor.

—¡Matías, por Dios, no seas infame! —gritó con energía Encarnación, creyendo que su primo decía aquello por mera suspicacia.

El cual, herido en lo más noble de su alma generosa, temblándole de cólera los labios, dueño de sí mismo por lo que había visto y escuchado aquella noche inolvidable, llameándole los ojos y extendiendo el dedo índice de la derecha mano con ademán imperativo, gritóle a su prima con furor:

—¡Niégame que tú sales de noche a conversar con don Jacinto en el cercao del camino!

—¡Te lo niego! —contestó resueltamente la muchacha.

—¡Pues eso, grandísima embustera, podrás decirselo a mi tío cuando vuelva, pa embojotarlo como tienes por costumbre; pero no a mí, que desde aquella piedra que está en el cafetal de los naranjos, asombrado de tu poquísima vergüenza y rebosándome las ganas de alumbrarte una paliza, te he mirao dejándote engañar por don Jacinto! ¿Sabes cuándo? ¡Aquella misma noche que le dijiste que me tenías lástima, y que si no hubiera sido porque llegó mi tío, entregas cuerpo y alma sin ningún temor del cielo y te llevan los demonios! . . . Conque niégame ahora, perla, lo que yo mismo he visto con mis ojos.

Descubierta por completo en lo que ella creía misterio impenetrable, y rabiosa con los bárbaros insultos que acababa de escuchar, a Encarnación no le quedaba otro camino que confesar lo que su

primo aseguraba; e irguiéndose altanera y cejijunta, se le enfrentó para decirle:

—Sí, es verdad, no te lo niego . . . Pero mira, ¿qué te importa a ti lo que yo haga? ¿Qué tienes tú que hacer conmigo? ¿Eres acaso hermano mío?

—Ni lo soy, ni tampoco quiero serlo; y por lo que hace a mi cariño, desde hoy te lo quito de raíz, porque pa mozas desalmadas como tú, en dondequiera se consiguen; y no permita el cielo que muy pronto tengas ya que arrepentirte de haberme despreciado; y acuérdate de que Dios castiga a las hijas sin conciencia que se pierden por su gusto cuando su padre está en desgracia; y sigue engañando como te dé la gana a la buenota de mi tía, que ni siquiera ha podido maliciar lo que pasa en sus redores con el vagamundo ese a quien tú oyes encantada; y revuélcate en el fango como mejor te pidan las miserias de tu sangre, y después véte al infierno.

Dicho lo cual en un tono de rabiosa exaltación que parecía más bien un acceso de locura, Matías se alejó a paso largo por donde había venido.

XIII

Así que le pasó la indignación que en su ánimo causara la numerosa parrafada de Matías, Encarnación dejó el oficio, se sentó sobre una piedra y se puso a meditar. Jamás se había encontrado en una situación más conflictiva. Dejar de querer a don Jacinto era imposible para ella; y si Matías, desengañado como estaba en absoluto de que ella en ningún caso llegaría a ser su esposa, le revelaba a Gertrudis su secreto, de seguro que ésta trataría de entorpecer, por cuantos medios estuvieran a su alcance, las amorosas relaciones de su hija con el rico propietario. Lo cual haría con tanta más razón, cuanto que al regresar Felipe, que era hombre harto severo en punto a la honra de su casa, la apostrofaría indignado si la encontraba culpable de tibieza con la menguada hija.

Si Felipe regresaba, en el acto se pondría en los retazos de lo que estaba aconteciendo a la sordina en el conuco, aunque no fuera más que por virtud de la sospecha que tenía; y con el fin de extirpar de raíz la enfermedad, trataría de casar por la fuerza

a Encarnación con su sobrino, porque Felipe era hombre para esto y mucho más. Encarnación veía como un hecho consumado lo que todavía no era sino apenas una hipótesis, pero hipótesis probable por más de un contrafuerte poderoso, y se volvía loca de desesperación.

Resignarse a ser la esposa de Matías, por más que éste fuera el dechado más perfecto de nobles cualidades, era sacrificar sus ilusiones más queridas, renunciar a la felicidad que tanto había soñado en sus momentos de dulcísima abstracción, echarse encima el peso de un martirio continuado, y doblar el cuello al yugo de la más repugnante servidumbre, que no otra cosa es ni puede ser el matrimonio sin amor.

Ella quería a don Jacinto con todas las ternuras de su alma, con todos los arranques de su ser, con todos los anhelos de su rica juventud, y había jurado ser de él en absoluto, aunque tuviera que pasar osadamente por sobre todos los escrúpulos del mundo. Ante aquella grandeza de su amor valían poco o casi nada la limpieza de su nombre, la honra de su casa, los cuidados de sus padres, el temor mismo de Dios. Y cavilando, cavilando de tal suerte, de repente aparecía en el fondo de su imaginación la figura de aquel hombre por quien tanto había gozado y padecido, y una lágrima corría por sus mejillas de sólo imaginarse que jamás volvería a verle, a sentir la voz ardiente de sus la-

bios, ni a escuchar sus palabras cariñosas, que sonaban en su alma como divina música.

Por consiguiente, antes de que Matías fuese a cometer un disparate, revelándole a Gertrudis lo que había, lo que importaba era dejarse de consideraciones, obedecer a los impulsos de la naturaleza, echarse ciegamente en brazos del destino, y aceptar las consecuencias que sin duda surgirían de aquel paso.

Y del modo que lo pensó lo hizo en breve.

Postrada de cansancio, acezando de fatiga y cubierta de sudor, como a las seis llegó Gertrudis acompañada de los perros, que traían la lengua afuera, encendida y palpitante, a consecuencia de la prisa del camino. En el banco de madera que había en el corredor, Gertrudis se sentó un rato a descansar, limpiándose los chorros de sudor con el pañuelo.

—Y ¿por qué se tardó tanto? —le preguntó su hija.

—Porque el fulano mercao ha sido pa mí hoy un puro inconveniente . . . Primero, que me costó mucho trabajo vender los coroticos que llevaba, porque lo quieren todo por el suelo . . . Después, que por comprar más baratos los trapitos que tú y yo necesitamos, anduve la seca y la meca hasta las tres, y eso con el estómago en un hilo, porque no había almorzao . . . Y en fin de fines, lo que me pasa siempre: que fuí a ver al señor cura y a la señá Socorro, y me dilataron que dió miedo. Esa

gente es tan buena con nosotros, que a una le da pena salirse tan ligero después de almorzar como un obispo. Al señor cura, que con mucho interés me encargó te saludara, le pregunté si no sabía algo de Felipe, y me contestó que nada. La tropa que salió de aquí, como que la han juntao con la que carga un Jefe de apelativo creo que Colina, que dicen que es muy guapo; y a según se barrunta por allá, el bochinche como que se acabará en poco tiempo, porque dizque al fulano Salazar lo tienen ya cercao pa cogerlo.

—Y ¿trajo la zaraza? —tornó a preguntarle Encarnación, desesperando de impaciencia porque la noche se venía a más andar.

—Allí está en el canasto . . . I.a compré de a real y medio, porque las más baratas son podrías. Ya la verás que es muy bonita, y el tendero me aseguró que no destiñe . . . Lo que sí es de flor es el bramante: sin maldita la pierna ni la goma, y doble que da gusto jalarlo, porque resiste como lona. Pal justán está buenazo.

Encarnación creyó que el momento había llegado, y díjole a Gertrudis:

—Pues bueno, mientras que usted descansa y se desviste, yo voy a la pulpería en un instante. ¿Le parece?

—Y eso, ¿a qué, mujer?

—A comprar un poquito de aguardiente pa echarme en la cabeza. No se figura usted lo que me

duele, y de golpe se me planta un tabardillo con el sol que cogí hoy en la lavada.

—Vete, pues; pero eso sí, anda ligero, porque ya va a cerrar la noche. Acuérdate de que esos melitares andan sueltos por ahí.

Encarnación, que acababa de bañarse y de peinarse con esmero, entró sobre la marcha al aposento y se vistió de prisa con la ropa dominguera, sin olvidar ni los pendientes, ni el collar, ni el pañuelo azul de seda, ni el jipijapa nuevecito que le caía en la cabeza como una gloria. Gertrudis había ido a la cocina, con el fin de atizar la candela en el fogón y de informarse por sí misma de cómo estaba la comida aquella tarde, porque traía una gazuza soberana; y Encarnación se aprovechó de aquel instante para salirse en pinganillas, no fuera que Gertrudis maliciase alguna cosa al verla tan galana.

Una vez del lado fuera del tranquero, apretó el paso hasta llegar frente a la pulpería, para ver si divisaba por allí a don Jacinto. Con el fin de ver mejor, sin que advirtiesen su presencia, se agazapó detrás de un espeso matorral. La pulpería estaba llena de campesinos que regresaban a sus chozas, muchos de ellos cargaban para entonces cuando menos medio frasco de ginebra en la cabeza; la algazara que formaban aturdió; el pulpero iba y venía como un azogue del un extremo al otro, sin dar abasto a la demanda; y los pollinos mientras tanto, atiborrados de sueño y de pereza, asediados por las moscas y resistiendo el volumen de la

carga que les habían encaramado en las costillas, inclinaban la cabeza contra el suelo, descolgaban las orejas con visible abatimiento, meneaban con displicencia el rabo, meditaban con gran filosofía acerca de lo arrastrado de su suerte, y pedían, no sé a quién —quizá a Dios— que sus amos acabasen de llegar a las casucas, lejanas todavía, para refocilarse ellos con la provocativa yerba que verdeaba en los potreros.

Por más que atisbó bien al interior, Encarnación no logró ver a don Jacinto. Esperó un rato, y nada: aquél no parecía. La pulpería se fué desocupando poco a poco, y los alegres campesinos, tambaleándose los unos, espontaneándose los otros en lenguaje no nada edificante y chorreándose los más de escupitajos la pechera, desperdigábanse, camino de sus casas, prendidos del rabo de los burros.

La noche se echó encima, pero trayendo afortunadamente un ejército de estrellas capitaneadas por la luna. Encarnación se movía de un lado a otro desesperando de impaciencia. El pulpero encendió luz, y desde afuera podía la muchacha, saliendo ya del matorral, observar a quien entraba sin ser vista, y esperar de centinela media hora todavía. Estaba resuelta a no marcharse hasta no hablar con don Jacinto, que tardaría poco de seguro.

En eso entró a la pulpería un muchacho de la hacienda. Compró algo y volvió a salir en la misma dirección que había traído. Encarnación se puso

en marcha, le alcanzó, y emparejándose con él, le dijo:

—¿Qué hay, Patricio?

—Nadita, Encarnación . . . ¡Caramba y qué milagro verla a usted a estas horas por aquí!

—Es que ando en un negocio de interés —contestó Encarnación, tratando de despistar así la curiosidad del mozo—. Dime, ¿don Jacinto está en la hacienda?

—No, no está. Pa Maraure ganó como a las cuatro, y todavía no ha llegao.

—Pero, ¿él entro por aquí?

—Algunas veces, porque otras allega por la puerta de golpe del potrero.

—¿Tardará mucho?

—No lo creo, porque tiene que despachar temprano a los catorce piones que han de moler mañana . . . ¿No los oye en gran chacota? Pues allá están en el trapiche, esperando a don Jacinto.

Con lo cual Encarnación se dió por satisfecha, regresó a la pulpería, tomó camino abajo, y fué a situarse a la entrada del sendero que conducía a su casa, una cuadra más allá de la puerta de golpe indicada por Patricio. En medio de aquella soledad, a la muchacha se le encogía el corazón de horrible angustia, por temor de que Matías pasase por allí y fuese capaz de cometer con ella un desatino.

No se oía sino el rumor sonoro de la naturaleza, ese rumor solemne producido por la nota continuada de los grillos, por las ráfagas del viento, por el

bullir de los raudales, por el sacudimiento constante de las frondas, por la respiración de cuanto vive en el regazo de la madre inmortal y soberana. Ruidos más intensos estallaban de improviso en medio del rumor uniforme que salía de todas partes, y Encarnación brincaba sobrecogida de terror, se agazapaba tras el monte y esperaba con anhelo.

De pronto percibió sobre el menudo cascajo del camino el ruidoso pasitrote de una mula encasquillada, y las manos se le pusieron frías, y una ola de sangre le corrió desde los pies hasta el cerebro, y comenzó a palparle el corazón de una manera inusitada. A poco don Jacinto pasó por frente a ella; pero a pesar de sus esfuerzos no pudo conocerla, por lo cual se limitó a pronunciar:

—Muy buenas noches.

—Muy buenas, don Jacinto —le contestó Encarnación.

Ello fué lo suficiente para que entonces él la conociese por la voz, y sofrenando la mula acto continuo, y haciéndose el sueco todavía, preguntó:

—¿Como que es Rosita Tello?

—No, señor, que equivocándose va usted; pero es que como ya me echó en olvido, ni siquiera me conoce. ¡Así es el mundo!

Allí mismo don Jacinto se acercó a la muchacha, y fingiendo gran sorpresa al saludarla, exclamó con muchísimo aspaviento:

—¡Caramba, si es Encarnación . . . ¡Pero cuán-

do me había de figurar que anduvieses a estas horas por aquí! . . . ¿Cómo estás?

—Buena por lo que es salú.

—Pues es lo suficiente. ¿Qué más quieres?

—¡Qué sé yo!

—¿Malas noticias de Felipe, acaso?

—Ni lo piense tan siquiera.

—¿Entonces?

—Que tengo una recia enfermedadá que ya me mata y que no atino a explicar de ningún modo.

—¿Podría curarte yo?

—Tampoco sé.

—A ver, y ¿qué es lo que te pasa?

—¿Lo que me pasa? . . . ¡T'antas cosas!

—Decirlas no es difícil.

—Pero la ocasión no alcanza, porque yo estoy de prisa ahora.

—Es que en queriéndola tú, nada más fácil que buscarla.

—Pues ésa es cosa suya —contestó Encarnación, mordiéndose los labios.

Don Jacinto se inclinó y le preguntó muy quedo:

—¿Quieres que vaya esta noche por tu casa?

—Y ¿cómo es que hace un siglo que no va?

—Porque tú me has obligado a no volver.

—¡Caramba, no lo diga, que da rabia!

—Escucha, y si yo fuera, ¿me esperarías donde siempre?

—La pregunta está de más; pero váyase con

tiento, y ojalá que pueda hacerlo por entre los cercaos, porque alguien nos atisba con empeño.

—¿Matías, acaso?

—El mismo.

Don Jacinto reflexionó un instante, y luego dijo con la mayor curiosidad:

—Pero dime, ¿por qué te encuentro aquí? ¿en qué negocio andas? ¿acaso Gertrudis está enferma?

—No, señor. Fué que al regresar de su pulperia de usted, a donde fui a comprar un poquito de aguardiente pa echarme en la cabeza, escuché el pasitrote de la mula, y por curiosa me paré a ver quién era.

Dicho lo cual, Encarnación se volteó con mucho asombro hacia el cercado, porque acababa de sentir algo así como el rumor que produce una persona al caminar con mucho tiento sobre las hojas secas, y agregó:

—Pero mire, don Jacinto, váyase ya porque no puedo estarme más . . . Después conversaremos.

—¿Sin falta entonces?

—Y no se olvide de mi encargo.

—¿No me engañas?

—No lo engaño.

Encarnación se deslizó a la carrera por el sendero angosto; don Jacinto arreó la mula con las riendas camino de su casa, y Matías, brotando de la arboleda oscura como una aparición inesperada, sentándose a la orilla del camino y vomitando una indecencia formidable, refunfuñó en seguida:

—Aquí me estoy hasta que pase . . . Y lo que es

ella, esta noche va a saber pa qué nació . . . Lo que quiero es reventaros a los dos, porque de otra manera no me deja gusto . . . Por fortuna estoy borracho, y medio loco, y qué sé yo qué diablos más . . . Poner a mi tía en los retazos de lo que está pasando, sería lo más derecho; pero eso no lo hace ningún hombre que se estima, ni con hacerlo. Encarnación se ablandaría . . . Nada, que lo mejor es pecho al agua; y después que en ella esté, aunque me ahogue . . . y se ahoguen los demás.

Don Jacinto arribó a la pulpería, y llamando a un lado al mozo, le preguntó en voz baja:

—Dime, ¿Encarnación Bobadilla ha estado aquí esta noche?

—No, señor.

—¿Ni la has visto pasar camino abajo?

— Tampoco, no, señor.

El encuentro con la muchacha le llamaba la atención sobremanera, porque ella no salía a tales horas, a menos que anduviese con Gertrudis en alguna diligencia. Y lo que había en dos platos era, para hablar con claridad, que don Jacinto sentía un escozor inaguantable, una mezcla de desconfianza y celos. Pero cuando llegó a su casa, y Patricio le dijo estas palabras con misterio: —Mire que Encarnación vino a buscarle ahora poco— la desazón se le volvió pura alegría, bebióse hasta dos dedos de coñac y se sentó a comer con apetito extraordinario.

XIV

Sorbiéndose los aires, asustándose de su propia sombra y volteando para atrás con cruel angustia, porque el miedo la hacia imaginarse que alguien la iba persiguiendo, Encarnación salvó en diez minutos la distancia que habia hasta su casa. Sin hacer bulla ninguna, recorrió los lustrosos varales del tranquero, y remangándose la enagua por detrás, caminando de puntillas y haciendo por la derecha un rodeo conveniente, se metió con sigilo al dormitorio, en un santiamén se desvistió, y respirando con notable ruido, se fué derecho a la cocina, donde Gertrudis se tomaba un chocolate succulento que a nada más olía que a la mismísima raja de canela.

—Pero, mujer, ¡qué dilación! —dijo la madre cuando la vió aparecer en el marco de la puerta.

—No tengo yo la culpa, sino la pulperia, porque la habían cerraó. Me tuve que esperar hasta que el dependiente acabara de comer.

Gertrudis alzó el coco lentamente, y sorbió con delicia el espumoso chocolate.

—Y de casualidá —murmuró luego— ¿no te encontraste con Matías?

—No, señora.

—Es que esta tarde andaba el pobrecito de remate.

—Pues por ahí dizque la ha cogido ahora —repuso Encarnación de mala gana, encogiéndose de hombros con desdén.

—A mí me parte el alma verlo así —dijo con lástima Gertrudis— no sólo porque es sobrino de Felipe, sino porque parece de oro en polvo . . . Y en resumidas cuentas yo no sé qué es lo que le pasa, ni por qué se ha tirao al estricote . . . Me le acerqué esta tarde pa preguntarle qué tenía, y me contestó que andaba así pa olvidarse de las penas . . . Pero, ¿qué penas tendrá él? . . . Me dió ganas de llorar el infeliz, porque limpiándose las lágrimas me dijo: —Mire, tía, quiérame mucho, porque yo soy muy desgraciao.

Encarnación estaba en ascuas. Desde el principio de la conversación se figuró que Gertrudis la iniciaba con tales circunloquios y rodeos, para no ser tan brusca en lo que de seguro iba a averiguarle. Afortunadamente se calló, y todavía paladeando el chocolate, arrellanada en la banqueta, empezó a cabecearse. El cansancio la rendía y el sueño la dominaba en absoluto con los efluvios de su opio. Encarnación se serenó; sus nervios se aflojaron con dejadez dulcísima ante la perspectiva de aquel

sueño que parecía ser de plomo, y en sus ojos se encendió el esplendor anticipado de la felicidad.

Rezaron el rosario a rempujones, porque Gertrudis, cada rato, se demoraba en el camino. En ocasiones tartamudeaba apenas la oración, y columpiándose sobre las rodillas, como al soplo de los vientos un arbusto sobre el tronco, doblaba la cabeza y se dormía. Terminaron al fin como Dios quiso, y Gertrudis, desnudándose de un salto, se acostó para dormir serenamente, sin pesadillas ni visiones, como duermen las gentes bondadosas, las honradas, las que aman la justicia y viven para el bien.

Segura en absoluto de que aquel sueño era profundo, Encarnación volvió a salir, echó la mano a dos cabestros que guindaban de un clavo tras la puerta, aseguró los dos mastines por el cuello, y terca del chiquero los amarró contra un naranjo. En seguida alisóse los cabellos, vistióse con la ropa que por la tarde se había puesto, echóse agua florida en la garganta y en los brazos, y masticando una conchita de canela, se sentó en el corredor, dejando, para cualquier suceso inesperado, entreabierta la puerta de la sala.

Pocas noches como aquella. Ni un celaje había en el cielo, que parecía rotonda azul de porcelana. Cada constelación se veía distintamente, precisa, luminosa, con los estremecimientos que el rayo de sol vivo produce en las facetas del brillante. Solitaria, misteriosa, cargada con la esencia del ensueño,

la luna señoreaba los espacios y volcaba sobre el mundo las ánforas de la melancolía. En contorno, las montañas semejaban anfiteatro gigantesco, y allá en la altura la vagabunda exhalación se encendía de improviso como un penacho vívido de oro. El campo todo se veía como cubierto por un baño de espléndida blancura, pero blancura inexpresable, semejante a una gasa de espuma espolvoreada de átomos de sol. Olor potente se escapaba de la tierra; la cascada retumbaba en las entrañas del abismo como un trueno prolongado; el viento se dolía en las obscuras arboledas de no sé cuáles tristezas — ¡quizás las de la raza indígena extinguida! — y la naturaleza pulsaba su grande arpa de numerosas cuerdas en el regazo esquivo de los bosques.

¡Cuán cierto es que el que espera desespera! Encarnación se rebullía cada rato en la banqueta donde se había sentado, y las horas le parecían eternidades. Era tan fuerte la impaciencia que sentía, que más de una vez llegó a creer que don Jacinto, por vengarse, la había hecho esperar como a una lerdá. Pero en el acto comprendía que aquello era el delirio de la fiebre que la tenía fuera de sí, producida por el impulso irresistible del amor, por el miedo de que Matías cometiese un disparate, por el silencio que reinaba a aquella hora, por los distintos pensamientos que le ardían en el cerebro, por el ansia misma, en fin, con que esperaba a don Jacinto. Y después que se angustiaba lo indecible

por suponerse víctima de la más pesada burla, volvía sobre sus pasos y exclamaba en su interior con alegría indecible:

—¡Caramba, si no es tarde! . . . ¡Los gallos no han cantao todavía! . . . ¿Habrás visto una mujer más rematadamente loca?

Cual si viniese del camino, pero medrosa, espeluznante, enteramente ahogada, de pronto oyó una voz que le decía:

—¡Encarnación!

El espanto se apoderó de ella le dió un horroroso escalofrío, los miembros todos le empezaron a temblar y acurrucóse cuanto pudo.

Siempre ahogada, pero distinta y más intensa, la voz tornó a decir:

—¡Encarnación!

Aquello era capaz de amedrentar al más valiente. ¿Quién la llamaba y desde dónde? No podía ser don Jacinto, porque su seña era un silbido largo y recio. Pero, ¿qué otra persona iba a llamarla a aquellas horas? ¿Sería alguna bruja, algún aparecido, alguna ánima en pena que venía a suplicarle algún responso? ¿Habría muerto Felipe en la campaña, y era su alma misma la que quería avisárselo al emprender el viaje de donde no se vuelve nunca? La muchacha se cubrió el rostro con las manos, porque ya le parecía que su padre, indignado, furioso, amenazante, salía de la arboleda como un fantasma blanco para pedirle cuenta de aquel comportamiento tan indigno.

Y otra vez, precipitada, temblorosa y más cercana, la voz dijo con vehemencia:

—¡Encarnacioón! . . . ¡Encarnacioón!

La muchacha trató de levantarse para huir des-pavorida; pero entonces vió que el pato, saliendo de detrás de la casita, estirando y encogiendo la cabeza, y con las alas blancas extendidas por el suelo, se iba caminando hacia la troje donde dormía la pata.

Las ganas que le entraron a la chica fueron de estrangular al hermosísimo animal; pero en tal guisa se encontraba, cuando escuchó un silbido largo que resonó en su corazón como un acorde melodioso, y olvidándose de todo, corrió hacia el cercado con el alma desbordante de alegría.

Incorporándose en la rama del fragante limonero, y después de dirigir una mirada escrutadora en torno suyo, de contar las tres gallinas que los merodeadores le habían dejado apenas, de contemplar el firmamento con fijeza y de erguirse como soberbio emperador sobre sus curvos espolones de combate, el gallo sacudió en aquel momento las alas con estrépito, e interrumpió con el primer ¡*cu-curu-cuuú!* el profundo silencio de la noche.

Don Jacinto estaba ya del lado dentro del cercado, con el revólver en el cinto, camisa garibaldi y enorme jipijapa de ala vuelta sobre el rostro.

—¿Qué era lo que tenía, ah? —le decía Encarnación, poco después, estrechándole una mano con

carriño—. Treinta y seis días hace hoy que no lo veo, y usted no sabe lo mucho que he sufrido por usted . . . Y ¿se creía usted que una es de hierro? . . . Pues sepa que mientras usted no se acordaba de esta infeliz que lo quiere con el alma, yo me moría de pesadumbre . . . ¿Qué le pasaba? ¿Por qué diablos no volvía? Por ingrato, ¿no es verdá?

Y le miraba a los ojos con dulzura, deslumbrantes los suyos de emoción.

Pasado aquel primer trasporte de entusiasmo apasionado, que era un desbordamiento incontenible del afecto tanto tiempo comprimido, Encarnación le preguntó:

—¿Hizo lo que le dije?

—No, por temor a una culebra; pero subí por la orilla del cequión.

—Pues véngase conmigo, porque aquí estamos mal . . . Yo tengo mucho miedo . . . Matías es capaz de un disparate, y esta noche, pa mayor calamidá, anda borracho . . . Figúrese que allí, agazapao detrás de aquella piedra, nos ha oído cuanto hemos conversao.

Don Jacinto desenvainó el revólver, y en el acto se dirigió a la piedra. No había nadie. Al regresar; Encarnación le llevó hasta la cocina.

Se hallaba ésta situada a la mano siniestra del tranquero, casi casi pegada a la casita, de tal manera que de un brinco se pasaba del corredor de la una al de la otra. El techo era de paja, en forma

cónica, y de carrizo las paredes, con una capa de mezclore por encima.

Cuando entraron, los tizonos rojeaban todavía en el fogón al través de la ceniza.

.....

Así que trascurrió como una hora, del fondo de la arboleda que hacía frente a la cocina, se vió salir un hombre de siniestra catadura. Miró a todos lados con fijeza, a fin de cerciorarse de que todo estaba en calma, y avanzó con paso lento pero firme, procurando esconderse bajo la sombra de los árboles, sin hacer ningún rumor al caminar, tratando de acallar el que salía de su pecho y conteniendo la fatiga de su respiración cuanto le era dado. Llegó a la puerta de la cocina a poco, y cogiendo con suma habilidad las dos argollas, de forma que no fuesen a sonar ni aun del modo más sutil e imperceptible, las amarró con un pedazo de mecate. Pegó el oído a los carrizos, pero nada oyó. Una sonrisa se dibujó en sus labios, una sonrisa amarga como el absintio del despecho, dolorosa como el negro desengaño, siniestra como el crimen. Quedóse inmóvil buena pieza, miró hacia la casita con una mirada de melancolía profunda, y dos lágrimas inmensas saltaron de sus ojos. En seguida se escondió tras la cocina, rascó un fósforo en la caja, aplicó la llama al techo y se marchó a toda prisa por la arboleda oscura.

Aquel hombre era Matías.

Impulsada por el viento, en el acto la llama tomó cuerpo sobre la seca paja, y chirriadora, amenazante, horriblemente luminosa, se levantó cual enorme pirámide de oro, restallando como un látigo, inundando los espacios de humo espeso, lanzando como un árbol pirotécnico ramilletes de chispas encarnadas, rugiendo sordamente al sentirse fustigada por las ráfagas nocturnas, y despidiendo en torno suya rojiza claridad. Las chispas estallaban con furor, los palitroques gemían al retorcerse y consumirse, el humo escalaba las alturas como soberbia espiral negra, y la enardecida llama, desgarrada en mil pedazos, flotaba al viento como bandera ígnea.

Llenos de espanto inexplicable, los perros destrozaron las cabullas con los dientes, y comenzaron a ladrar con desesperación: acompañado de las gallinas, el gallo se tiró del limonero y corrió des-pavorido por debajo de los arbustos rojamente iluminados; los dos patos arrancaron el vuelo con estrépito, y en numeroso enjambre los pájaros huyeron de sus nidos.

El incendio se transmitió a la casa con rapidez extraordinaria, y mientras ardía el techo con ruido pavoroso, los carrizos de la cocina, al reventar con furia, estrangulados por las llamas, simulaban el nutrido tiroteo de un combate. Las encarnadas chispas, ondulando como sierpes, cayeron sobre el tablón de caña, y también el tablón comenzó a ar-

der. Diez minutos después parecía un mar de púrpura esplendente, en cuyo espacio las llamas semejaban un tumulto de espadas retorcidas y sangrientas.

El que primero se dió cuenta de lo que sucedía, fué don Jacinto; e inculpó a Encarnación con un grito que parecía un rugido, y corrió a abrir la puerta; pero la puerta resistió a los embates de sus músculos de bronce. Estupefacto, medio loco, escuchando el rumor sordo de la llama, sintiendo en la cabeza los manojos de chispas que caían y haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró meter los dedos por la rendija que se abría en la parte de abajo de la puerta, y volvió a sacudirla con toda la energía de sus brazos: pero nada, aquello era imposible.

—¿Qué significa esto, Encarnación? —bramó entonces con espantable acento.

Pero Encarnación corría de un lado para otro con el semblante horriblemente descompuesto, dando gritos de terror, sacudiéndose las brasas que le caían encima y retorciéndose las manos con indefinible angustia.

—¡Infame, canalla, bandolero! —era lo que exclamaba con voz ronca en tan supremo instante, refiriéndose a Matías.

Las llamas descendían a la carrera, ardían ya los carrizos, el techo amenazaba derrumbarse, y don Jacinto, sudoroso, fatigado, impotente para

romper la puerta, maldecía y blasfemaba como un descamisado. La muerte era segura. Y ¡qué muerte tan horrible!

En eso se oyó fuera un alarido, y luego estas palabras:

—¡Encarnación! . . . ¡En dónde estás! . . . ¡Sal pronto, que te ardes!

Y Encarnación gritó con voz aguda:

—¡Aquí estoy en la cocina, pero no puedo salir porque la puerta está amarrada! . . . ¡Abra pronto, que me quemó!

La madre, medio loca, se precipitó al corredor de la cocina y trató de desatar el fuerte nudo; pero no fué posible. Encarnación entonces, súbitamente iluminada en medio de su gran perplejidad, cogió un cuchillo de la troje y lo pasó por la rendija baja de la puerta.

Pero en aquel momento se abrió un agujero por uno de los rincones de la izquierda, y un lienzo de cañizo cayó al suelo. Don Jacinto acabó de derrumbarlo, aun a riesgo de quemarse, con un sacudimiento heroico, y saltó por el boquete para huir al través de la arboleda, a tiempo que Gertrudis cortaba la cabulla con la vehemencia de las supremas desesperaciones, y que la pobre Encarnación se escapaba por la puerta.

Cuando llegó al patio seguida de su madre, que en vano trataba de explicarse, en medio de su tribulación, por qué su hija se encontraba en la co-

cina con la puerta amarrada por de fuera, los bahareques y los techos se quejaron de repente con quejido prolongado, y al fin se desplomaron con formidable estruendo. De la casa de Felipe no quedaba sino una brasa inmensa, un montón aún caliente de cenizas y el recuerdo venturoso de un hogar.

Gertrudis no pudo aguantar más, y cayó al suelo desmayada.

.....

Algunos vecinos acudieron como a la media hora, y casi al mismo tiempo regresó don Jacinto de su hacienda, a caballo, envuelto en su capote para evitar que se le viesan las notables quemaduras que cargaba en la camisa, acompañado de seis peones y fingiendo la sorpresa que era necesaria para salir bien librado en la partida.

—Pero esto ¿cómo ha sido? —preguntó con singular desembarazo.

—Don Jacinto, yo no sé -- le contestó Encarnación en igual tono, pero medrosa y aturdida en presencia del desastre.

Gertrudis, todavía descoyuntada, apenas suspiraba con angustia.

Estupefactos aún, los demás permanecieron en silencio.

Don Jacinto dió orden en seguida de que los

peones cargaran en brazos a Gertrudis, y el grupo se alejó. Delante iban los perros, los fieles compañeros de Felipe, cabizbajos y acezando.

Y así que nadie quedó por todo aquello, Matías salió de su escondite, avanzó con paso lento hasta las ruinas, y sombrío, taciturno, medio loco, atormentado por la voz de la conciencia, se sentó en una piedra a contemplarlas.

XV

La rápida campaña iniciada por el heroico Salazar había terminado su papel en Tinaquillo con la derrota y el desastre. Guzmán Blanco, a la cabeza del partido liberal de Venezuela, acababa de vencer al insurrecto y temible guertillero. De aquella gran tragedia no quedaba sino la sombra de un patíbulo regado con la sangre de un valiente; pero la influencia y el prestigio de un hombre superior en el desenvolvimiento de la política de Venezuela fueron desde entonces el sólido fundamento de la paz y el muro de granito contra el cual se estrellaba impotente el caudillaje.

"Vencido el enemigo común en la gran batalla de Apure —ha dicho en narración asaz verídica el general Guzmán Blanco— y festejándose la paz de un extremo a otro de la República, atravesó el general Salazar las fronteras de la Nueva Granada, y por el Alto Apure, Zamora y Portuguesa, se vino a las serranías que promedian entre los Estados Cojedes y Yaracuy. Allí concentró todos los restos oligarcas, que dispersos y sin esperanzas huían por

el sur y occidente de la República; empuñó la bandera del enemigo; cambió sus insignias, y renegando de su causa, proclamó la continuación de la guerra hasta sucumbir o dar en tierra con la obra de sus compañeros."

Salazar había ocupado a Potrerito, punto fuerte para defenderse con éxito y abrir operaciones. Con la certera previsión de su talento extraordinario, Guzmán Blanco se dió cuenta de la astucia con que Salazar quería atraerle, a fin de causarle el desconcierto con un golpe atinado y peligroso para las armas nacionales; y por comprenderlo así con perfecta claridad, y para contrarrestar sin pérdida de tiempo los estudiados planes de su rebelde adversario, ordenó a uno de sus tenientes que ocupase la plaza de San Carlos con ochocientos hombres, agregándole en seguida:

—Al saber que usted está allí, Salazar abandonará la posición que ocupa, con el designio de atacarle a usted y con la completa seguridad de destrozarle. Pues bien, defiéndase usted y sostenga los fuegos durante cuatro horas, tiempo suficiente para posesionarme yo de Potrerito con mi ejército.

La operación se practicó en el acto. El mencionado teniente entró a San Carlos y se atrincheró de firme. Súpolo Salazar, y abandonando a Potrerito, marchó contra San Carlos; pero al pasar por Pegones, caserío situado frente a Tinaquillo —como a las seis de la tarde y bajo el formidable

azote de una lluvia torrencial— algunos de sus amigos le dijeron:

—En Tinaquillo está Colina con setecientos hombres.

Salazar se detuvo en aquel punto, y resolvió asaltar al intrépido Colina en la madrugada del siguiente día, seguro de vencerlo en la pelea.

A la sazón, Guzmán Blanco ocupaba a Potrerito.

El combate decisivo de aquella insurrección, fue rápido, rabioso, encarnizado. El soldado venezolano, el de la intrepidez serena, el del coraje irresistible, el que ha ilustrado nuestra historia con acciones memorables, probó allí una vez más la estupeficiente bizarría de su raza. Tinaquillo dormía aún; la lluviosa madrugada lo envolvía con sus sombras: las casas parecían manchas negras, y del fondo del silencio se escapaban los tintineos de los sables, las voces de los centinelas, el rumor que levantaban los bridones. Las compañías estaban en sus puestos, los jefes hablaban por lo bajo, todos abrían los ojos y aguzaban los oídos para observar, si era posible a aquella hora de tinieblas, los menores movimientos del ejército enemigo. De vez en cuando resplandecía en la obscuridad la brasa de un tabaco.

Las cuatro y media eran cuando sonó la primera voz de alarma, y el combate se empeñó con formidable decisión de entrambas partes. Aquello fué una carnicería espantosa, una lucha tremenda

cuerpo a cuerpo, una arrogancia del heroísmo patrio al arma blanca. En la guerra de la emancipación hubiera sido un timbre más por la defensa del derecho y de la Patria; en nuestras luchas fratricidas, en las cuales se ha derramado tanta sangre generosa para sólo fecundar el ponzoñoso manzanillo del personalismo, es una acción luctuosa.

Salazar hizo prodigios de valor en el asalto; pero al fin salió vencido en la contienda heroica, y con un grupo de fieles compañeros corrió a guarcarse en las entrañas de las selvas, para que luego le hiciesen prisionero "en los montes mismos de que él solo en la República era conocedor". Siete Generales guzmancistas resultaron macheteados, entre ellos el intrépido Colina, el león de Coro, el viejo veterano de la Federación. El campo quedó lleno de cadáveres y heridos, de ellos los adalides sin fortuna, los esforzados combatientes por principios de que siempre hizo escarnio la ambición de los tiranos, los héroes sin nombre sobre cuyo sepulcro jamás cae la siempreviva del recuerdo, ni los caudillos vierten la voz de la alabanza, ni el genio de la Patria se lamenta con los trenos de la clásica elegía.

Al cabo de una hora, el telégrafo comenzó a funcionar con rapidez extraordinaria para llevar a todas partes la noticia, el triunfo decisivo de la causa de los pueblos, la resonante gloria del partido liberal y de su ilustre conductor. Como a la una de la tarde, Maraure aparecía engalanado

con la soberbia pompa de sus mejores días. Grímpolas, banderas, estandartes, gallardetes, festones y gurnaldas salieron a ostentar en las ventanas y balcones los alegres colores nacionales; circundado de coronas de laurel, el retrato de Guzmán Blanco, ora a pie, ora montado en arrogante pisador, ora en traje militar, ora vestido con levita ciudadana, se puso en dondequiera con encomiásticas leyendas; las campanas echaron a volar el repique de sus lenguas; los cohetes se prendieron en numerosa cantidad; las gentes voltearon los baúles y se vistieron con las galas domingueras; los granujas quemaron triquitraques a millones; las puertas de la iglesia se explayaron, y allá en el prebisterio hubo *Te Deum* solemnísimo, cantado por el cura, el sacristán, el organista (vejete langaruto que no entendía mucho de becuadros, sostenidos ni be-moles), los dos monaguillos y el barbero, el cual *becerreaba* con su enorme vozarrón lo que aquellos otros cafres desafinaban desvergonzadamente en toda la extensión del pentagrama.

Faltaba lo mejor, que era la publicación por bando del telegrama en que venía la noticia; mas no se crea que se hizo esperar mucho, ni que dejó de realizarse con la solemnidad que el asunto requería. A eso de las cuatro de la tarde comenzó la gran parada militar, cuyo recuerdo jamás se borrará en los anales de aquel pueblo, ni dejará de transmitirse a las generaciones que allí vayan aprendiendo a celebrar los triunfos y las glorias

de la Patria, o lo que es lo mismo, la matanza de hermanos por hermanos, el inmenso desastre que originan las tremendas pasiones y los odios implacables de partido.

Para ver desfilar la gran parada por en medio de la calle, la gente se agrupó en las esquinas, en las ventanas y balcones (los cuales no eran sino tres: el de la *casa de Gobierno*, el de la del señor cura y el de la de don Pedro Obando, prestamista de dinero, al tres por ciento cuando menos, con buenas hipotecas, propietario de haciendas de café que le daban un caudal todos los años, personaje influyente en la política y en todos los asuntos de la localidad, sujeto demasiado entremetido, pesado como un plomo, muy rotundo en el decir los mayores disparates, y muy pagado, archipagado de sí propio, a pesar de ser un bestia).

Abrían la marcha en el paseo militar los muchachos callejeros, llenos de sietes y remiendos los calzones, de tiras el andrajo de camisa, de sucio endurecido los cachetes y de negras porquerías la nauseabunda boca, y marchaban quemando triqui-traques, disparando hacia los aires los cohetes, soltando vivas y silbidos que aturdían por lo agudos. Seguía después la música, compuesta de un violín (a quien si Paganini hubiera oído, con toda seguridad que le rompe una costilla de un trancazo), un clarinete en *si bemol*, un estrombón de mete y saca, un triángulo asaz repiqueteado, la formidable tambora y los platillos. Aquellos facinerosos, muy

hechos cargo de la dificultad y creyendo que lo hacían a maravilla, iban tocando un *pasitrote* (composición del tuerto organista de la iglesia) en cuya segunda parte los instrumentos se callaban durante tres compases, con el fin de que solamente el bombo simulara los cañonazos de un combate. En seguida caminaban muy orondos los empleados del Distrito, vestidos con levita de remonte y llevando cucarda amarilla en el sombrero de felpa trasnochado. En último término marchaba un *batallón de infantería* (¡así se dijo, con la mayor frescura, en la revista que pocos días después se publicó en Caracas!), el cual no era batallón, ni aun siquiera compañía, sino un puñado de infelices campesinos que no sabían qué era lo que estaban celebrando, que no entendían el lenguaje militar porque jamás lo habían oído, que les decían flanco derecho y tomaban el izquierdo como que si tal cosa, los unos con el fusil al hombro y los otros terciándolo al revés, riéndose de su triste situación y provocando la rechifla de los espectadores. Todo lo cual no obstaba para que uno de los hijos del prestamista Obando, que era el capitán que los mandaba, deslumbrante de charreteras y cordones, transfigurado de olímpica soberbia, creyéndose en la cumbre de la gloria e imaginándose que era Napoleón en presencia de sus tropas después de la batalla de Austerlitz, pegase cada grito que hacía temblar la tierra. Al llegar a cada esquina, redoblaba el parche hueco, el hijo de Oban-

do mandaba descansar a sus soldados, recostábanse éstos con desgana en la boca de los chopos, arrimábase la gente en derredor del secretario de la Jefatura, y en voz atronadora leía éste el telegrama. Terminaba el secretario, y se quemaba de orden superior una docena de cohetes. Luego salía el Jefe Civil hasta el medio de la calle, y poniéndose en el épico tono que debía, gritaba a pulmón pleno, coreado por la turba de hombres y muchachos:

—¡Viva el Gran Partido Liberal!

—¡Vivaá!

—¡¡Viva el ejército vencedor en Tinaquillo!!

—¡¡Vivaaaá!!

—¡¡¡Viva el General Guzmán Blanco!!!

—¡¡¡Vivaaaá!!!

XVI

¿Qué había sido de Felipe mientras tanto? En una de las cargas al machete, de ésas en que el soldado venezolano se distingue por su pujanza arrolladora, Felipe cayó herido mortalmente, hendida la cabeza de un sablazo y revolcándose en la sangre que de ella le manaba en abundante chorro. Los soldados que recorrían el campo después de la pelea, le encontraron moribundo, echado en la sabana boca arriba, esparrancadas las dos piernas y con los ojos ya vidriosos y entornados. Allí mismo le hicieron reconocer por un practicante del ejército, y después de colocarle en una parihuela, le llevaron corriendo al hospital, donde se le cosió la ancha herida y se le administró la primera curación. Desde entonces la fiebre se apoderó de él y comenzó a delirar.

De su boca se escapaban, en manantial arrebatado, increpaciones tremebundas, rugidos espantables, lamentos de dolor supremo, palabras insultantes, y hasta blasfemias crispadoras que horrotizaban al nervioso sacerdote encargado de ayudar a

bien morir a los que iban entregando el alma a Dios. Aquello era el arranque irrefrenable del más hondo sufrimiento, la manifestación incontenible de la amargura en silencio reprimida durante cinco meses, el inconsciente desahogo de un alma combatida por todo género de dudas, recelos y temores. Cuanto de malo para sí había supuesto en aquellas largas horas en que hacía centinela por la noche; cuanto cruelmente padeciera, después que resonaba el toque de queda en los tambores y cornetas del cuartel, con los recuerdos de su casa: cuanto llorara a solas, acurrucado en un rincón y reprimiendo los sollozos, en aquellas madrugadas henchidas de fáticas visiones y misteriosos ruidos; todo salía ahora de su pecho, atropellándose a impulsos del delirio, como una protesta irremediable contra la torpe injusticia de los hombres. Y en su cabeza poblada de sospechas, en su alma ensombrecida por la duda, en su corazón llagado por el constante sufrimiento, los recuerdos de su hogar aumentaban su delirio, le agrandaban la impaciencia de la fiebre, le hacían revolcarse por la mugrienta estera, avasallado por la desesperación que consume y aniquila. El sacerdote le escuchaba con angustia, los soldados le miraban con piedad, los otros heridos trataban de aliviarle siquiera con palabras de consuelo, y el oficioso practicante, mozo listo y servicial de todas veras, le administraba los auxilios de la ciencia con entera decisión, como si Felipe

le hubiese tocado con sus gritos en lo más hondo del alma.

El sacerdote era un viejecito simpático y bueno como el pan risueño de semblante, encorvado un si es no es y de blancura sonrosada. El curato del pueblo lo servía desde quince años atrás; tenía la cabeza como un copo de algodón, y sus cabellos resaltaban vivamente bajo el ala del redondo sombrero de terciopelo negro; de los dientes no le quedaban ni raigones al relés de las encías; los vivarachos ojos, azules como cuentas, le llameaban al través de los brillantes espejuelos encajados en óvalos de oro; caminaba muy despacio y apoyado en un bastón de argentada empuñadura; fumaba tabaco a todas horas; tertuliaba por la noche, en la botica, con el médico del pueblo, los ricachones de más fama, el Jefe Civil de la parroquia, el sacristián y el boticario; usaba el balandrán desabrochado por delante, y aunque su nombre de pila era Leonardo, en el pueblo no le llamaban de otro modo que el padre Vasconcelos.

Vivaracho y suspicaz como ninguno, caritativo de verdad y generoso hasta rayar en temerario, desde el punto en que a Felipe le acometió el delirio, comprendió que en aquella alma sucedía algo extraño, y se propuso administrarle todo género de auxilios. Cuando Felipe volvió en sí, en el momento echó de ver el interés con que el padre Vasconcelos le atendía, le consolaba, le infundía fuerza y valor con su lenguaje bondadoso, le ser-

vía de solícito enfermero y se dolía del abandono en que le habían dejado. Felipe le contó la historia entera de su vida, le reveló sus penas, le abrió su corazón, y el buen viejo, desde entonces, le puso más cariño, y se dolió todavía más de su ingratisíma fortuna. Comprendió que era un sujeto de excelentes cualidades, un corazón de oro, un alma retemplada por la virtud austera, y le halló digno de su estimación. Para embobar el tiempo, y distraerle de algún modo, solía hacerle preguntas acerca de las costumbres de Maraure, y charlotear de seguido horas enteras. Al cabo de ocho días se trataban como dos viejos amigos; pero Felipe sabía darse cabal cuenta de su inferioridad, y lo que aquel sacerdote le inspiraba era veneración profunda.

Mejorándose hoy para recaer mañana, sintiendo un desasosiego horrible, soportando las curaciones sin quejarse del dolor que le causaban, combatido por los ardores calcinantes de la fiebre y sumido en un silencio impenetrable cuando el padre Vasconcelos no estaba por ahí, el pobre conuquero, durante quince días, luchó a brazo partido con la muerte. Tendido en un rincón, enflaquecido hasta contársele los huesos, envuelta la cabeza en un pañuelo de madrás, desencajado el rostro y con los ojos inmensamente hundidos, lo que pedía a Dios era salud para volver a trabajar, aunque de su heredad no quedase para entonces sino el sitio. No obstante que iba mejorando poco a poco, le

parecía que el practicante le engañaba; las horas se le antojaban días, y cada nuevo sol que apuntaba en el Oriente era una nueva eternidad para su alma. Sólo cuando el padre Vasconcelos le obligaba a conversar, haciéndole preguntas respecto de su casa, Felipe cobraba animación, se distraía con los recuerdos que acudían de tropel a su memoria, casi casi veía en torno suyo a los seres que su alma idolatraba, sus ilusiones renacían como brotes de maíz recién plantado en los barbechos, la esperanza de recobrar pronto la salud le calmaba con su influencia bienhechora, y cuando el sacerdote se alejaba camino de la iglesia, quedaba más tranquilo, ofreciendo a la Virgen del Carmelo y al Santo Cristo de *La Pascua* numerosas promesas por su pronta mejoría que lentamente iba pintando inequívocas señales.

Pero cuando más padecía era al principio de la noche, porque todo servía para evocarle, vivas como la misma realidad, las memorias de aquel rincón querido cuya tranquilidad no cambiaría él jamás por todos los encantos de la tierra. Los caminos, las veredas, el cequión, el rumiar del toro negro a la sombra del naranjo, la llegada de las vacas cuando brillaba el primer fulgor del día, las pláticas con su hija y su mujer a la puerta de la sala, en tanto que los tres desgranaban el maíz repantigados en el suelo en un petate; todo surgía poco a poco en el fondo de su imaginación, y al fin no podía menos que llorar para sentir algún alivio. Mientras que una que otra voz cantaba allá a lo

lejos, al son del guitarrillo, esas coplas populares en que el llanero pone todo el sentimiento de su alma enamorada; mientras se oía distinto cada rato el alerta de las centinelas; mientras los demás heridos dormían profundamente, Felipe velaba en el silencio de la media noche, sin acordarse para nada de lo que había en torno suyo: — aquel cuarto ruinoso, descascarillado y lleno de telarañas negras; aquellos pobres hombres tendidos sobre esteras en que la sangre se había secado ya, cubiertos de hilas y adhesivo, fieramente acuchillados en la cara y en los hombros; aquella mancha de mortecina claridad que se metía por la puerta y que arrojaba el candil del corredor; aquel ruido de ratas que bajaban de los techos a llevarse las boronas que quedaban por el suelo, y alguna que otra vez, el tintineo de la culebra cascabel en los alrededores arrebuajados en la sombra.

Al cabo de quince días la herida comenzó a cicatrizar, desapareció la fiebre, pudo pararse haciendo un gran esfuerzo, y aunque muy descaecido todavía por la dieta rigurosa que el practicante le impusiera, empezó a hacer pinicos, a caminar por los corredores paso a paso, a vagar por las calles con una lentitud que daba lástima. Del fornido y robusto corpachón no le quedaban sino huesos envueltos en la piel; su amarillez parecía dada con jengibre; los ojos, antes vivos, ahora tristes y circundados de lívidas ojeras, se le perdían en lo profundo de las cuencas; los pómulos salientes, los

carrillos harto hundidos, el pronunciado afilamiento de la mandíbula inferior, le daban un aspecto de cadáver; las canas se le habían multiplicado en la cabeza, y la sonrisa había huido de sus labios. Su flacura quiijotesca, la intensidad de su mirada, la expresión entristecida de su rostro, el silencio en que vivía y la pesada lentitud con que iba recorriendo el empedrado de las calles, le hacían aparecer como un fantasma. Había veces que se paraba en una esquina, y se quedaba horas enteras contemplando el horizonte, inmóvil, cejijunto, distraído.

El primer día que salió se fué a la iglesia derechito, penetró en ella temblando de emoción, tomó agua bendita de una de las pilas empotradas en el muro, avanzó hasta el presbiterio, y arrodillándose trabajosamente ante el comulgatorio, puso a un lado el enorme jipijapa, juntó las manos con religiosa unción y comenzó a rezar. Del fondo de su alma, henchida con los fulgores de la fe, salía para remontarse al cielo, como fragante mirra, la acción de gracias a la Virgen por haberle devuelto la salud. Al terminar, besó el suelo varias veces.

De allí en adelante la mejoría fué acentuándose en él por manera halagadora. Recuperaba las fuerzas a la posta, la sangre tornaba a sonrosar la palidez de su semblante, le volvía la agilidad a los brazos y las piernas, y por lo mismo, y porque la guerra parecía haber terminado definitivamente, no pensaba en otra cosa que en pedir la licencia necesaria para emprender el camino de su pueblo.

XVII

Una mañana se presentó en el hospital una mujer cuyo pergeño parecía de cocinera, preguntando por Felipe. En el acto salió éste, y la mujer le dijo:

—¿Es usted el señor Felipe?

—El mismo . . . ¿Qué quería?

—Mucho gusto en conocerlo, y pa servirle a usted . . . Que le manda decir el señor cura que le haga el servicio de ir allá.

—¿El padre Vasconcelos?

—Sí, señó.

Felipe dejó a un lado a la mujer, y tomó inmediatamente la dirección de la casa parroquial. Receloso como vivía con todo, aquello no dejaba de extrañarle. ¿Para qué le quería el señor cura tan temprano? En un momento se le llenó la imaginación enfermiza de aludas y negras mariposas, y cuando tocó en la puerta del zaguán con los nudillos de los dedos, sentía dentro de sí la más desagradable sensación.

El sacerdote abrió la puerta, le saludó con gran

cariño, palmoteándole en el hombro, y le soltó esto a quemarropa del modo más cordial:

—¡Sargento Felipe, albricias!

Al pobre hombre le volvió el alma al cuerpo con aquella recepción tan halagüeña, y siguiendo al sacerdote, entró a la sala. La cual era pequeña, un poco sucia, telarañosa en los rincones, con pavimento de ladrillos, cielo raso de coleta, rinconeras de caoba muy labradas y cornisas de la misma edad del siglo. En un rincón había un butaque de vacueta muy lustrosa, con tachuelas amarillas que parecían de oro por el constante y largo uso; en otro un pequeño escaparate, montado sobre la mesa de escribir, donde tres o cuatro libros harto viejos dormían a sus anchas el reverendo sueño del olvido; en otro una banqueta, en la cual se veía desparramado, enseñando sus caracteres góticos y su papel amarillento, un breviario de singulares dimensiones. El cura estaba en bata, con chinelas de terciopelo negro, gorro de la misma tela con bellota de hilo de oro, alzacuello azul celeste bordado en mostacilla, y pantalones color de ala de mosca que a la legua se dejaban adivinar por lo raídos los cinco años que tenían de servicio continuado en la parroquia. La sala olía a tabaco, y el balandrán guindaba del ropero haciendo visos con el sol, que se metía por la ventana muy orondo y muy risueño, trayendo una caricia de la espléndida mañana.

—Conque, sargento Felipe, vaya usted preparando las albricias —volvió a decirle el padre Vascon-

celos con la mayor jovialidad, sobándose las manos y mirándole por encima de las enormes antiparras que iban por la ternilla de la nariz abajo—. Siéntese, siéntese usted, amigo mío, y dispóngase a recibir un alegrón como una pascua.

Felipe le miraba con los ojos muy abiertos, sin atreverse a decir nada, ni tampoco a imaginarse lo que aquello podía significar.

—Pues es el caso, amigo mío —agregó el cura— que anoche ya bien tarde me entregaron una carta; que en el acto rasgué el sobre para leer el contenido... y dentro me encontré con otra carta para usted, que de seguro viene de Maraure.

Los ojos de Felipe resplandecieron con alegría suprema.

—El señor cura y vicario de Valencia, que le supone a usted aquí con el ejército, me la recomienda mucho, y por eso le he llamado a usted tan de mañana.

Y el bondadoso viejecito, sacándose la carta del bolsillo, la puso en las manos de Felipe, que la cogió con avidez y se puso a darle vueltas, mirándola con ojos nublados por las lágrimas.

—Pero léala usted, hombre de Dios, y no se quede tan así, que de seguro ha de traerle noticias de su casa —se apresuró a decirle el padre Vasconcelos, observándole con gran curiosidad.

—Es que yo de leer no entiendo nada... Si su mercé me hiciera la caridá de lérmela ahora mismo, yo se lo agradecería de todo corazón.

—Por supuesto, amigo mío . . . Démela usted acá, que yo estoy a su servicio para eso y mucho más.

—Señor, Dios se lo pague.

El padre Vasconcelos rasgó el sobre, desenvolvió la carta, subióse los anteojos a su puesto, arrellanóse en el butaque y comenzó a leer. La carta era muy vieja y aparecía firmada por el cura de Marau-re. Decía así:

“Mi muy querido amigo y piadoso feligrés:

“Comienzo por decirle, después de saludarle tan afectuosamente como lo he hecho siempre, que ignoto por completo el paradero de usted; pero como supongo que no debe de encontrarse muy lejos de Valencia, a juzgar por los telegramas del general Guzmán, los cuales van indicando claramente los movimientos del ejército, escribo a la capital de Carabobo a una persona de eficacia como el señor vicario, para que él me haga el favor de encaminar la presente a su destino.

“Después de haberlo meditado mucho, porque el asunto de esta carta merecía meditarse largamente, me resuelvo por último a escribirla, aunque bien sé que las noticias que contenga le sumirán a usted en el más profundo duelo: pero es mejor que usted las sepa de una vez, porque por el camino podría dárselas cualquiera, abultadas por un lado y a retazos por el otro, lo cual sería, a no dudarlo, más triste y doloroso para usted. Ármese, pues, del valor que ha menester en semejante tran-

ce: pídale a Dios resignación y no se desespere, porque todos los mortales, a riesgo de incurrir en la impiedad, debemos conformarnos con los inescrutables designios del Altísimo”.

El cura no pudo menos que interrumpirse en este punto, y descargando una fuerte puñada en el brazo del butaque, redobló en alta voz:

—¡Bien dicho, hombre, muy bien dicho!

Felipe, mientras tanto, se estremecía de miedo al ver venir la tempestad que presentía con verdadero espanto, y un sudor frío le manaba de la frente a gruesas gotas.

“A raíz de la salida de usted de éste su pueblo, sobrevinieron en él y en sus contornos los mayores desatinos que nadie pueda imaginarse, a tal extremo, que la gente se escondía horrorizada. Numerosas partidas de uno y otro bando pasaron por aquí, poniendo empréstitos enormes, robándose todo, cometiendo atrocidades y sembrando el terror por dondequiera. Del conuco de usted cargaron con el toro, con las tres hermosas vacas, con los tiernos becerrillos, con el maíz y el papelón que había en el soberao, y con los diez sacos de café que estaban en la sala. Cuando le digo que arrearon hasta con las gallinas, ya podrá usted figurarse cómo sería el desorden. La pobre Gertrudis iba perdiendo el juicio aquella mañana pavorosa en que saquearon el conuco; y de cuál suerte sería la irrefrenable indignación que se apoderó de ella, que no obstante ser tan tímida, puso a aquellos desalmados como

unos trapos sucios a fuerza de insultarlos. Sólo que a ellos no se les daba mayor cosa de la estu-
penda granizada, sino que antes bien, la celebraban
con horribles desvergüenzas, salvajes carcajadas y
porquerías de la más baja ralea."

—¡Y sin embargo —bramó el cura, interrumpiéndose de nuevo y cogiéndose el asunto para él—, estos facinetosos, los unos y los otros, los de éste y aquel bando, tienen la audacia y el cinismo de llamarse liberales!

Apretando el corazón, lívido de coraje y con los puños descansando en las rodillas, Felipe escuchaba todo aquello inmóvil y anhelante.

"Para seguir viviendo, y aun eso a rempujones, Gertrudis y Encarnación tuvieron que echar mano de cuanto su habilidad les sugirió en semejantes circunstancias; y haciendo hoy unos sombreros de cogollo, amasando mañana para la pulperia, vendiendo al otro día lo que iba quedando en el conuco, lograron sostenerse, a tira que te alcanzo, como Dios las ayudó."

—¡Pero pobrecitas, hombre, pobrecitas! —tor-
nó a exclamar el padre Vasconcelos, realmente
condolido.

"Nada de esto vale mucho, sin embargo, com-
parado con lo que después ha sucedido. Nuestro
Señor Jesucristo ha querido poner la paciencia de
usted a dura prueba, enviándole tal suma de dolores
en sólo una partida. Porque ha de saber usted, mi
amigo, que una noche, a eso de las doce y sin saber-

se por qué causa, de buenas a primeras se declaró un incendio en la cocina del conuco, la cual quedó en breve convertida en un montón informe de abrasados palitroques; que las llamas se transmitieron en el acto a la casita, reduciéndola a cenizas y carbones con todo lo que había dentro de ella; y que las chispas cayeron en seguida sobre el canaveral que había detrás, plantado por usted con tantos sacrificios, para abrasarlo también todo en un momento. Cuando Gertrudis despertó, fué en medio de las llamas, y salió despavorida, dando gritos, llena de horribles quemaduras y creyendo que Encarnación había muerto achicharrada, porque por mas que la llamaba a grandes voces, ni la veía salir, ni de ella obtenía respuesta alguna. Al fin le contestó de la cocina, la cual ya iba a derrumbarse consumida por el fuego; pero es el caso que no podía salir de allí, a pesar de sus esfuerzos, porque alguien, que no se sabe quién, había amarrado las argollas de la puerta por de fuera; que Gertrudis trató de desatar el fuerte nudo, pero en vano; y que al fin Encarnación le pasó un cuchillo por la rendija que se abría en el dintel, cuchillo con el cual cortó el mecate. Ello es lo cierto que las dos mujeres se salvaron milagrosamente, y que aquella misma noche don Jacinto Sandoval, que supo en el acto lo ocurrido y como a la media hora acudió con varios peones de su hacienda, se las llevó para su casa.

"Ahora bien, según dice la misma Encarnación, ella se fué a la cocina aquella noche, después que

Gertrudis se acostó, a hacer un bebedizo de borraja y manzanilla, para ver si al tomarlo se aliviaba de una fortísima jaqueta que atrapó al mediodía lavando en el cequión. El sueño la rindió, y se quedó dormida como un tronco, hasta que el ruido del incendio la hizo despertar. Despavorida corrió hacia la puerta; pero la encontró cerrada: tiró de ella con toda la fuerza de sus rollizos brazos, y no consiguió abrirla. En eso oyó que Gertrudis la llamaba a grandes voces desde afuera, y entonces fué cuando la atribulada madre, después de lo que atrás he referido, logró cortar el nudo que amarraba las argollas. Pero ¿quién pudo amarrarlas y por qué? Semejante acto indica muchas cosas a la vez, que nadie es capaz de precisar, y la causa del incendio permanece todavía en el misterio más profundo. No falta quien le tire a Matías la pedrada, y se funda quien tal hace en que Matías le propuso matrimonio a Encarnación más de una vez, sin que ella le contestara de otro modo que con desdeñosas bur-las; y aun agregan por ahí que Encarnación procedía de tal manera inexplicable, dadas las excelentes condiciones de Matías, porque dizque tenía unos amores muy secretos con don Jacinto Sandoval. Yo no afirmo ni tampoco niego nada, porque para adivino, Dios. Es más aún, se me figura que tales sutilezas no se inventan sino para mantener siempre encendidas las charlas callejeras, obligado pasatiempo de éstos tan recónditos lugares, en donde el silencio aburre, las crónicas son raras y todo el

mundo trata, por lo mismo, de divertirse con el prójimo.

"Sin embargo . . ."

—¿Eseéh? —refunfuñó entonces el padre Vasconcelos como si estuviese solo; y abstraído por completo en la lectura de la carta, y atorándose con algo de improviso, y olvidándose de que Felipe estaba allí, escuchando con doloroso anhelo la terrible relación de sus amargas desventuras, murmuró:

—Lo que es el peine, ha parecido; y lo que es la muchacha, se me figura que la hizo en toda forma.

Felipe no despegó los labios; pero en el temblor de ellos, en la nerviosa crispatura de sus manos, en lo desencajado y amarillo de su rostro, en la horrible expresión de su mirada, en todo se dejaba adivinar las impresiones de rabia y amargura que en tan supremo instante combatían su corazón.

"Sin embargo, hay quien afirme que aquella misma noche, muy temprano, Encarnación bajó al camino real, que se paró frente a la pulpería, que preguntó a no sé quién por don Jacinto, que después habló con él en la boca del sendero que conduce hasta el conuco, y que don Jacinto subió a éste a eso de las doce. Una hora después fue cuando volvió a la hacienda con la alarma del incendio, y allí mismo salió acompañado de seis peones, que a poco regresaron trayendo a Gertrudis desmayada. Naturalmente, todo esto da mucho en qué pensar; y al agregarle el hecho de haber aparecido Encarna-

ción encerrada en la cocina, se acentúan las sospechas referentes a sus amores con el señor de Sandoval. Además, usted bien sabe que don Jacinto ha sido siempre un hombre asaz afortunado en esta clase de aventuras; y si a ello usted me junta la agravante circunstancia de que su hija Encarnación, a fuerza de sentirse tan feliz, ostenta hoy una hermosura que desde luego atrae las miradas de los hombres, y de que vive muy contenta, y de que el rico propietario le dispensa gran cariño y consideraciones tales que las otras mujeres de la hacienda no vuelven todavía de su asombro, tendremos que convenir forzosamente en que en esas hablillas callejeras de que antes me hago cargo, resalta un gran fondo de verdad. Mas con todo, y con mucho que falta por decir en este asunto sobremanera asendereado, y en resguardo conveniente de mi responsabilidad, repito a usted que yo no afirmo ni tampoco niego nada."

Al descansar en el final de este párrafo, el sacerdote miró al conuquero con fijeza por sobre los anteojos, y le preguntó con acento imperativo:

—¿Quién es el que le escribe esto a usted? . . .
¿Algún amigo suyo?

—A según dice el prencipio —le contestó Felipe con doloroso acento—, creo que es el señor cura de Maraure.

—¡Pues aunque sea el señor cura de Maraure —exclamó el viejecito briosamente, descargando otra fuerte puñada en el brazo del butaque—, es

un canalla! . . . ¿Me oye usted? . . . ¡Un solemnísimo canalla, indigno de su sagrado ministerio! . . . ¡Cañafistola, mi amigo, con el señor cura de Maraure! ¡Valiosa joya la que gastan ustedes en su pueblo!

“Me falta ahora dar a usted la más triste de las nuevas, y la que de seguro hará más mella en su afligido corazón, por lo cual debe echar mano de todo su valor para resistir el golpe. Se trata, amigo mío, de Gertrudis. Las distintas emociones que sufrió la noche del incendio, capaces todas ellas de abatir las energías más heroicas; la violentísima sorpresa que la sobrecogió al despertar en medio de aquel océano de fuego, que amenazaba devorarla con sus chirriadoras fauces; la insólita impresión que le produjo el gran rumor con que cayeta el abrasado costillaje de la casa; el recuerdo constante de usted desde que se verificó el incendio, juntamente con la idea de lo que usted iba a sufrir al encontrar perdido su mediano bienestar; y por último, las enormes quemaduras que tenía en todo el cuerpo, enfermaron a aquella buena esposa y excelentísima mujer. La fiebre se apoderó de ella con insólita energía, y al fin, después de haberse confesado y recibido la santa Extremaunción, entregó su alma a Dios el veintiséis de mayo a las doce de la noche. Hoy reposa en el rincón derecho del cementerio de Maraure.”

El sacerdote hizo una pausa, miró con honda lástima a Felipe y trató de infundirle algún con-

suelo. Con la cabeza doblada sobre el pecho, el pobre hombre lloraba como un niño.

"Réstame sólo, para acabar de cumplir este deber que me impone la amistad, decir a usted que el conuco se encuentra abandonado por completo, que el monte va creciendo a todo andar, y que si usted no vuelve pronto, lo que al fin encontrará será una selva asaz tupida y atestada de culebras. Encarnación está muy gorda, muy rosada y buenamoza; y por lo que a Matías se refiere, aunque la gente persiste en la creencia de que él fué el incendiario, ni hay manera de probárselo en la debida forma, ni tan siquiera indicios leves que lo hagan aparecer como culpable.

"Deseo que usted se encuentre en perfectísima salud; reciba en estas líneas mi más sentido pésame por la muerte de Gertrudis, y créame su amigo, su inútil servidor y afectuoso capellán — *Telésforo Raldíz.*"

Emocionado, silencioso, llena el alma de piedad y respetando el dolor del pobre hombre, el viejecito volvió a doblar la carta, la encajó dentro del sobre y se la entregó a Felipe, diciéndole en voz tierna y compasiva:

—Tome usted, amigo mío, y tenga resignación cristiana para que pueda soportar el peso de tanta desventura. . . Si usted me cree útil en algo, puede ocuparme con franqueza, porque estoy pronto a servirle.

—Señor. Dios se lo pague —repuso el conuquero

con voz estropajosa, oprimida la garganta y haciendo esfuerzos inauditos para no soltar de nuevo el llanto.

En seguida se despidió del sacerdote, salió a la calle hecho un imbécil, dirigióse a las afueras del poblado, y allá, en la sabana solitaria, se sentó en una piedra a sollozar aquel dolor inmenso que sentía en el corazón.

.....

—¡Infeliz hombre! —exclamó el cura cuando le vió salir—. Le han deshonrado la hija, se le ha muerto la mujer de pesadumbre y todo lo ha perdido en un momento . . . Y en resumidas cuentas, ¿por qué, vamos a ver? Por la patriotería soez, escandalosa y sin conciencia de este ilógico país; por principios que no valen dos pepinos, porque para que jamás se cumplan, mejor fuera que no los proclamaran con cierta avilantez que mueve a risa . . . Libertad, democracia, instituciones, garantías . . . ¡sí, hombre, mientras están abajo! Pero si agarran el poder veinticuatro horas, son capaces de reírse hasta de Dios . . . Quieren Patria, y fomentan el desorden; quieren libertad, y dan pábulo medroso a la tiranía del sable; quieren progreso, pero todo lo destruyen; quieren para la propiedad respeto, pero asaltan lo ajeno y se lo roban con el mayor cinismo; quieren derechos, y no hacen otra cosa que alimentar día por día el predominio de la fuerza

brutal y descarada, que es la de los guapos . . . No hay que darle vueltas: personalismo, personalismo, y nada más que personalismo, porque lo que es aquí, las ideas no tienen relación alguna con estas infames zalagardas de dos meses —monstruosas por lo híbridas— que hemos dado en la flor de llamar revoluciones . . . ¡Oh ambición desordenada de los pérfidos, oh crimen horrible de los desocupados, oh guerra civil eternamente lamentada y execrada por los hombres de corazón cristiano y de buena voluntad! ¡Maldita seas! ¡Maldita seas, sí, porque tú vives de odios que horrorizan, y todo lo profanas con la asquerosa baba de tus rencores implacables!

De repente el viejecito hizo silencio y se paró de firme en todo el medio de la sala, con las manos envainadas dentro de las faltriqueras, con la cabeza estirada hacia adelante, con los labios entreabiertos y mirando con recelo a la ventana.

Era que un oficial bajaba por la acera de la casa, golpeando mucho la metálica vaina del machete en los ladrillos.

XVIII

Felipe pasó el día sin comer, lejos del pueblo, solo con su amargura y afligido hasta la muerte. Abatimiento, dolor, indignación, tedio de la vida: he ahí las sensaciones que en su alma se iban sucediendo con cruel intensidad, para dejarla luego como descoyuntada.

Aquella misma tarde, antes del toque de oraciones, se personó en el cuartel, y pidió al General Julián Castro, que había quedado en Tinaquillo al frente de la mayor parte del ejército, la licencia para irse.

—Mi General —le dijo— ya usted ve que las razones no me faltan: por un lao, que estoy enfermo, y viviendo como vivo, no podré curarme nunca; por el otro, que la guerra ha terminao, y yo quiero volverme a mi conuco. Además, mi General, hoy recibí una carta en que me dicen que mi mujer ha muerto, que mi casa se quemó, que mi hija vive arrimada mientras llego, y que mis pocos intereses se han vuelto sal y agua. Póngase usted en mi caso, tenga compasión de todo eso, y hágame la caridad

de darme ahora mismo la baja, pa ver si me voy por la mañana con las primeras luces de la aurora. Acuérdesse, mi General, de que yo, aunque me sea feo el decirlo, me he portao como un hombre en la campaña, y que por tener vergüenza me han llenao de agujeros y canales. El ejército de mi tierra ya debe de haber llegao, y yo ando todavía por aquí sin hacer nada, viviendo como Dios quiere y aburrido hasta no poderse más.

La actitud de Felipe era humilde pero digna; su voz temblaba de emoción, y en su semblante se veía una sombra de tristeza abrumadora e infinita. Nada de ello pasó inadvertido para Castro, el cual, incorporándose en la hamaca en que se columpiaba perezosamente, llamó en seguida a un escribiente de la secretaría.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó al conuquero.

—Felipe Bobadilla.

—¿De dónde es?

—Del pueblo de Maraure.

—¿Qué grado tiene en el ejército?

—El de sargento.

Castro se dirigió al escribiente:

—Extienda usted ahora mismo —le ordenó— un pasaporte con las indicaciones mencionadas, recomendando muy especialmente al sargento Bobadilla a las autoridades del tránsito, como valiente servidor de la causa liberal. Expresé usted que va

enfermo a consecuencia de las heridas que ha recibido en la campaña.

Diez minutos después regresó el escribiente con el pliego, y Castro lo firmó.

—¿Qué necesita usted para su viaje? —volvió a preguntarle al conuquero.

—Mi General, no tengo ni un centavo.

Castro sacó dos morocotas del bolsillo del chaleco, y junto con el pasaporte se las entregó a Felipe, estrechándole la mano y diciéndole con cariñoso acento:

—Pues aquí tiene usted para los gastos del camino, y desde luego puede irse cuando quiera. Si le ocurre algún tropiezo por ahí, no tiene sino que presentar el pliego que le doy . . . Y mire, tome esta carabina, que le regalo yo, para que se defienda de cualquier vagabundo que quiera atropellarle.

—Adiós, mi General, y Dios le pague a usted el servicio que me hace.

—Adiós, sargento —dijo Castro.

Y volvió a coger la hamaca.

Felipe abandonó el cuartel y se dirigió a la casa parroquial.

—Mi padre —dijo al cura— vengo a decirle adiós, porque me voy ahora mismo.

El sacerdote abrió la boca con asombro, y exclamó todo asustado:

—Pero ¿cómo? . . . ¿De qué manera? . . . ¿No ve usted que si le cogen le habrán de castigar severamente?

—No, señor, porque ya todo está arreglado . . . El General Castro me ha dao licencia, y aguaita su mercé, aquí llevo el pasaporte.

—¡Caramba, pues ya eso es otra cosal . . . Pero ¿se va usted ahora mismo, así tan de carrera?

—Sí, señor, porque me urge volver a mi casa cuanto antes . . . Écheme la bendición, y no se olvide de encomendar mi alma al cielo.

El sacerdote se descubrió acto continuo la cabeza, y exclamó:

—Dios lo bendiga y lo lleve felizmente hasta su casa.

Entonces Felipe abrió los brazos en señal de despedida, y aquellos dos hombres de generosa índole se estrecharon tiernamente el uno contra el otro.

Al llegar a la inmediata encrucijada, Felipe se volvió hacia la casa parroquial, enseñó el cielo con el índice de la derecha mano . . . y se perdió de vista.

—¡Adiós! —le dijo el padre Vasconcelos por lo bajo.

Y dos lágrimas cayeron de sus ojos.

XIX

Felipe recorrió la larguísima distancia que había hasta su pueblo, en sólo ocho días. Ni los ardientes soles, ni las noches henchidas de peligros, ni el anómalo estado del país, armado todavía de todas armas, fueron parte a detenerle en la forzada ligereza con que iba. Para abreviar el tiempo, ganaba muchas veces por senderos excusados que se lo economizaban, aunque el terreno resultase por ellos más pendiente, más quebrado y más difícil de andarlo por lo mismo. Cuestas pedregosas, angostísimas veredas por entre recios matorrales, quebradas acrecidas por la lluvia, exuberantes plantaciones, vastos potreros henchidos de guinea, todo iba pasando ante su vista como un sueño. Caminó de día y de noche, sin entrar a las posadas sino para comprar un pan, un pedazo de queso y un frasco de aguardiente. Cuando tenía hambre, se sentaba en una piedra a la orilla del camino, se comía lo que llevaba en el morral, y luego bebía un trago; cuando le daba mucho sueño, se metía al corredor de alguna casa,

acostábase en el suelo y descansaba un rato, para seguir luego la marcha con más brío.

Al fin llegó a Maraure, pero triste, sombrío, acoquinado por el más hondo sufrimiento. Por no comer sino boronas, por no dormir sino a retazos, por beber mucho aguardiente, había vuelto a enflaquecerse. Los carrillos se le hundían, los pómulos se le afilaban, su amarillez era cetrina, su mirada tenía la vaguedad de la locura. Aquel hombre se moría de pesadumbre.

Sería la una de la tarde cuando pisó, casi borracho, la calle principal. La gente corría a saludarle con cariño, y él se esforzaba por pagar de igual manera todo aquello, que no se le antojaba sino humillante compasión: pero apenas contestaba con brevísimas palabras, y seguía caminando.

Cuando llegó al silencioso cementerio, y preguntó al sepulturero por la tumba de Gertrudis, el miserable empleado, después de saludarle con muchísima sorpresa, contestó:

—Aquella es, la que está en el rincón.

Era una tumba humilde, un revoque de ladrillos en derredor del cual crecía el monte entrelazándose con fuerza, se arrastraban las sucias sabandijas y cantaban los grillos por la noche la canción de los difuntos. En la juntura de la cruz colocada en un extremo resaltaba esta inscripción en un recorte de hojalata: *Gertrudis Almenar de Bobadilla*.

Felipe avanzó con paso firme, descubrióse la cabeza, se estuvo largo rato delante de la tumba, y

volvió a salir al cabo, taciturno, silencioso, inmensamente pálido. Su corazón era una úlcera.

Media hora después se detenía ante el tranquero del conuco, sin fuerzas para entrar, apretado el corazón, llena el alma de amargura. ¡Oh gran desolación! Lo que imperaba allí, pero con formidable imperio, era el silencio, la soledad, el abandono. Ni el trajín de las faenas, ni la presencia de su hija y su mujer, ni tan siquiera aquella casa levantada a tanta costa, aquel abrigo de su alma, aquel caliente nido de su amor: nada, nada. Al fin entró. Un tremendo escalofrío le circuló por todo el cuerpo, y los recuerdos le punzaron como espinas. Lo único que hablaba allí era el cequión, pero tan sólo para evocar los dulcísimos recuerdos de la felicidad perdida, que en la hora del infortunio hacían más cruel y abrumador el sufrimiento de Felipe. Las lagartijas corrían asombradas, el monte crecía con lujuria repugnante, el café se había caído y se pudría que daba lástima en el suelo, las culebras se rebullían con pereza bajo los agrios matorrales, el bochorno contribuía con sus vahos ardorosos a entristecer el alma, de cada fronda parecía que se escapaba la nota de un lamento, y en medio de aquella pavorosa soledad, de aquel silencio interrumpido cuando más por el ruido continuado del cequión, resaltaba el gran desastre, la inmensa mancha negra del incendio.

Turbios los ojos y el semblante demudado, Felipe se alejó de allí como a las cinco de la tarde.

Luego se internó en uno de los frondosos cafetales —enantes limpios por la eficacia de su mano, ahora cubiertos y oprimidos por una vegetación salvaje y vigorosa— con el fin de que nadie le viese en la comarca. En seguida se sentó sobre una piedra, y aguardó la llegada de la noche con el mayor anhelo. En sus ojos ardía una luz rojiza, una luz que revelaba algo siniestro, fatídico, medroso. Hubo un momento en que cogió la carabina, la examinó con calma, le cambió el fulminante, y volvió a ponerla a un lado. El sol se ocultaba en el ocaso en uno como océano de púrpura; los celajes parecían cendales transparentes de escarlata; los perfiles de los montes se veían resaltar con energía en el azul de lo infinito. Mientras tanto, el crepúsculo, trémulo y doliente, parecía que cantaba, con sus voces gemebundas, algo así como un grandioso miserere.

Bien cerrada ya la noche, y cuando calculó que eran las ocho, se levantó como un fantasma de la piedra, se echó la carabina al hombro, fuése a campo traviesa hasta llegar a la linde del camino real, atisbo hacia arriba y hacia abajo, atravesó el camino con instantánea rapidez, salvó con ligereza el cercado fronterizo, y agazapándose cuanto le era dado y yendo con cautela para no producir sobre las hojas ni el más ligero ruido, anduvo la arboleda de café que terminaba en la tapia que servía de lindero en ese lado a uno de los patios de la hacienda de don Jacinto Sandoval.

Allí, detrás de la pared, se subió a un árbol, se

puso en acecho, y esperó. En el trapiche, remisamente alumbrado por un farol de turbios vidrios, los jornaleros cantaban dulces coplas al son de la guitarra. De nuevo los recuerdos asaltaron a Felipe; el corazón se le apretó hasta dolerle con un dolor agudo, y dos lágrimas brotaron de sus párpados, dos lágrimas de rabia y de vergüenza.

De improviso, los ojos de Felipe se inyectaron.

Allá, en el extenso corredor iluminado, un hombre apareció.

¡Sí, era él, el pérfido, el infame, el desalmado, el robador de su honra, el autor de su desgracia!

Felipe se afirmó contra uno de los brazos del corpulento árbol, apoyó la carabina en una horqueta, echóse la a la cara poseído del satánico furor de la venganza, tomó la puntería con precisión certera y disparó.

El tiro retumbó con ronco estruendo en el silencio de la noche; la bala pegó en el corazón, y don Jacinto cayó muerto.

.....

Cuando Felipe, que se escapó corriendo como un gamo, llegó a su conuco, se detuvo unos instantes para respirar con fuerza. En seguida se fué por un atajo, y comenzó a subir. ¿Hacia qué lado? Hacia el de la montaña. Subió, subió, subió, unas veces con pesada lentitud, otras como impulsado por el arranque de la desesperación, tambaleando

por los desfiladeros guarnecidos de matas espinosas, agarrándose a ellas para trepar hasta la cumbre, desgarrándose las manos y ensangrentándose los pies.

A poco aparecía allá sobre la cresta de un medroso precipicio cuya altura desvanece, en cuyos bordes erizados no se encuentra ni la huella que imprime la pezuña de las cabras montaraces, y en cuya contemplación el alma siente el escalofrío del pismo. La falda abrupta y pedregosa cae a plomo en el abismo; de ella se desprenden con frecuencia, arrastradas por las lluvias torrenciales, enormes rocas que retumban en el fondo con el estrépito del trueno; abajo corre el río, desheredado de la luz, rompiendo sus cristales contra peñascos revestidos de verde terciopelo; arriba, sobre la calva cima erizada de zarzales infecundos, desenrosca la serpiente sus anillos, la iguana ostenta sus bellísimos colores y se arrastra la venenosa escolopendra.

La luna ardía serena en la mitad del estrellado firmamento, y al favor de sus destellos, Felipe llegó arriba jadeante y sudoroso. Miró hacia abajo, y allá, en todo el centro del conuco, le pareció observar la mancha negra, negra como las penas de su alma. Entonces levantó la vista al cielo, arrimóse al precipicio con la faz desencajada, se santiguó tres veces, hizo una mueca horriblemente dolorosa, abrió los brazos con desesperación... y se lanzó a lo profundo del abismo.

La cabeza golpeó contra

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

Reg. 83056

Clas. VA-73

1890. *Fidelia*. Novela de Costumbres venezolanas. Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1893. *Caléndulas*, Poesías. Tipografía de Vapor Gutenberg, Caracas, 1893. *¡Ya es Hora!* Novela de costumbres venezolanas. Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1894. *Claveles Encarnadas y Amarillos*. Poesía. Imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1895. *El Sargento Felipe*. Novela de costumbres venezolanas. Ilustraciones de Arturo Michelena. Tipografía de Herrera Irigoyen & Cía. Caracas, 1899. Segunda edición: Librería Paul Ollendorff, París, 1913. Tercera edición: Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1947. Esta novela fué traducida al francés por Manoel Gahieto y publicada como folletón en "Septentrional de París". *Nota y Opiniones*. Arte y crítica. Tipografía Herrera Irigoyen & Cía. Caracas, 1899. *Flor*. Novela venezolana. Tipografía Herrera Irigoyen & Cía. Caracas, 1905. *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve*. Historia y crítica. Empresa "El Cojo", Caracas, 1906. Segunda edición: Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1947. *Libro Raro*. Voces, locuciones y otras cosas de uso frecuente en Venezuela. Imprenta de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1912. *Teatro Crítico Venezolano*. Asuntos diversos. Imprenta de A. Bethencourt e hijos, Curazao, 1912. *Nieve y Lodo*. Novela venezolana contemporánea. Librería Paul Ollendorff, París, 1914. *Nacimiento de Venezuela Intelectual*. Historia y crítica. Dos tomos. Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1939. *Don Simón Rodríguez. Maestro del Libertador*. Biografía. Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1939. *De Tierra Venezolana*. Novelas cortas y semblanzas. Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1939. *Apuntaciones Críticas*. Crítica literaria. Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1939.

